

GENEALOGÍA DE IMAGINARIOS GEOGRÁFICOS COLOMBIANOS:
REPRESENTACIONES CULTURALES, ESPACIO, ESTADO Y
DESPLAZAMIENTO EN EL PROCESO DE
(DES)INTEGRACIÓN NACIONAL (1850-2008)

by

Andrea Junguito

Department of Romance Studies
Duke University

Date: _____
Approved:

Gabriela Nouzeilles, Co-Chair

Walter Mignolo, Co-Chair

Roberto Dainotto

Esther Gabara

Dissertation submitted in partial fulfillment of
the requirements of the degree of Doctor
of Philosophy in the Department of
Romance Studies in the Graduate School
of Duke University

2008

ABSTRACT

GENEALOGÍA DE IMAGINARIOS GEOGRÁFICOS COLOMBIANOS:
REPRESENTACIONES CULTURALES, ESPACIO, ESTADO Y
DESPLAZAMIENTO EN EL PROCESO DE
(DES)INTEGRACIÓN NACIONAL (1850-2008)

by

Andrea Junguito

Department of Romance Studies
Duke University

Date: _____

Approved:

Gabriela Nouzeilles, Co-Chair

Walter Mignolo, Co-Chair

Roberto Dainotto

Esther Gabara

An abstract of a dissertation submitted in partial
fulfillment of the requirements of the degree
of Doctor of Philosophy in the Department of
Romance Studies in the Graduate School of
Duke University

2008

Copyright by
Andrea Junguito
2008

Abstract

Colombia has historically been known as a fragmented country because of its poor territorial integration. This dissertation intends to transcend the traditional way in which this (dis)integration process has been studied, principally linked to geographical determinism. Based on the theories developed by Henry Lefebvre, David Harvey and Milton Santos regarding the production of space, geographical determinism is confronted in two ways: on one hand Colombian spatial problematic is inserted within a global context, which highlights that the production of space is dependent in peripheral areas, and on the other hand, the role of the symbolic field in the production of space is studied through the conformation of a genealogy of Colombian geographical imaginaries.

This is a restricted genealogy in the sense that it focuses only on three historical periods: the nation-state building process in the nineteenth century, the period known as La Violencia (1948-1965), and the “triple war” that has been active since the seventies. The sources studied for each respective period are: travel literature and travel illustrations, testimonial novels, and testimonies. Chapter one focuses on the production of the national space, and through an inter-artistic approach of the textual and visual components of the Comisión Corográfica (1850-1859), it highlights this project’s influence on the construction of the country as a regionalized country. Chapters two and three focus on how different types of violence have emerged as agents of deep spatial transformations, and highlight that the cultural field not only constructs discursively the “spaces of terror” produced by violence, but by doing so, it contributes to the inclusion of

those spaces in the nation's geographical imaginaries. Finally, the conclusion comprises the spatial transformations brought about by the Constitution of 1991, which inevitably refer to the first chapter's view on how national space was constructed in the nineteenth century. This genealogy highlights both the role of the cultural field in the production of space, and in the diffusion of "alternative spaces" (Lefebvre), as it contributes to insert them within the geographical imaginaries.

Resumen

Colombia se ha caracterizado históricamente por ser un país fragmentado a raíz de su reducida cohesión territorial. Esta tesis se propone trascender la forma tradicional en la que se ha abordado el proceso de (des)integración nacional, caracterizada por estar fuertemente anclada en el determinismo geográfico. Partiendo de las teorías de Henry Lefebvre, David Harvey y Milton Santos acerca de la producción del espacio, se confronta el determinismo geográfico por dos vías: por un lado se inserta la problemática espacial colombiana dentro de un marco global, con lo cual se resalta el carácter dependiente de la producción del espacio en la periferia, y por el otro, se estudia el papel de lo simbólico en la producción del espacio, mediante la construcción de una genealogía de imaginarios geográficos colombianos.

Esta es una genealogía restringida en la medida en que sólo se enfoca en tres periodos: la construcción del Estado-nación en la segunda mitad del siglo XIX, el periodo de La Violencia (1948-1965), y la "triple guerra" que viene sucediendo desde finales de los setentas. El tipo de fuentes que se estudian en cada periodo son libros e imágenes de

viaje, novelas testimoniales y testimonios respectivamente. En el primer capítulo se estudia la forma en que se construyó el espacio nacional, y mediante el estudio inter-artístico tanto del producto textual como visual de la Comisión Corográfica (1850-1859), se resalta la importancia de este proyecto en la construcción del país como un país de regiones. Luego, en el segundo y el tercer capítulo se aborda la forma en que diferentes tipos de violencia se convierten en agentes de profundas transformaciones espaciales, y se resalta que el campo cultural no sólo construye discursivamente los “espacios del terror” generados a raíz de la violencia, sino que al hacerlo contribuye a insertarlos dentro del imaginario geográfico de la nación. Finalmente en la conclusión se abordan las transformaciones espaciales suscitadas por la Constitución de 1991, lo cual inevitablemente conlleva a retomar las reflexiones planteadas en el primer capítulo con respecto a la forma en que se construyó el espacio nacional en el siglo XIX. A través de esta se resalta el papel activo que ha cumplido el campo cultural tanto en la producción del espacio, como en la difusión de “espacios alternativos” (Lefebvre), al contribuir a insertarlos dentro del imaginario geográfico nacional.

Tabla de contenidos

Abstract	iv
Tabla de Ilustraciones.....	ix
Introducción- “La producción del espacio por vía simbólica: un desafío al determinismo geográfico”	1
Colombia: un país escindido.....	5
Alternativas para confrontar el determinismo geográfico.....	12
Genealogía de imaginarios geográficos.....	21
Capítulo 1- “El desplazamiento oficial para “nacionalizar” el territorio: el caso de <i>La Comisión Corográfica</i> (1850-1859)”	32
El proceso de construcción nacional.....	37
Comisión Corográfica (1850-1859).....	46
<i>Peregrinación de Alpha</i>	53
La Comisión Corográfica y la construcción visual de la nación.....	63
“Fracaso” de la Comisión Corográfica.....	80
Capítulo 2- “La novela de la Violencia y la difusión de “espacios del terror”: un estudio de la transformación espacial suscitada por La Violencia (1948-1965)”	84
La Violencia.....	86
“Espacios del terror”	93
Colombia en la primera mitad del siglo XX.....	97
La novela de la Violencia.....	100
<i>Viento Seco</i> (1953) de Daniel Caicedo.....	105

<i>El día del odio</i> (1954) de José Antonio Osorio Lizarazo.....	112
Consideraciones finales.....	117
Capítulo 3- “¿Qué pasa cuando el Estado no es el principal productor del espacio? <i>Desterrados Crónicas de desarraigo</i> (2000) y <i>No nacimos pa’ semilla</i> (1990), un estudio de las implicaciones espaciales de las múltiples violencias”.....	120
La “triple guerra” y sus implicaciones espaciales.....	122
El testimonio y la difusión de “espacios del terror”.....	132
<i>Desterrados Crónicas de desarraigo</i> (2000) de Alfredo Molano.....	135
<i>No nacimos pa’ semilla</i> (1990) de Alonso Salazar.....	142
Conclusión- “(Des)integración y globalización”.....	155
Bibliografía.....	166
Biografía.....	178

Tabla de ilustraciones

Ilustración 1.1 José Alejandro Restrepo, El paso del Quindío (1992).....	34
Ilustración 1.2 Pedro Ruiz, Desplazamientos (2003).....	36
Ilustración 1.3 Agustín Codazzi, Carta corográfica de Tunja (1851)	60
Ilustración 1.4 Carmelo Fernández, Tejedora y mercaderas de sombreros en Bucaramanga. Tipos blanco, mestizo y zambo (1851).....	70
Ilustración 1.5 Carmelo Fernández, Tipo blanco e indio mestizo. Tundama (1851).....	71
Ilustración 1.6 Carmelo Fernández, Callejones de Ocaña (1851).....	73
Ilustración 1.7 Carmelo Fernández. Puente colgante de bejucos sobre el Zulia. Provincia de Santander (1852).....	75
Ilustración 1.8 Carmelo Fernández, Cabuya de Simacota sobre el Sarabita, Socorro (1852)	77
Ilustración 3.1 Fotografía marcha por la paz (4 de Febrero 2008), archivo Revista Semana.....	120

Introducción- “La producción del espacio por vía simbólica: un desafío al determinismo geográfico”

La integración del Estado-Nación colombiano ha sido desde la Independencia, un proceso largo, violento, y en cierta medida fallido. Hasta el momento, el Estado no ha logrado nacionalizar parte del territorio colombiano, ni ha logrado crear una imagen sólida de unidad nacional. Colombia continúa caracterizándose por ser un país fracturado debido a su reducida cohesión territorial, a las limitaciones del Estado y al débil entramado entre lo nacional, lo regional y lo local. “Nación fragmentada” (Safford), “país de regiones” (Zambrano y Bernard), “las tres Colombias” (Palacios) son todas expresiones que los historiadores y geógrafos han utilizado para referirse a la falta de unidad nacional. Este problema de la desintegración no sólo ha sido una constante en la historia de Colombia, sino que ha traído consecuencias especialmente dramáticas en los últimos años.

La gran mayoría de los estudios que se han hecho acerca de esta problemática gravitan en torno a los factores estructurales que han dificultado el proceso de integración espacial, y por lo tanto se caracterizan por entender el espacio como algo fijo, y no como un producto social y dinámico. A raíz de esto se ha generado una tendencia a analizar la problemática de la desintegración desde perspectivas fuertemente ancladas en el determinismo geográfico, que no logran entender cómo se ha producido socialmente el espacio en Colombia a lo largo del tiempo.

Por esta razón, me propongo abordar el proceso de (des)integración del Estado-Nación colombiano desde mediados del siglo XIX hasta el presente, partiendo de teorías recientes acerca de la producción del espacio (Henry Lefebvre, David Harvey y Milton

Santos) que me permiten confrontar el determinismo geográfico por dos vías: por un lado, al insertar la problemática dentro de un marco global, contribuyen a resaltar el carácter “dependiente” de la producción del espacio en Colombia, y por el otro, al centrar el estudio en la “producción” del espacio, rescatan la importancia del campo cultural. Por lo tanto, mis reflexiones girarán en torno a las siguientes preguntas: ¿Qué tipo de reacciones a esta problemática ha producido el campo cultural? ¿Qué papel han cumplido las representaciones culturales en este proceso? ¿Han logrado insertar espacialidades desconocidas dentro del imaginario nacional? ¿Es el Estado el principal productor del espacio en Colombia? Y si no lo es: ¿Cuáles son? El lector irá encontrando las respuestas a estos interrogantes mediante la inmersión en una genealogía de imaginarios geográficos colombianos, estructurada en torno a las tres fuerzas anticoncéntricas más importantes: el espacio, el Estado y el desplazamiento. A través de esta genealogía pretendo resaltar el carácter “terrorializador” de los textos que la conforman, y rescatar el papel que ha cumplido el campo cultural en la producción del espacio, no sólo por participar activamente en la construcción del país como un “país de regiones”, sino por contribuir a insertar “espacios alternativos” (Lefebvre) dentro del imaginario geográfico nacional.

El estudio del fraccionamiento espacial colombiano hecho desde la perspectiva cultural resulta muy interesante no sólo por la necesidad de romper con el determinismo geográfico, sino porque el caso colombiano va en contravía con teorías recientes acerca de las tres fuerzas mencionadas anteriormente: el espacio, el Estado y el desplazamiento. En cuanto al espacio, se puede ver que la corriente de pensamiento que promueve la importancia de la globalización (Bauman) está poniendo en duda el futuro del Estado

territorial, al postular que estamos en una etapa posnacional en la que los poderes territoriales no tienen la importancia que tenían debido al nuevo orden generado por procesos desterritorializadores. Algunos caracterizan el orden actual como un momento transnacional (Clifford), para otros la actualidad está caracterizada por la desterritorialización, y otros lo visualizan hacia el futuro como la época del Imperio (Hardt y Negri). Todos estos debates han conllevado a una revaluación de lo “nacional” a favor de lo “supranacional” y lo “subnacional”. Estas teorías van todas en contravía con lo que sucede actualmente en Colombia, donde se está luchando por consolidar el espacio nacional propiamente dicho. En este sentido, Colombia, un país que no se ha podido integrar y que presenta grandes deficiencias a nivel de comunicación interna, es en sí una muestra de que en la actualidad estamos muy lejos de vivir en un mundo completamente globalizado. En otras palabras, a pesar de que los efectos de la globalización son innegables, el caso colombiano nos muestra sus límites, y en ese sentido comprueba la importancia del “espacio” como categoría de análisis y la vigencia del “espacio nacional” propiamente dicho.

Por otro lado, en Colombia se está llevando a cabo un proceso de fortalecimiento estatal, tras haber superado varias amenazas de colapso parcial del Estado (Pizarro, Tobón Sanín), lo cual sin duda va en contravía con la tendencia actual del Estado Mínimo. Mientras que en gran parte del mundo se tiende a promover la reducción del tamaño del Estado, en Colombia se está luchando por aumentar y solidificar el órgano estatal. Además, el caso colombiano también está en contravía con la corriente de pensamiento crítico que idealiza el fracaso del Estado propiamente dicho (Deleuze y Guattari) ya que éste muestra que la ausencia y/o debilidad del Estado conlleva a la

consolidación de fuentes alternativas de autoridad o fuerzas paraestatales que pueden llegar a ser más coercitivas que el Estado, al estar marcadas por el uso indiscriminado de la violencia, el uso de las más atroces prácticas del terror y la intolerancia frente a la diferencia. Por lo tanto, el caso colombiano muestra una vez más, una faceta que no es tomada en cuenta por estas corrientes de pensamiento.

Finalmente, se ha difundido la idea de que el desplazamiento es en sí una de las características inherentes de nuestra época (Appadurai), y han surgido teorías celebratorias de la movilidad que han propagado una idea sumamente positiva acerca de esta por su potencial liberador (Delueze, Baudrillard). Sin embargo, es posible identificar un sesgo dentro del pensamiento crítico acerca del desplazamiento por su énfasis en la movilidad voluntaria, que deja de lado el otro tipo de movilidad que caracteriza nuestro tiempo: el desplazamiento forzoso¹. Delueze y Guattari por ejemplo en su tratado filosófico *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, le apuestan a la dinámica liberadora del movimiento nomádico, e idealizan espacialidades que imposibiliten la labor estatal. En el caso colombiano podemos ver el contraejemplo de esto pues en Colombia se ve día a día una movilidad sin potencial liberador, en la medida en que está atada a la violencia y afecta a los menos favorecidos ubicados en zonas donde el Estado no llega y no los puede proteger. Con esto queda claro que el caso colombiano es especialmente interesante porque nos muestra lo que ocultan las teorías vigentes acerca del espacio, el Estado y la movilidad.

¹ Hay excepciones, un ejemplo puede ser el de Zygmund Bauman, quien en *Globalization: the Human Consequences* (1998), reconoce la importancia de la movilidad involuntaria.

Ahora bien, para poder confrontar el determinismo geográfico que caracteriza la forma en la que se ha venido abordado el fraccionamiento espacial colombiano, es necesario partir de una síntesis de este enfoque centrado en las tres fuerzas de desintegración: el espacio, el Estado y el desplazamiento. Luego, mediante teorías vigentes acerca de la producción del espacio se evidenciarán los grandes vacíos de este enfoque, lo cual conllevará naturalmente al campo de lo representativo, que se explorará mediante la genealogía de imaginarios geográficos.

Colombia: un país escindido

¿Cuáles son las características del espacio colombiano? ¿Qué impactos ha tenido esta lógica espacial? ¿Por qué no se han podido superar las barreras geográficas? ¿Por qué algunos consideran que el Estado colombiano es un Estado ‘fallido’? ¿Qué caracteriza los movimientos poblacionales en Colombia?

Es indudable que dentro de América Latina, Colombia es el país que presenta una mayor diversidad geográfica. En términos muy sencillos, el territorio colombiano no sólo se caracteriza por ser muy grande (1'142.000 Km²), y por ser uno de los más accidentados del mundo (Gallop et all.), sino que además está atravesado por la cordillera de los Andes que divide naturalmente el territorio en regiones muy heterogéneas con grandes variaciones a nivel económico, social y cultural. Las barreras geográficas han hecho que las regiones estén muy aisladas entre sí, lo cual ha conllevado a la separación de los principales núcleos de la población (Jaramillo y Cuervo), y a un bajo comercio interregional. A la topografía ha de sumársele el hecho de ser una geografía tropical, caracterizada por problemas climáticos, inundaciones y desastres naturales, que han dificultado aún más la integración del territorio.

En Colombia la diversidad es tan alta que ha conllevado a una fragmentación geográfica severa (Gallop et al). Específicamente, Colombia es el tercer país con mayor Índice de Fragmentación Geográfica a nivel mundial, el cual mide la probabilidad de que dos individuos tomados al azar no vivan en la misma ecozona. Este va de cero (que corresponde al caso en el que toda la población pertenezca a la misma ecozona) hasta uno (que corresponde al caso no plausible en el que cada individuo viva en una ecozona diferente). En general, la fragmentación aumenta a medida en que el número de ecozonas aumenta².

La disgregación sociocultural del espacio territorial interno no logra configurar un pueblo histórico que transite hacia la nación, sino varios pueblos históricos que se reconocen en su particularidad y se diferencian a veces agresivamente de los demás. (Uribe y Álvarez, 73).

Colombia es sin duda un país dividido, un país de regiones muy diversas tanto por sus características a nivel económico y social, como por su cultura; un país de regiones desarticuladas, regiones con lógicas diversas que en su conjunto no conforman un espacio nacional propiamente dicho (Jaramillo y Cuervo). La fragmentación espacial de Colombia es un hecho tan protuberante que se ha acuñado el término “colombianización” para referirse a una grave situación de fragmentación espacial y de erosión institucional, como consecuencia de múltiples formas de violencia que desafían la capacidad del Estado para garantizar un mínimo de orden y de seguridad (Pizarro Leóngómez).

Las barreras geográficas son entonces irrefutables, pero: ¿En qué medida se han logrado vencer? Los geógrafos coinciden en establecer que los obstáculos físicos de un país

² Los autores consideran que no se le ha dado la suficiente atención a este índice que es muy importante en la medida en que cada ecozona tiene una cultura y una composición económica y en este sentido puede ser visto como una dimensión del conflicto social y debe jugar un papel central en el diseño y la implementación de las diferentes políticas y en el desarrollo. (Gallop et al)

son más o menos superables dependiendo de las características del Estado nacional y su capacidad de intervención sobre el espacio (Cuervo). En Colombia, la geografía no ha dejado de ser un factor muy poderoso de escisión del país, debido en gran medida a la incapacidad histórica del Estado de superar dichas barreras. El Estado en Colombia se ha caracterizado por su pobreza financiera y por su debilidad política (Gouesset). Muchos consideran que “difícilmente llega a ser un agente político de construcción de la nación” (Pécaut (2001), 30).

Las teorías que abordan las causas de la debilidad del Estado colombiano abundan, y recientemente han empezado a multiplicarse a raíz de la preocupación mundial por los estados colapsados, que no sólo ha cobrado fuerza por razones de tipo humanitario, es decir por la relación entre la ausencia de Estado y las masacres, desplazamientos, violaciones de derechos humanos etc, sino por el tema de la seguridad global, en gran medida impulsado por Estados Unidos desde Septiembre 11 a raíz de su preocupación por las redes terroristas (Pizarro y Bejarano).

Entre los causales de la debilidad del Estado se ha estudiado la fortaleza de los partidos políticos (Coatsworth), la fortaleza de la Iglesia católica (Pécaut (2001)), la fortaleza de las elites regionales, el carácter inherentemente negociador del Estado (Tobón Sanín), la pobreza financiera del Estado (Jaramillo y Cuervo), entre otras. Sin embargo, hay un aspecto que no se debate en todas estas teorías: el efecto nocivo de la complejidad de la geográfica del país.

Un claro ejemplo de esto es que el Estado ha sido incapaz de superar las barreras geográficas y de integrar el territorio mediante los medios de transporte. Colombia sigue siendo hoy en día uno de los países con menor densidad de rutas de América Latina, en parte debido a su alto costo a raíz del relieve (Sánchez). Esto lo comprueba el hecho de que las dos

ciudades más grandes del país, Bogotá y Medellín, sólo hubieran quedado unidas mediante una carretera en 1960 (y que aún hoy en día la comunicación entre algunas regiones sea inexistente). Las vías de comunicación en Colombia han sido y siguen siendo muy precarias. La fuente más llamativa para ilustrar esto son los viajeros. Este fragmento del viaje de Gosselman en 1825 y 1826 habla por sí solo:

Acá no se encuentran otras vías de comunicación entre los poblados; por eso nuestra costumbre o el concepto que tenemos de los caminos es asociarlos a la idea de que a través de ellos las gentes en un país se movilizan de un lugar a otro, solas o con sus animales. Pero aquí no podemos llamarlos así. La facilidad de trasladarse es igual a la que pudiera ofrecernos cualquier línea recta trazada en la tierra para unir dos puntos tan deshabitados como el nuestro. Nuestros bosques, montañas, ríos etc. en estado natural no molestarían tanto al viajante como los caminos de Colombia en tiempos de lluvia. Nuestras expectativas se habían reducido a llegar o no llegar y esto definiría al camino como bueno o malo (Gosselman, 74)

La deplorable red de transporte ha tenido un impacto nocivo a lo largo de la historia del país porque los tiempos de transporte han sido muy largos y los costos muy altos³. Este factor se constituye a su vez como otra causa de la pobreza del Estado, dado que a raíz de la topografía y de la mala calidad de las vías de comunicación, siempre fue muy difícil obtener recursos fiscales, dado que en muchos casos eran mayores los ingresos necesarios para imponer, controlar y recolectar cargas tributarias, que los ingresos tributarios recibidos (Tobón Sanín).

La consecuencia lógica de la incapacidad de integrar el espacio y nacionalizarlo es la limitada soberanía territorial, ya que hay una gran cantidad de regiones del país de muy difícil acceso, donde el Estado no llega. Esto delata la incapacidad del Estado de mantener el espacio unificado. Esta falta de presencia estatal trae consigo una serie de consecuencias muy perjudiciales para el Estado: pierde soberanía, legitimidad y poder, pierde la capacidad de

³ Hacia 1908, el costo del flete Bogotá-Barranquilla era entre 7 y 14 veces más alto que el de Nueva York Barranquilla. (Gouesset). Además, durante todo el siglo XIX y parte del XX, la duración del viaje entre Honda y Bogotá superaba la duración del viaje entre Europa y Honda (Ospina Vásquez).

cobrar impuestos, y da pie para que surjan grupos de insurgencia que se constituyen como la autoridad de la zona. Estos vacíos estatales se dan sobre todo en áreas de colonización reciente (Pizarro), que se constituyen como escenarios que concuerdan con los sistemas pretorianos definidos por Samuel Huntington:

One in which different social segments confront each other directly in order to resolve conflicts involving the distribution of power and resources, in the absence of institution or legitimately accepted bodies that would carry out the functions of mediation and the rules of the game in order to resolve the conflict (Citado por Pizarro, 58).

Con todo esto queda claro que el Estado colombiano ha sido incapaz de unificar el territorio y de articular lo local, lo regional y lo nacional. Recientemente se ha iniciado una campaña de consolidación y reconstrucción estatal (Pizarro y Bejarano). El éxito de esta reconstrucción aún está por verse, pues todavía hay quienes creen que el colapso parcial del Estado colombiano no está lejos dado que en Colombia se presentan rasgos pertenecientes a los Estados colapsados, tales como el desplazamiento masivo de la población, los grupos insurgentes poderosos, la pérdida del monopolio del uso legítimo de la fuerza, y la ausencia de Estado en parte del territorio nacional (Pizarro Leongómez).

Realmente la violencia ha sido un componente central de los últimos dos siglos de historia colombiana. Durante este lapso, Colombia ha sido muchas veces catalogada como uno de los países más violentos del mundo ya que indudablemente sus tasas de homicidio han sido de las más elevadas⁴. Por esto, se considera que la historia de Colombia es una de las más violentas del hemisferio (Coasworth). Tan es así que la violencia se ha convertido en uno de los campos de estudio más importantes, y ha creado

⁴ En el siglo XIX entre 1820 y 1979 aproximadamente 35,000 colombianos perdieron la vida (Coastworht), La Guerra de los Mil Días dejó saldo de 100,000 muertos, durante La Violencia murieron aproximadamente 200,000 personas, y desde 1980 el índice de homicidios ha sido de 92 por 100,000 habitantes, a raíz de la lucha contra las drogas, el paramilitarismo y la guerrilla (Giugale).

una nueva disciplina: los violentólogos. Estos especialistas han estudiado a fondo el tema de la violencia, y han planteado un sinnúmero de hipótesis explicativas de este fenómeno. A pesar de las variaciones entre las diferentes hipótesis, gran parte de los violentólogos coinciden en afirmar que la geografía colombiana es uno de los factores explicativos más importantes (Coatsworth; Safford y Palacios).

El impacto de la violencia en los desplazamientos forzados es innegable. “La violencia ha sido uno de los más activos combustibles del incesante proceso de movilización de la población colombiana durante toda su historia” (Cuervo y González, 350). Esto se dio de manera especialmente marcada con la explosión de La Violencia (1948-1965), que fue un periodo caracterizado por la guerra a muerte entre el partido conservador y el partido liberal, que despertó un nivel de odios y rencores nunca antes vistos y difícilmente explicables.

Esta violencia conllevó a la instauración de ciclos de colonización, ya que los conservadores fueron expulsados de áreas liberales y los liberales fueron expulsados de áreas conservadoras. Los índices de este desplazamiento son impactantes: Colombia pasó de ser un país mayoritariamente rural a ser un país urbano en un lapso de un cuarto de siglo. Se ha dicho que este ha sido “uno de los procesos de urbanización más acelerados y traumáticos que han ocurrido en el mundo” (Pizarro Leónomez, 64).

Una segunda oleada de violencia se originó en el país en la década de los setenta. Este conflicto presenta algunas semejanzas con la primera oleada de violencia, ya que está igualmente marcado por un agudo proceso de colonización interna y también está caracterizado por la fragmentación del poder (Ocampo). Sin embargo, en este caso, los actores de la guerra son las guerrillas, los paramilitares, el narcotráfico y las fuerzas

armadas. Por eso es común referirse a las múltiples violencias. Estos grupos armados han adquirido tanto dominio en parte por las características de la configuración espacial del país, ya que se han beneficiado de los vacíos del poder estatal que les ha permitido constituirse como la fuente legítima de autoridad en muchas zonas del país.

A diferencia de la violencia de medio siglo, esta guerra no es motivada por ideologías políticas, sino que es motivada por la búsqueda del control territorial. Por eso, en este caso la población no es perseguida por su filiación política, sino que es perseguida por la importancia geoestratégica de su lugar de residencia (Pizarro). Esta persecución masiva de la población ha aumentado de manera radical en los últimos años, llevando a que Colombia sea hoy en día el segundo país con mayor índice de desplazamiento forzoso a nivel mundial después de Sudán (Rojas).

Con todo lo anterior queda clara la intrincada relación entre la configuración espacial, la tradición de violencia extrema y los patrones de desplazamiento poblacional. Sin embargo, como se mencionó, este enfoque tradicional centrado en las fuerzas de desintegración estructurales es limitado, por un lado, porque no tiene en cuenta el papel de lo simbólico en los procesos de integración espacial, ya que se limita a una realidad física, y por el otro, porque no tiene en cuenta que este es un país de la periferia, y que por lo tanto su construcción del espacio es dependiente. Para poder trascender este enfoque, es necesario utilizar los aportes de las teorías recientes acerca de la producción del espacio. Sin embargo, debo aclarar que el tipo de producción espacial que me interesa es el que está ligado a la formación de estados post-coloniales como los latinoamericanos y que por lo tanto parten de la base de que la modernidad y la colonialidad van de la mano (Mignolo, 2000).

Alternativas para confrontar el determinismo geográfico

Las innumerables teorías acerca del fin del espacio características del discurso de la globalización han conllevado coincidentalmente a la difusión de una gran cantidad de textos re-espacializadores. Por esto, la predicción de Foucault acerca de la llegada de una “época del espacio” parece haberse cumplido. Sin embargo: ¿Qué caracteriza las teorías del espacio actuales? ¿En qué se diferencian de los enfoques del pasado?, y específicamente: ¿Son útiles para estudiar la producción del espacio en América Latina?

Claramente, el papel del conocimiento geográfico ha ido evolucionando con el paso del tiempo a raíz del cambio en las necesidades sociales y de las transformaciones políticas. Esta evolución ha sido trascendental en la medida en que el conocimiento geográfico puede ser utilizado tanto para dominar y explotar a los menos poderosos, como para liberar a las poblaciones de las restricciones impuestas por la geografía (desastres naturales, aislamiento, pobreza, etc.).

Hasta los años sesenta, el espacio había sido tratado como una categoría absoluta, es decir como un contenedor de paisajes y de objetos en interacción (Delgado). En palabras de Foucault: “Space was treated as the dead, the fixed, the undialectal, the immobile. Time on the contrary was richness, fecundity, life, dialectic” (101). Desde este momento, el espacio empieza a adquirir mayor interés social y empieza a ser abordado como un proceso y no como algo dado. La geografía deja de definirse como una Ciencia Singular (dado que los conocimientos adquiridos acerca de una zona no podían extrapolarse a otra), y empieza a definirse como una Ciencia Espacial, caracterizada por

centrarse en el espacio como objeto de estudio (Delgado). Este cambio fue ocasionado en parte por la limitada demanda de la ciencia descriptiva, ya que sintetizar el conocimiento espacial paulatinamente deja de tener sentido. Esta Ciencia Espacial se destaca además por la búsqueda de leyes, teorías y modelos para explicar la organización del espacio. Sin embargo, esta vertiente empieza a ser muy criticada en la década de los setenta, sobre todo a raíz de la pretensión de ser una ciencia completamente objetiva, abstracta y alejada de cualquier preocupación social, cultural o histórica.

Una de las vertientes que más criticó la geografía como Ciencia Espacial es la Geografía Radical. Esta se caracteriza por estar fuertemente anclada en el marxismo, y por lo tanto entiende el espacio como un subproducto del modo de producción, y promueve la idea de que el capitalismo produce su propia geografía. Con la geografía radical el énfasis dejó de estar en la forma del espacio y pasó a estar en el *proceso de formación* del mismo. Esto conllevó por una lado a que se desnaturalizara el espacio y por otro a que la geografía como disciplina intentara ser una geografía humana que diera cuenta de las injusticias sociales. Por eso, unos de los retos más importantes de la geografía radical ha sido romper con la ideología de imperio, el positivismo, y el racismo. (Harvey)

Esta transformación en el modo de concebir el espacio se le debe en gran medida a Henri Lefebvre, un escritor marxista francés muy reconocido especialmente en la academia norteamericana, ya que sus aportes han sido trascendentales para el estudio del espacio y su valorización como categoría de análisis. Lefebvre promovió que el espacio dejara de ser visto como un agente pasivo (énfasis en el contenido del espacio) a estar caracterizado por su rol activo (énfasis en la producción del espacio), en otras palabras se

le debe adjudicar a Lefebvre el haberle otorgado una posición activa e importante al espacio al concebirlo como resultado del modo de producción. Lefebvre pretendió además crear una teoría unitaria del espacio que tomara en cuenta tanto lo físico como lo social y lo mental, y por eso analizó la producción del espacio dividiéndolo en tres: 1) las prácticas espaciales, 2) las representaciones del espacio y 3) los espacios de representación. Todos estos aportes fundamentales para el estudio del espacio, se difundieron en *La producción del espacio*, un texto escrito al final de la vida del autor.

En “Space and the State” Lefebvre aplica su teoría acerca de la producción social del espacio al Estado, partiendo de la base de que todos los Estados nacen en el espacio y con un espacio. Identifica tres momentos: 1) la producción de un “espacio nacional”, a través medios de comunicación que articulen e integren el territorio, 2) la producción de un “espacio social” mediante instituciones, leyes y convenciones que garanticen el poder del estado, y 3) la creación de un “espacio mental” que incluye las representaciones del Estado construidas por la gente. El producto de estos tres momentos conlleva a la creación de un “espacio político”.

Adicionalmente, Lefebvre caracteriza el espacio estatal como un espacio que busca ser homogéneo y organizado según su propia racionalidad, y por lo tanto, el principal papel del Estado es el de mantener unificados los espacios que corren el riesgo de ser desarticulados (lo cual implica una centralización poderosa y una clara relación centro-periferia). Por eso el espacio estatal debe ser un “espacio dominante” que se impone frente las amenazas y prohíbe la creación de “espacios alternativos”.

Todos estos conceptos son muy útiles para analizar el caso colombiano, ya que en este la creación de un “espacio nacional” ha sido muy difícil y de ahí la predominancia de

“espacios alternativos”. También es claro cómo en el caso colombiano la espacialidad estatal no es una espacialidad “dominante” en el sentido en el que lo entiende Lefebvre. Pero más importante aún, una simple mirada a la teoría de Lefebvre delata las deficiencias del enfoque con que tradicionalmente se ha abordado el tema de la (des)integración nacional, dado que en ningún momento se toma en consideración la idea de la creación de un “espacio mental”. Esas representaciones del Estado y del espacio construidas por la gente en gran parte a través de las representaciones culturales son las que pretendo entonces estudiar.

Ahora bien, Lefebvre no llegó a pensar cómo se construye el espacio en un mundo interconectado. Dentro de la Geografía Radical, David Harvey es quien más se ha interesado en esto. Harvey, sigue más o menos la línea de Lefebvre ya que también considera necesario darle dinamismo al espacio concibiéndolo como un subproducto del modo de producción, sin embargo, a diferencia Lefebvre, Harvey se enfocó más en la historia del capitalismo, en la importancia del espacio-tiempo como categoría de análisis y en el tema de justicia social. En cuanto a lo primero, Harvey se centra en la historia del capitalismo, e inserta el espacio como categoría analítica no neutral en el proceso de acumulación de capital. Al hacerlo, demuestra que el desarrollo geográficamente desigual del capitalismo es inevitable.

Space, in the apt words of David Harvey, is an ‘active moment’ in expansion and reproduction of capitalism. It is a phenomenon which is colonized and commodified, bought and sold, created and torn down, used and abused, speculated on and fought over. It all comes together in space: space internalizes the contradictions of modern capitalism; capitalist contradictions and contradictions of space. (Citado por Crang, 173).

En cuanto a lo segundo, Harvey se centró en el espacio-tiempo y no únicamente en el espacio como categoría de análisis, ya que para él la geografía debía ser una geografía histórica capaz de dar cuenta de la transformación del espacio con el paso del tiempo. Este tipo de enfoque es justamente el que me interesa, pues no es el espacio colombiano el objeto de estudio sino la producción y transformación del mismo a lo largo del tiempo.

Finalmente, Harvey siempre profesó la importancia de una geografía de la gente, que diera cuenta de las injusticias de las formas espaciales producidas bajo el capitalismo, y por eso siempre reiteró que los geógrafos no podían ser neutrales. Para esto, planteó un método denominado “materialismo dialéctico histórico-geográfico”, que le permitiera analizar el desarrollo geográficamente desigual del capitalismo. El método se caracteriza por la inclusión de la diferencia (raza, religión, género) dentro del análisis materialista histórico, y por la convicción de que hay “espacios de poder” y “espacios de diferencia”, (conceptos que también serán muy útiles a la hora de analizar la producción del espacio en Colombia). Sin embargo, lo más importante es que Harvey contribuyó significativamente a resaltar la importancia de las representaciones culturales en la producción del espacio.

A pesar de que Harvey y muchos de los geógrafos radicales han logrado dar cuenta de las injusticias y han reconocido que las lógicas de los espacios periféricos no son las mismas que las de los espacios dominantes, estos no se han enfocado exclusivamente en la producción “dependiente” del espacio, dado que la mayoría de los aportes del campo han sido pensados y enunciados desde una posición dominante (desde Europa y Estados Unidos). Es decir, son bien sea teorías eurocéntricas, que han sido

narradas desde una perspectiva europea y centradas en la experiencia europea, o son teorías centradas en Estados Unidos y narradas desde allá⁵. Por lo tanto no logran llegar a la base del problema. Fernando Coronil, en *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*, plantea parte de lo que no logró plantear la geografía radical.

Given the territorial division of the world into politically independent nations, the domination of nature therefore, has entailed the subjection of some nations by others [...] I have proposed that the theoretical recognition of the centrality of nature in the historical formation of capitalism contributes to integrate histories of (post)colonial and metropolitan regions; to conceptualize capitalism as a global process that involves multiple social agents in complex worldwide interactions; to view modernity as a relational process involving the contrapuntal constitution of subaltern and occidentalist modernities; to conceive the state, in its role as a sovereign landlord over a national territory, as an economic agent with its own base of economic power; and to develop a dialectical approach that frees our understanding of history from teleological narratives locked in binary oppositions, opening a space for exploring the actions and potential solidarities of heterogeneous actors formed within increasingly interrelated material and cultural conditions (Coronil 1997, 388).

Milton Santos, geógrafo afro-brasileño, es sin duda el pensador que más ha contribuido a estudiar la producción del espacio en América Latina. Santos comparte muchos de los postulados de la geografía radical, entre ellos que el espacio es producido socialmente, sin embargo se distancia al entender el espacio de una manera diferente dado que no lo considera un subproducto del modo de producción sino que lo concibe como una totalidad mucho más abarcadora. Santos considera que el espacio no es un cosa, ni un sistema, sino una realidad relacional (Santos, 1994). Esto le permite a Santos implementar el cambio más importante con respecto a las teorías anteriormente

⁵ Aníbal Quijano define acertadamente la tendencia eurocéntrica de la siguiente manera: “The Eurocentric version is based on two principal founding myths: first, the idea of the history of human civilization as a trajectory that departed from a state of nature and culminated in Europe; second, a view of the differences between Europe and non-Europe as natural (racial) differences and not consequences of a history of power. Both myths can be unequivocally recognized in the foundations of evolutionism and dualism, two of the nuclear elements of Eurocentrism”. (Quijano 2000, 544)

estudiadas, que es concebir el espacio como un subsistema de la sociedad global (Santos 1996). Como veremos más adelante, esto le habilita para plantear un marco muy fértil para estudiar la espacialidad de la periferia.

El espacio está formado por un conjunto indisoluble, solidario y también contradictorio, de sistemas de objetos y sistemas de acciones, no considerados aisladamente, sino como el contexto único en el que se realiza la historia. Al principio la naturaleza era salvaje, formulada por objetos naturales, pero a lo largo de la historia van siendo sustituidos por objetos fabricados, objetos técnicos, mecanizados y, después, como una máquina. A través la presencia de estos objetos técnicos: centrales hidroeléctricas, fábricas, haciendas modernas, puertos, carreteras, ferrocarriles, ciudades, el espacio se ve marcado por esos agregados, que le dan un contenido extremadamente técnico. (Santos 2000, 54)

En esta cita se evidencia la aproximación historicista de Santos, ya que se interesa por el cambio del espacio con el paso del tiempo⁶. Es por esto que se aclara que el espacio va cambiando, ya que la naturaleza de los objetos y de las acciones es diferente en cada época histórica.

Santos se aproxima a la producción del espacio desde una perspectiva muy abarcadora, y por eso la noción de totalidad es central en su teoría. En uno de sus textos Santos se pregunta: “¿Cómo se puede explicar, sin la noción de totalidad, que ciertos Estados sean más ricos diariamente y que otros sean cada vez más pobres?” (Santos 1990, 208). La pregunta en sí revela la importancia de concebir la realidad como una totalidad que dé cuenta de la interdependencia entre sus partes. Por eso, Santos se une a la gran cantidad de intelectuales que plantean que la globalización no es un fenómeno nuevo.

⁶ Acá se puede ver que Santos sigue la misma línea de Harvey dado que se interesa en la interacción entre el espacio y el tiempo y no en el espacio por sí solo.

Santos se aproxima a este orden global a través de la conocida idea de las horizontalidades y verticalidades, pero la aborda desde una perspectiva innovadora. Las primeras hacen referencia a la estructura interna de una sociedad, es decir a las relaciones dentro de una sociedad dada, y las segundas hacen referencia a las relaciones con otras sociedades. Lo interesante es que Santos establece que las verticalidades se caracterizan por estar siempre al servicio de los actores hegemónicos, desfavoreciendo a los actores subalternos. Este aporte es invaluable dado que hasta el momento ningún geógrafo había planteado un marco de este estilo para analizar la producción espacial. Para ilustrar la importancia de esto simplemente basta plantear una pregunta: ¿Cómo dar cuenta de las transformaciones espaciales ocasionadas en Colombia por fenómenos como el narcotráfico sin tomar en cuenta las verticalidades? Imposible.

Este enfoque incidió profundamente en la teoría del espacio de Santos, dado que lo conllevó a descalificar el modo de producción como fuente de producción del espacio y a establecer en su lugar la “formación económica y social”. Esta es una categoría teórica que hace referencia a las especificidades de cada sociedad marcadas tanto por sus relaciones internas como sus relaciones externas. Es una categoría que sólo puede aplicarse a un espacio determinado y no al espacio en general, ya que tiene como objetivo resaltar las particularidades de un espacio dado en relación con otros.

La formación social como categoría de la realidad y como categoría analítica parece constituir el medio más adecuado para ayudar a formular una teoría espacial válida. Esta categoría implica la evolución diferencial de las sociedades - en su propio marco y en relación con las fuerzas externas, que frecuentemente producen un impulso motor. (Santos 1990, 217)

Esto conllevó a que Santos estableciera que el espacio está conformado por flujos de todo tipo: flujos hegemónicos y flujos subalternos, flujos eficaces y flujos lentos

(Santos 1996). Lo importante es que los actores hegemónicos, gracias al sistema de información, se sirven de todos los flujos y logran dominar a los espacios subalternos. Esta dominación espacial está además determinada por la valorización selectiva de ciertos espacios (mediante inversión extranjera, medios de comunicación, etc.) que terminan beneficiando a los espacios hegemónicos.

En síntesis, todas estas teorías acerca del espacio son fundamentales, eso sí cada una a su manera, para abordar el problema de (des)integración nacional de Colombia. De la geografía radical serán muy productivos muchos de los conceptos planteados anteriormente, y la teoría de Santos será fundamental para este estudio, especialmente por concebir el espacio como subsistema de la sociedad global, por su aproximación historicista, por la importancia otorgada a las “verticalidades”, y por su énfasis en la “dominación espacial”. Todo esto es vital en la medida en que me propongo estudiar la espacialidad colombiana teniendo en cuenta tanto lo interno y como su relación con lo externo, ya que este es al fin y al cabo el estudio de un caso producción dependiente del espacio.

Por otro lado, todas estas teorías justifican el estudio de la (des)integración en Colombia hecho desde la perspectiva cultural, ya que todas coinciden en otorgarle a las representaciones culturales un papel activo en la producción del espacio. Además, todas estas teorías coinciden en rescatar el campo de lo simbólico, y para entender la importancia de éste último, es necesario hacer referencia a otros tres conceptos: territorio, región y lugar, que son el producto de la apropiación del espacio por la vía simbólica. El territorio es en sí un espacio que ha sido apropiado, demarcado y valorizado simbólicamente o instrumentalmente (Giménez). En otras palabras, el territorio implica una serie de

vínculos de dominio y de pertenencia y por lo tanto es: “el espacio geográfico revestido de las dimensiones política, identitaria y afectiva, o de todas ellas” (Montañés, 21). La región, por su lado, hace referencia a una división intra-nacional o a un subconjunto del estado-nación, sin embargo, es igualmente una construcción política, económica y en gran medida cultural (Giménez). Finalmente, el lugar que según John Agnew tiene tres componentes: la localidad, la ubicación y el sentido de lugar, de los cuales el primero remite a los marcos formales e informales dentro de los cuales están constituidas las interacciones sociales; el segundo que hace referencia al posicionamiento de una región dentro del proceso del desarrollo desigual; y sentido de lugar, que hace referencia al aspecto subjetivo derivado de vivir en un lugar (Agnew, Ulrich). Todos estos conceptos serán fundamentales a la hora de analizar las representaciones culturales que integran la genealogía de imaginarios geográficos.

Genealogía de imaginarios geográficos

En general, el impacto de las representaciones culturales en la unificación espacial ha recibido mucha atención en los estudios dedicados a la literatura de viajes, ya que se ha estudiado extensamente el carácter “territorializador” de este tipo de escritura (Anderman). Sin embargo, es posible ubicar otro tipo de representaciones culturales que también intervienen y reflexionan acerca del proceso de producción del espacio. En este caso se estudiará tanto el papel de la novela testimonial como el del testimonio. Con esto se revelará la importancia de ampliar los referentes culturales de las teorías dedicadas a la literatura de viaje, y así poder hacer una reflexión más amplia y abarcadora acerca del papel de las representaciones culturales en la producción del espacio.

Con esto en mente desarrollé una genealogía de imaginarios geográficos, estructurada entorno a las tres fuerzas de (des)integración: el espacio, el Estado y el desplazamiento. El espacio como fuerza anticoncéntrica no necesita mayor explicación. El Estado, por otro lado, como se mencionó inherentemente débil desde su propia creación, es central en esta genealogía en la medida en que se aborda la forma en que el campo cultural se ha posicionado frente a la labor “integradora” del órgano estatal. Finalmente, el desplazamiento aparece como la tercera fuerza centrífuga, y es vital para este estudio ya que el desplazamiento no sólo es en sí mismo el centro de una amplia reflexión crítica dentro del campo cultural sino que en algunos casos es el vehículo mediante el cual se construyen los imaginarios geográficos. Con esto queda en claro que a través de esta genealogía se analizará el papel del campo cultural en la producción social de un espacio, y se verá qué tipo de ideas acerca del espacio, el Estado y el desplazamiento ha contribuido a propagar.

Esta es una genealogía restringida por varias razones: por un lado, me centro únicamente en tres momentos históricos enmarcados dentro del periodo que va desde 1850 hasta la actualidad: 1) desplazamientos durante la construcción del Estado-nación en el siglo XIX; 2) desplazamientos ocasionados por ‘La Violencia’ (1948-1965) y 3) desplazamientos suscitados desde los 70’s hasta la actualidad a raíz de las múltiples violencias (paramilitares, guerrilla, narcotráfico). Por otro lado, me limito a tres tipos de fuentes productoras de imaginarios geográficos: libros de viajes, novelas testimoniales y testimonios. Finalmente, esta genealogía sólo incluye los objetos centrales que la conforman, sin embargo estos estarán en constante diálogo con una diversidad de representaciones culturales que por distintas razones no aparecen dentro de la genealogía.

Opté por centrarme en los tres momentos históricos mencionados por varias razones: el primer periodo hace referencia a la segunda mitad del siglo XIX que es vital en la medida en que el viaje aparece como la formación político-cultural dominante, y es en sí el momento en el que los Estados nacientes latinoamericanos se embarcan en el proyecto de nacionalizar el espacio y apropiarse de él mediante la escritura (Fernández-Bravo). Los otros dos periodos hacen referencia respectivamente a los dos y únicos momentos en los que realmente se ha dado un colapso parcial del Estado (Oquist, Pizarro Leóngómez), y que son de gran interés no sólo por las reflexiones suscitadas en torno al Estado y el desplazamiento, sino por el papel que asumió el campo cultural como tal. El periodo que va desde principios del siglo XX hasta la explosión de La Violencia en 1948, se caracteriza por su estabilidad macroeconómica y por su relativo orden y pacifismo a nivel político y social (Bushnell). Haré referencia a este periodo, con un énfasis específico en el proceso de modernización económica y su impacto en la producción del espacio, pero no lo escogí como un periodo de profundización para este estudio en la medida en que el tipo de reflexiones relacionadas con el espacio, el Estado y el desplazamiento son muy limitadas.

En cuanto al tipo de fuentes opté por centrarme en los libros de viajes, las novelas de corte social o testimonial y los testimonios, porque los tres tienen en común que son géneros que pretenden representar fielmente la realidad e influir sobre la misma. El caso de la literatura de viajes se ha estudiado mucho, y como se verá, es un género mediante el cual no sólo se difundieron las características de los territorios recién “nacionalizados”, sino que se construyeron con unas características determinadas en función de unos intereses y unos proyectos políticos específicos (Montaldo). Por otro

lado, las novelas en general son un campo interesante para este tipo de estudio en parte por la función estatal de estas en algunos períodos (Ramos, Rama) y por su relación con la nación (Sommer). Sin embargo, las novelas de corte testimonial, que en el caso colombiano adquirieron mucha fuerza durante el periodo de La Violencia, son un campo especialmente fructífero pues su razón de ser es dar a conocer una realidad silenciada por los discursos oficiales (Escobar) y por lo tanto son textos que reflexionan acerca de espacialidades desconocidas. Finalmente, el testimonio, un género de gran difusión, que es leído como texto fáctico, no sólo busca igualmente transmitir la información silenciada por otros medios, sino que en este caso es un género mediante el cual no sólo se construyen los espacios donde el Estado no llega, sino que reflexiona acerca lo que sucede cuando el Estado no es el principal productor del espacio.

La mayoría de los objetos que conforman el corpus de esta genealogía se caracterizan por haber tenido una gran difusión, y por lo tanto ya han sido abordados críticamente. Sin embargo, muy pocos de estos objetos han sido estudiados desde la problemática espacial, y de más importancia aún, estos nunca han sido abordados en conjunto. Ahí radica el gran valor de esta genealogía, pues al integrarlos es que se puede ver que desde mediados del siglo XIX, el campo cultural ha cumplido una labor activa en la construcción y difusión de espacialidades ajenas al Estado, creando conciencia de esas “espacios alternativos” (Lefebvre) donde el Estado no llega. Como se verá, a pesar de que cada texto opera de una manera específica con respecto a la dinámica espacial, es posible identificar en estas representaciones culturales una tendencia crítica frente al Estado por su debilidad, su incapacidad de integrar al país, por no estar presente en gran parte del territorio nacional y, en algunos casos, por ser una fuente desmedida de

violencia (esto se puede percibir incluso en los textos que están aliados al poder estatal). Igualmente, es posible identificar un claro posicionamiento crítico frente a los desplazamientos poblacionales, que nunca han sido dirigidos por el Estado sino más bien suscitados por la debilidad del mismo.

En el capítulo 1 “El desplazamiento oficial para “nacionalizar” el territorio: el caso de La Comisión Corográfica (1850-1859)”, se estudiará el papel que cumplió la Comisión Corográfica dirigida por el geógrafo italiano Agustín Codazzi⁷, dado que este es el primer y único proyecto de exploración estatal que se promovió en el país durante el siglo XIX. Los objetivos principales de esta empresa eran: en primer lugar, dar a conocer el país en su conjunto, cartografiar tanto cada una de sus regiones como al país entero (lo cual era de suprema importancia en la medida en que no se tenía un mapa confiable), y finalmente, diseñar una división territorial lógica. En segundo lugar, el proyecto tenía como objetivo promover el progreso material para mejorar la situación económica y social de Colombia, principalmente mediante el diseño y apertura de vías de comunicación, y mediante la promoción de la inmigración extranjera (Sánchez 1999).

El estudio de este proyecto es especialmente interesante porque estuvo comprometido con la necesidad de consolidar la imagen de unidad nacional, inexistente en esta época a raíz de la marcada fragmentación espacial. Para la creación de una imagen integradora era necesario dar a conocer este país completamente desconocido, fijar nombres, inventar un pasado y crear regiones. El camino planteado para lograr esta

⁷ Agustín Codazzi, militar, geógrafo y viajero por excelencia, nació en Lugo en 1793. En 1817 después de haber luchado en el ejército de Napoleón, se embarca para Sur América. Cuando se estableció en Colombia Codazzi ya había adquirido un entrenamiento sólido en el campo geográfico y traía experiencia práctica de gran valor dado que acababa de levantar el atlas de Venezuela y había hecho labores importantes para promocionar la inmigración en este país. (Gómez Giraldo)

meta concuerda con el régimen de descentralización política, ya que este fue un proyecto comprometido con el proceso de resaltar las diferencias regionales, para integrarlas en la totalidad (Restrepo 1988). Por esta razón, era una empresa que buscaba afirmar la soberanía mediante el reconocimiento y la manipulación de las diferencias regionales. Como se verá más adelante, el compromiso de la Comisión con este tipo de régimen político fue tan fuerte, que cuando cambió el panorama político, la gran “empresa unificadora” fue relegada al olvido.

Dentro del producto de la Comisión, me enfocaré en el relato de viajes titulado *Peregrinación de Alpha* de Manuel Ancizar, y en las láminas de viaje destinadas a ilustrarlo, que presentan una gran compenetración pero que hasta la fecha no han sido publicadas en conjunto. Opté por centrarme en estos dos, no sólo porque *La Peregrinación de Alpha* fue un texto que tuvo un gran impacto en la población, sino porque en el siglo XIX las imágenes cumplieron una labor muy importante en la producción del espacio a raíz del analfabetismo. Además, opté por el enfoque inter-artístico pues creo que la conjunción de estos dos campos es sumamente útil dado que conlleva a revelar contenidos que pasarían inadvertidos mediante otros enfoques (Mitchell).

Los aportes principales de este capítulo son el profundizar en la relación entre las teorías de viaje y las teorías acerca de la producción del espacio, con un énfasis en este caso, en la condición de dependencia. Por otro lado, este capítulo resalta la importancia del campo cultural en la construcción del país como “país de regiones”, y resalta la importancia de las imágenes y del enfoque “inter-artístico” en los estudios de la literatura de viajes y su relación con las lógicas espaciales. Finalmente este capítulo es valioso en el

sentido de seguir resaltando la importancia tanto del producto verbal como del producto visual de la Comisión Corográfica.

El fracaso de este proyecto de exploración e integración nacional ha sido relacionado con la situación de violencia crónica característica de la segunda mitad del siglo XX. Por eso, en el Capítulo 2, “La novela de la Violencia y la difusión de “espacios de terror”: un estudio de la transformación espacial suscitada por La Violencia (1948-1965)”, estudiaré el papel de algunas novelas de La Violencia en el proceso de (des)integración nacional. El periodo de La Violencia fue un acontecimiento que tuvo un grandísimo impacto en el campo cultural en general y en el campo literario específicamente, y por lo tanto existe una amplia producción discursiva en torno al tema. Antes de este terrible episodio, la literatura nunca se había centrado de manera generalizada sobre un mismo evento socio político y nunca se había escrito tanto sobre un mismo tema (Escobar). Por eso, La Violencia, es el primer acontecer político que realmente une a los literatos, dando como fruto lo que se conoce hoy en día como la literatura de la Violencia, que está conformada por aproximadamente sesenta novelas y aproximadamente cien cuentos escritos entre 1948 y 1967 (Escobar). Esta es la primera vez que los literatos (casi sesenta escritores) ven la necesidad y la urgencia de enfocarse en la realidad histórica colombiana, y por estas razones, es la primera vez que las letras colombianas se apartan de las tendencias literarias del exterior, para desarrollar una propuesta diferente, netamente colombiana (Escobar).

El estudio de la novela de la Violencia es fundamental para poder entender las transformaciones espaciales que se suscitaron a raíz de esta primera oleada de violencia, ya que estos textos emprendieron la labor de dar a conocer el efecto de la Violencia en el

país, suplantando la labor que no se llevó a cabo mediante la prensa. La Violencia fue el combustible que conllevó a la creación de lo que yo quisiera denominar “espacios del terror”, y la novela de la Violencia fue el medio por excelencia mediante el cual éstos “espacios del terror” se construyeron discursivamente, y se dieron a conocer. Por lo tanto, la novela de la Violencia cumplió una labor muy importante al insertar dentro del imaginario social estas nuevas espacialidades producidas por la guerra bipartidista.

Escogí centrarme en dos novelas: *Viento Seco* (1953) de Daniel Caicedo y *El día del odio*, de J. A. Osorio Lizarazo (1954), no sólo porque están atravesadas y marcadas por el desplazamiento, sino porque me permiten estudiar el efecto de la Violencia en la transformación del espacio tanto en el ámbito rural como en el urbano. *Viento Seco* es una novela desgarradora de protesta social que se ciñe a los hechos ocurridos en el campo colombiano, mientras que *El día del odio* es una novela de corte un poco menos periodístico pero que explora lo sucedido en Bogotá el 9 de Abril de 1948, día en que explotó La Violencia.

El aporte central de este capítulo radica en que en este se amplían los referentes culturales de las teorías acerca de la literatura de viajes, y mediante esto se ensancha el campo de estudio y de influencia de las representaciones culturales en la producción del espacio. Por otro lado, este capítulo se centra en la Violencia y su relación con el espacio, el Estado y el desplazamiento, y explora la forma en que la Violencia se constituye como una fuente muy poderosa o combustible, por decirlo así, de profundas transformaciones espaciales. Finalmente, al abordar tanto el campo como la ciudad, se da pie para que se planteen reflexiones interesantes acerca de las lógicas espaciales y de desplazamiento en estos dos ámbitos.

Finalmente, en el tercer capítulo, “¿Qué pasa cuando el Estado no es el principal productor del espacio? *Desterrados Crónicas de desarraigo* (2000) y *No nacimos pa’ semilla* (1990), un estudio de las implicaciones espaciales de las múltiples violencias”, sigo dentro del tema de la violencia, pues me enfoco en el segundo periodo de colapso parcial del Estado a raíz de la violencia, pero en un momento histórico marcado por la globalización. La reflexión gira entonces en torno a lo que sucede cuando fuerzas tales como el narcotráfico, la guerrilla y los paramilitares empiezan a ser fuentes muy poderosas de producción espacial, en medio de mundo globalizado.

Opté por centrarme en testimonios, a pesar de que estos temas han sido abordados de manera extensa dentro del campo cultural, por un lado, porque el testimonio fue uno de los primeros medios a través de los cuales se construyeron socialmente estos “espacios alternativos” (Lefebvre), y por el otro, porque ha sido un canal de difusión muy importante de estas especialidades no dominantes.

Desterrados, crónicas de desarraigo, es un testimonio editado desde el exilio por Alfredo Molano, un sociólogo de izquierda que además de ser él mismo un viajero por excelencia, ha estado siempre en diálogo con los viajeros del XIX. En “*Desterrados. Crónicas de desarraigo*” Molano transcribe los testimonios de seis desplazados por la violencia (o ‘desterrados’), mediante los cuales se muestran sus vidas marcadas por el desplazamiento permanente y por el miedo. Este proyecto está marcado por el desplazamiento no sólo porque su contenido son historias de desplazamiento, sino porque Molano viaja por el país para conocer esta realidad que sólo puede ser contada desde el exilio. Lo interesante del texto de Molano es que se diferencia de otros testimonios en la medida en que el autor no pretende borrarse del todo para darle voz a otros sectores, sino

que inserta su propia experiencia como desterrado en el primer capítulo, para luego darle voz a otros desterrados.

Finalmente, a través de *No nacimos pa' semilla*, editado por Alonso Salazar un periodista que ha estudiado a fondo el fenómeno del narcotráfico, se estudiará el fenómeno de violencia urbana, con énfasis en el fenómeno del sicariato en la ciudad de Medellín. A través de la voz de los sicarios, las madres de los sicarios, sus enemigos, y los sacerdotes se transmite información acerca de una realidad que el Estado no había querido aceptar. Acá vemos cómo la fragmentación del país se traspone en una ciudad fragmentada, una ciudad quebrada, con grandes espacios donde el Estado no llega, donde la ilegalidad es la norma y donde las lógicas espaciales son distintas.

El aporte central de este capítulo es el de rescatar la importancia del testimonio como género que ha difundido las espacialidades alternativas que en este caso han surgido a raíz del narcotráfico, la guerrilla y el paramilitarismo, contribuyendo nuevamente a ensanchar el campo de influencia de las representaciones culturales en la producción del espacio. Este capítulo también es de gran valor por confrontar nuevamente las teorías que idealizan el fracaso del Estado y las espacialidades que imposibilitan la labor estatal (Deleuze y Guattari).

En cada uno de estos capítulos, queda explícito no sólo en qué medida los textos escogidos son representativos del periodo sino que se profundiza en las razones por las cuales se escogieron. Haré mucho énfasis en el contexto histórico, y en las características de las lógicas espaciales y de desplazamiento en cada periodo, pues sólo así es posible entender cómo opera cada texto en relación con el proceso de (des)integración nacional.

Finalmente, en cada uno de los capítulos estudiaré la producción “dependiente” del espacio, lo cual es en sí mismo otro aporte de gran valor de cada uno de los capítulos.

En las conclusiones, se abordarán los cambios espaciales suscitados a raíz de la Constitución de 1991, lo cual inevitablemente conllevará a retomar las reflexiones planteadas en el primer capítulo con respecto a la forma en se construyó el espacio nacional en el siglo XIX.

En síntesis, a lo largo de esta introducción se evidenció la importancia de las representaciones culturales en la producción del espacio nacional y en el proceso de insertar dentro del imaginario social los “espacios alternativos” (Lefebvre). Además se rescató la importancia de aproximarse a la producción del espacio en Colombia teniendo en cuenta la condición de dependencia. Este enfoque se justifica a sí mismo en la medida en que ignorar la producción dependiente del espacio, los desplazamientos y la debilidad del Estado implica ignorar a los más afectados que son las minorías étnicas y los menos favorecidos. Sin embargo, considero necesario resaltar que este es un proyecto con limitaciones como todos, siendo las más evidentes el reducido número de representaciones culturales y el tipo de fuentes dado que quedan por fuera un sinnúmero de objetos muy productivos para este estudio como lo son documentales, películas y otro tipo de representaciones verbales. Sin embargo espero que a través de este estudio quede clara la importancia de ampliar el campo de influencia de las representaciones culturales en la producción del espacio, y por el otro lado, espero que este estudio dé las pautas para que se siga analizando la problemática de la (des)integración nacional desde el punto de vista cultural.

Capítulo 1- “El desplazamiento oficial para “nacionalizar” el territorio: el caso de *La Comisión Corográfica (1850-1859)*”

La integración nacional entrañaba la creación y consolidación tanto de la imagen de unidad territorial, pese a las barreras topográficas, los contrastes naturales y la inexistencia de vías de comunicación adecuadas, como de un sentido de pertenencia de los individuos a una comunidad nacional, pese a sus diferencias regionales. Suponía, en síntesis, la construcción de una imagen de unidad dentro de la diversidad. (Sánchez, 647)

En 1992, muchos de los transeúntes del centro de Bogotá se vieron obligados a alterar su rumbo al toparse con un escenario bastante peculiar: *El paso del Quindío*, una video-instalación de José Alejandro Restrepo compuesta por 11 monitores con imágenes de la naturaleza de esta zona (frailejones, palmas de cera y el páramo) que contrastan con la imagen del carguero de Humboldt (Gutiérrez 2000). Mediante música, fotografías, y un video realizado por el artista a partir de su propia experiencia como viajero en la montaña del Quindío, Restrepo confronta sus vivencias con las de cuatro viajeros del siglo XIX: Humboldt, Thielman, Koch y Avelino (el carguero). Incluye fragmentos de las impresiones de cada uno y las contrasta con sus las suyas, creando así un esquema mediante el cual cada viajero desvirtúa al anterior. Según Restrepo esta obra se cristalizó de la siguiente manera:

Todo empezó a mezclarse porque me encontré con los relatos de los cronistas y con los viajeros del XIX, sobre todo con grabados en madera [...] Leí los diarios de Humboldt y comencé a hacer sus viajes. Principalmente un recorrido: el paso del Quindío. Es un camino que sube las montañas de la cordillera central desde

Ibagué hasta Salento [...] Reconstruí el viaje por primera vez en la Galería Colombo Americano en el pleno centro de Bogotá. Mucha gente me comentó del choque de la calle con ese lugar creado (Citado por Gutiérrez, 2002)

Esta video-instalación es representativa de la amplia obra de Restrepo, que se caracteriza por recuperar momentos históricos del país y por reflexionar acerca de la geografía y la naturaleza colombianas. La presencia de los viajeros es notoria en la obra del artista, y es una de las formas a través de las cuales se cuestiona la cultura hegemónica, se resalta la explotación y se insiste en la necesidad de rescatar las versiones no dominantes. En el caso de *El paso del Quindío*, esto se ve mediante el intento de rescatar la percepción del carguero (Gutiérrez 2002)¹.

La importancia geográfica del paso del Quindío no tiene equivalente en Colombia, dado que forma parte del camino que los viajeros tenían que atravesar para llegar a Bogotá. La fama internacional de este lugar, hizo que muchos viajeros y posibles inmigrantes optaran por esquivar a Colombia. Un caso concreto es el Humboldt quien en varias ocasiones estableció que no tenía ni los fondos ni el ánimo de ir a Colombia, y mucho menos de llegar hasta la capital (Díaz). Este paso además ha sido el centro de las reflexiones acerca de la posición céntrica-excéntrica de Bogotá y del aislamiento de Colombia con respecto al resto del mundo (Gallop). Adicionalmente, a raíz de este tipo de configuración geográfica, en Colombia no se eliminó durante mucho tiempo el uso de cargadores humanos dado que los caballos no eran aptos para estos lugares, lo cual

¹ La relación texto-imagen que se da en esta obra se caracteriza por la complementariedad entre lo visual y lo verbal dado que el texto crea un diálogo sólido con los viajeros del XIX, mientras que las imágenes son las que transmiten una crítica más fuerte de los mismos. Lo visual y lo verbal son igualmente necesarios en esta composición.

inevitablemente conllevó a que se reforzaran las jerarquías sociales basadas en la raza, mediante crudas descripciones que equiparaban a los cargueros con las bestias.



Ilustración 1.1
José Alejandro Restrepo
El paso del Quindío, 1992

Pedro Ruiz, es otro artista que recientemente ha retomado el tema de los viajeros para hacer alusión a la problemática del país. En su serie *Desplazamientos* (2004), Ruiz aborda el tema de los desplazamientos forzosos ocasionados por la violencia, a través de

una serie de óleos de formato mediano en los cuales aparecen los desplazados en canoas llevándose un pedazo de su tierra. Estas obras son elaboraciones de las conocidas imágenes de los champanes del siglo XIX, y se constituyen como una reflexión acerca del impacto social y cultural del desplazamiento forzoso y rescatan la importancia del “lugar”².

Además de Restrepo y de Ruiz hay un gran número de artistas que recientemente ha retomado el tema de la naturaleza y los viajeros. Juan Manuel Roca explica acertadamente que esta tendencia es una reacción a la violencia del país y a la cultura visual de la violencia. Establece que los colombianos nos hemos acostumbrado a las imágenes violentas, y por eso los artistas han optado por “estetizar la violencia” para devolverle a la imagen su capacidad de significar. Roca explica que se ha retomado críticamente el tema de la botánica y de los viajeros, pues los artistas ven en estas dos expresiones el origen de la consolidación de un orden social excluyente y el afianzamiento de la explotación que están en la base de la problemática de la violencia actual del país (Roca).

Este gesto se puede observar en las obras de Restrepo y Ruiz, ya que plantean un retorno a los viajeros, como un modo de pensar en la nación “fallida” y como un modo de pensar en la violencia actual del país. Al analizar las dos obras simultáneamente, se revela que hay un aspecto fascinante que las une: las dos trabajan con materiales que se

² En los siguientes capítulos y en las conclusiones se reflexionará acerca de la importancia de que ha adquirido recientemente el “lugar” en el proceso de construcción nacional colombiano.

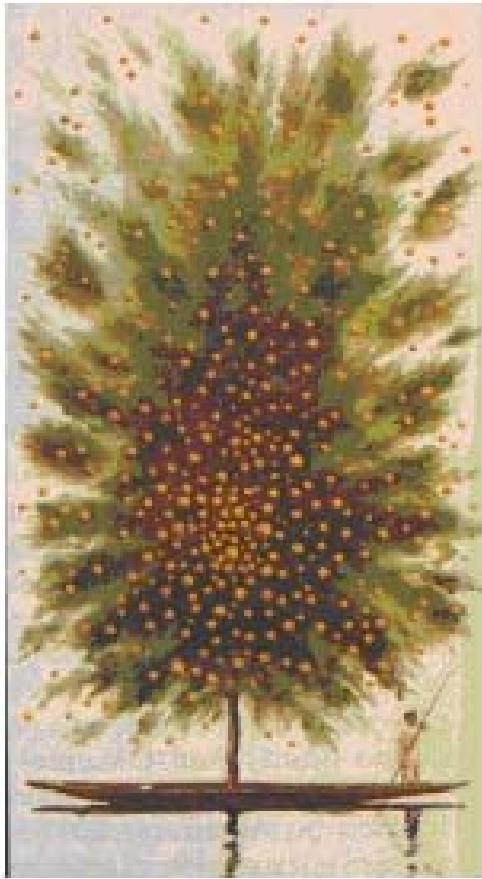


Ilustración 1.2
Pedro Ruiz- Serie: *Desplazamientos*, 2003

centran en la problemática el desplazamiento (la imagen del carguero y la imagen del champán). Esto se debe a que, a raíz de la configuración geográfica del país, los viajeros a lo largo del siglo XIX le dieron gran importancia al sistema de transporte. Por esta razón, las imágenes de los cargueros y las imágenes de los champanes se repitieron tanto que terminaron por convertirse en símbolos de nuestro país (González, 1983).

Para entender a fondo la relación entre los viajeros, el proceso de construcción nacional en el siglo XIX y la violencia del siglo XX, es necesario primero partir de una reflexión acerca de la construcción nacional de estados pos-coloniales como los latinoamericanos, para luego pasar a estudiar las particularidades del caso colombiano con su proyecto de nación mestiza, mediante el estudio concreto del producto de la Comisión Corográfica.

El proceso de construcción nacional

Dueños del nuevo orden nacional, los primeros dirigentes de las repúblicas hispanoamericanas tienen en su haber un pasado de fuerza y de poder dentro del orden colonial, y conservan de ese tiempo la profunda convicción de que la *civilización* emana de Europa y que debe ser *impuesta* a los pueblos del Nuevo Mundo, incluso si éstos aparecen como los nuevos depositarios de la soberanía nacional. (Martínez, 36-37, Subrayado es mío).

El proceso de construcción nacional en América Latina tuvo varias particularidades. Por un lado, a diferencia de lo ocurrido en Asia y en África, el proceso de descolonización fue llevado a cabo por criollos y no por nativos, y por esta razón la independencia fue una descolonización fallida. Esto implicó, que el proceso de

construcción nacional fuera planteado desde un principio, siguiendo el modelo europeo, ratificando a Europa como fuente legítima de civilización. Esto conllevó a que América Latina fuera construida como extensión de Europa (Mignolo, 2000). Por lo tanto, el proceso de construcción nacional, guiado por el discurso de la civilización, fue entonces un intento de transformar la realidad americana mediante moldes europeos. Así lo plantea Leopodo Zea:

To enter modernity, in the nineteenth century, the Latin American intelligentsia tried to erase the only history that it had, that which was formed by three centuries of colonization. One had to change the skin or cleanse one's brain. One had to renounce an identity imposed by colonization and to appropriate the identity of the peoples who were the motor of the progress and civilization of modernity. One had to be like Europeans. (Zea, 81).

En este sentido, la independencia no transformó las relaciones de poder sino que las perpetuó. El modelo de poder que había sido operativo desde el descubrimiento, y que acertadamente Aníbal Quijano ha definido como la “colonialidad del poder”, mantuvo su vigencia mediante la clasificación mundial centrada en la raza y en la estructura de trabajo. En este caso, la elite criolla adoptó la superioridad de los españoles, imponiendo una estructura de poder similar. Por esta razón Quijano argumenta que en América Latina la “colonialidad del poder” alineó los intereses de la oligarquía con los europeos y eso limitó la creación de una conciencia nacional genuina. Es decir, en América Latina no se dio un proceso de descolonización y una democratización de la sociedad antes de la creación del Estado-nación, y por lo tanto, el grado de representatividad de estos nuevos regímenes es bastante limitado.

In this sense, the process of independence for Latin American States without decolonizing society could not have been, and it was not, a process toward the development of modern nation-states, but was instead a rearticulation of the coloniality of power over new institutional basis. (Quijano, 569).

Indudablemente, la misión civilizadora catalogó a la población, pero al hacerlo no sólo construyó varios grupos sociales como seres inferiores, sin pasado y sin cultura, sino que se construye como un espacio periférico (el espacio de la naturaleza), dependiente de los modelos provenientes del centro (el espacio de la civilización). Si miramos este proceso de fundación nacional desde un punto de vista global y pensando en la forma en que se construye el espacio nacional al caducar el espacio colonial, no se trata solamente de un proceso de inserción de estas naciones emergentes dentro del capitalismo mundial, y dentro de la llamada modernidad, sino que la modernidad como tal no puede entenderse sin la participación de la periferia. La modernidad, como lo dice Walter Mignolo (2000), es modernidad/colonialidad, en la medida en que la primera no se logra sin su lado oscuro que es la colonialidad. Por lo tanto, la producción del espacio en estas naciones emergentes está condicionada a los intereses del centro, y se caracteriza por la “dominación espacial” (Santos, 2000).

Ahora bien, el proceso de construcción nacional no fue el mismo en todos los países de América Latina, pues algunos se caracterizaron por el blanqueamiento y otros por un indigenismo muy fuerte. En Colombia, el proceso de fundación se caracterizó por el proyecto de nación mestiza, que si bien no pretendió exterminar los negros y a los indígenas, sí buscó su asimilación al considerarlos seres inferiores y “material no apto para la nación” (Castillo, 27). Por lo tanto, fue un proyecto que buscó minimizar la diferencia, “invisibilizar a los negros y a los indígenas al considerarlos rezagos del pasado, un obstáculo para la construcción nacional” (Castillo, 28). Este tipo de proyecto no sólo se caracterizó por ser excluyente, sino como lo menciona Peter Wade, por la

coexistencia de mestizaje y discriminación en la medida en que por un lado se estableció que todos eran mestizos y por el otro lado se da una ideología discriminatoria que señala que unos mestizos son más claros que otros.

Sin embargo, la pregunta que más nos concierne en el presente estudio, es cuáles fueron las implicaciones espaciales de este tipo de proyecto nacional. Para esto hay que partir de la base de que Colombia durante el siglo XIX fue uno de los países menos articulados al mercado mundial (Martínez), y se caracterizó por su dispersión geográfica (Palacios) y por la presencia de regiones muy heterogéneas poco articuladas entre sí (Ocampo). El régimen de producción económica que se instauró desde la Independencia, fue el de agro-exportación o exportación de productos primarios. Así, el proceso de inserción dentro de la economía mundial antecedió al proceso de unificación interna, ya que las presiones del comercio internacional conllevaron a que se desarrollara una red centrífuga de vías de comunicación, dejando de lado el proyecto de integrar el país mediante vías de comunicación (Ocampo). Este es un claro ejemplo de la producción dependiente del espacio (Santos), ya que se construyen regiones-centro para cumplir con una demanda externa, que al cabo de un tiempo son reemplazadas por otras regiones centro (suscitado por un cambio en la demanda), sólo para adquirir ganancias ocasionales. Mientras esto ocurre, las antiguas regiones-centro quedan relegadas al olvido al no ser interesantes (es decir explotables) bajo esa coyuntura. Esto es un ejemplo de lo Milton Santos denomina la valoración selectiva del espacio dentro de un proceso global de producción del espacio, que se caracteriza por beneficiar los espacios hegemónicos. Este

tipo de régimen económico solidificó la fragmentación del país en regiones o regionalización del país (Jiménez y Sideri, 17)³.

Cada región tiende entonces a promover contactos directos con el exterior, en detrimento de los que existían con el resto de Colombia. La fragmentación del territorio nacional es un hecho protuberante; las mejoras introducidas en el sistema de comunicaciones a finales del siglo no la contrarrestan, sino todo lo contrario (Pécaut, 54).

Este tipo de régimen económico y el carácter centrífugo de la red de transporte perpetuaron la pobreza del Estado, a raíz de la dificultad y el costo de cobrar impuestos. Es por esto que durante todo el siglo XIX, el Estado estuvo en crisis fiscal continua ya que los intercambios mercantiles difícilmente podían convertirse en recursos fiscales (Tobón Sanín). La limitada acumulación a su vez, generó un Estado sin la capacidad de superar la fragmentación regional y la desarticulación del mercado interno (Jaramillo). En cuanto a la pobreza del Estado, Camacho Roldán escribió en 1871 lo siguiente:

Sin pretender desde luego, establecer en materia de rentas punto alguno de comparación entre los pueblos europeos y los de Estados Unidos con nuestro país, nuestros recursos fiscales comparados con el resto de la América española, son: la mitad de los de El Salvador, la tercera parte de los de México y Nicaragua, la cuarta parte de los de Argentina, y la duodécima parte de los de Perú; Guatemala tiene un 50% más de rentas que nosotros, el Ecuador un 20% y Bolivia un 10. Apenas tenemos superioridad sobre el gobierno de Honduras” (Citado por Alfonso Michelsen en el Prólogo al libro de *Malcolm Deas Del poder y la gramática, y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá, Tercer Mundo Ed, 1993, Pg. 13)

Este tipo de producción del espacio, regionalizado, también implicó la fragmentación de la elite entre muchos grupos de poder dispersos por el país. Esto va de la mano de la fragmentación de la malla urbana, ya que en Colombia al igual que en el resto de América Latina se dominaba el espacio fundando ciudades (Zambrano), pero la

³ Luis Mauricio Curvo y Luz Josefina González es flexible (por la cantidad de regiones-centro) y multipolar (múltiples centros).

unificación del país se presenta junto con la primacía urbana o concentración de la población en torno a una sola ciudad. En el siglo XIX, la primacía urbana en Colombia fue la más baja de Latinoamérica, 40, 000 en 1871 en una población de 2.9 millones (Rojas, Cristina, 51).

La regionalización del país, no sólo se ratificó mediante el tipo de régimen económico, sino que el proyecto de nación mestiza como tal ideológicamente construyó un país en el que ciertas regiones quedaron al margen de la misma. Es por esta razón que Peter Wade habla de la “regionalización de la raza” en Colombia, ya que la “raza en Colombia no está simplemente ‘reflejada’ en categorías espaciales, sino que está constituida por estructuras espaciales” (Wade, 21). Las regiones del Pacífico, del Cauca y de la Amazonía, son claros ejemplos de esto, ya que se construyeron como regiones marginales, salvajes, carentes de civilización, “espacios vacíos de ideas y de pensamiento” (Castillo Gómez, 23). Este tipo de representación del espacio fue dominante durante mucho tiempo, ya que el proyecto de nación mestiza sólo se revaluó mediante la constitución de 1991, momento en el que se rescató el carácter pluriétnico y multicultural de la nación.

Lo que esto significa es que en el proceso de la propia construcción espacial de la sociedad colombiana, o de llegar a concretarse el espacio, se crearon las regiones y éstas tenían muy diferentes mezclas de razas. En resumen, en un nivel muy general, la raza se regionalizó. Las montañas andinas surgieron como una región blanca-mestiza siendo muy comunes las mezclas de indígena-blanco. La costa Pacífica se convirtió en una región principalmente negra. La Costa Caribe desarrolló una mezcla triétnica con fuerte herencia negra e indígena en las clases bajas y algunos enclaves de negros e indígenas puros. Y la región amazónica permaneció predominantemente indígena. Existe un modelo espacial distributivo en la estructura total de la nacionalidad colombiana y su orden racial. (Wade, 92).

Lo interesante no sólo es que la construcción de las regiones ha estado marcada por la raza, sino que la construcción de las regiones ha sido desde la independencia hasta el presente, un proceso conflictivo, un proceso violento, en el que muchos actores entran en juego. Cristina Rojas, en *Civilization and Violence. Regimes of representation in nineteenth century Colombia* analiza muy sugerentemente el proceso de construcción de la nación colombiana, centrándose en la búsqueda de la civilización. Rojas establece que la violencia se justificó por el deseo de civilización. Su argumento es que la búsqueda de la civilización conllevó a fijar identidades centradas en la diferencia y en la exclusión que se ven transmitidas en los discursos, y es esto lo que ella denomina la “violencia de la representación”.

Estos discursos marcados por el imaginario de la civilización, son en gran medida el producto tanto del viaje a Europa por parte de los letrados como de su formación intelectual europea. El viaje a Europa era considerado fundamental en la educación de los letrados, y desde mediados del siglo XIX, se convierte en un viaje modernizador, un viaje en búsqueda del progreso, pero más importante aún, un viaje importador de modelos para la construcción de la nación. Estos modelos europeos, como se mencionó anteriormente no eran apropiados para la realidad americana, pero en vez de pensar en cambiar los modelos, se optó por tratar de ajustar la realidad americana a los modelos, en un gesto netamente eurocéntrico. Frédéric Martínez, que es quien mejor ha estudiado el proceso de construcción nacional colombiano, dice que “el viaje a Europa es la piedra angular de los procesos de construcción nacional en el siglo XIX latinoamericano” (Martínez, 245). Martínez se enfoca básicamente en los discursos que se gestan en Colombia acerca de Europa, los viajes que emprenden a Europa los constructores de la nación, y los intentos

de importación e implantación de los modelos europeos, y establece que la copia de modelos no necesitó mayor legitimidad, pues Europa era vista como la fuente de toda civilización. Lo interesante del análisis de Martínez, es que la Europa que se construye en Colombia, no es una Europa real, es una Europa imaginada, y que el encuentro con la Europa real, es el que fomenta un sentimiento de pertenencia nacional al no ser los letrados reconocidos ni recibidos como ellos esperaban, en otras palabras, “el desprecio europeo es el motor del sentimiento americano” (130).

La difusión de un imaginario europeo más allá de los círculos cultos que refleja la intensa actividad de divulgación emprendida por los intermediarios nacionales: publicistas, clérigos, maestros y políticos. Una actividad de divulgación que, si por un lado colma la ambición civilizadora de esos ilustrados letrados, responde por el otro a las exigencias de la lucha política. (Martínez, 131)

El viaje a Europa produjo una gran cantidad de relatos de viaje fundamentales para la fundación nacional, en la medida en que eran relatos en los que se planteaban los modelos a seguir. El más conocido en el caso colombiano es el relato escrito por José María Samper, futuro presidente de Colombia, *Viajes de un Colombiano en Europa* (1962). Sin embargo, hay otro tipo de viaje productor de discursos igualmente importante para la construcción nacional: el viaje de exploración interior. En general, este tipo de escritura fue muy importante en los países latinoamericanos durante el siglo XIX, dado que el “espacio nacional” se construyó en gran medida mediante los textos de los viajeros que emprendieron la labor de describir, demarcar e inventar este espacio. Esta labor de apropiación del terreno, implicó un re-mapeo por parte de los letrados que se legitimó a través del saber y de la superioridad racial. Por esta razón se ha dicho que es una escritura “territorializadora” (Anderman).

Los estudios centrados en los viajeros “locales”, muchas veces parten de una diferenciación entre estos y los viajes imperiales, gesto que también se puede ver en gran parte de los relatos de viaje hacia el interior ya que los viajeros locales buscaron diferenciarse de los extranjeros al plantear que ellos eran más aptos para conocer y dar a conocer las características de estas naciones emergentes. Las distinciones más importantes entre estos dos tipos de viajeros son: la preocupación de los viajeros locales por la identidad nacional, y la necesidad de describir y cartografiar los terrenos recién independizados, para que el Estado pudiera tomar posesión de ellos (Fernández-Bravo).

Graciela Montaldo describe este proceso de la siguiente manera:

Podríamos llamar imaginación territorial a una actividad fundamental de apropiación del terreno, a una actividad de los letrados que ocupa con la letra un territorio cuya pertenencia está en permanente disputa y, por lo tanto, se tiene que legitimar a través del saber y del relato. Esos textos son verdaderas máquinas territoriales que producen el espacio proyectado hacia un tiempo por venir (Montaldo, 16).

En el Cono Sur, al igual que en otros lugares de Latinoamérica, los letrados se aprovecharon del discurso de Humboldt caracterizado por reinventar ideológicamente a América del Sur como naturaleza. Al acudir a este discurso que recreaba la zona como un espacio despoblado, se les facilitó a los letrados el proceso de reclamar posesión sobre estos espacios y nacionalizarlos llevando a cabo un proceso de blanqueamiento (Pratt). Esto explica por qué la mayoría de los letrados identificaron en un principio el espacio desconocido como un espacio desértico, y por esta razón utilizaron un “discurso topográfico” que describía un terreno eminentemente vacío, lo cual quedaba ratificado mediante mapas (Anderman). En el caso Colombiano, este discurso topográfico se utilizó de manera más sutil, pero sin que esto le reste utilidad.

Otra característica de estos textos es su influencia en la integración del Estado-Nación. Por un lado, los letrados acudieron a la invención de un pasado común, y de una serie de mitos nacionales que unificarán a la población incluida en el futuro estado-nación. Por otro lado se sirvieron de la retórica civilizadora, que les permitió producir la diferencia y promover cierto grado de exclusión social (Montaldo). Esto ayudó a justificar las acciones frente a lo que quedaba por fuera del nuevo pacto: la eliminación o la dominación, es decir, mediante estos textos se construyen y se especifican los “restos” que no cabían dentro del pacto nacional y se plantean las estrategias de nacionalización de los mismos.

Comisión Corográfica (1850-1859)

En el caso colombiano, el viaje de exploración interior por excelencia es el de la Comisión Corográfica. Este, como se mencionó en la introducción, fue un proyecto estatal que se llevó a cabo entre 1850 y 1859 y fue dirigido por el geógrafo italiano Agustín Codazzi. Sus objetivos principales eran: dar a conocer el país en su conjunto, cartografiar tanto cada una de sus regiones como al país entero, y finalmente, diseñar una división territorial lógica; todo esto con el fin de promover el progreso material del país, principalmente mediante el diseño y apertura de vías de comunicación, y mediante la promoción de la inmigración extranjera (Sánchez 1999). Dentro de la amplia gama de discursos civilizadores del XIX, opté por centrarme en este proyecto por un lado porque no tiene equivalente dado que fue un proyecto integral e interdisciplinario que abarcó muchas ramas del saber. “La Comisión corográfica es el evento más importante de la historia de la geografía en Colombia en el siglo XIX y sin duda uno de los hechos más significativos de la disciplina en el país” (Guhl, 5), no sólo porque logró levantar la carta

general de la nación que había sido un objetivo desde 1820, sino por los mapas de las provincias, las descripciones geográficas, los relatos de viajes, las láminas de viaje y la información botánica. Pero por otro lado, escogí este proyecto porque a pesar de encajar dentro del proyecto de nación mestiza, fue un intento de construir la nación desde la diversidad, ideal que, como se verá, queda clausurado mediante la Regeneración por más de un siglo.

En este sentido, este no es un proyecto representativo del periodo, dado que fue único en su especie, pues no hubo otras exploraciones estatales, sino porque la mayoría de los relatos de viaje acerca de Colombia en la segunda mitad del siglo XIX, son el producto de viajes hacia el exterior, bien sea a Europa, cuyo máximo exponente es el de José María Samper anteriormente mencionado, a Estado Unidos, siendo el más reconocido el de Salvador Camacho Roldán *Notas de viaje. Colombia y Estados Unidos de América* (1890), o a otros países de América Latina, tal como el de Federico Cornelio Aguilar *Colombia en presencia de las Repúblicas Hispanoamericanas* (1884). En estos textos Colombia se construye directamente en contraposición a los otros países.

El proyecto de la Comisión también es único en fue especie en la medida en que se diferencia de las demás exploraciones geográficas estatales que se dieron en América Latina por su carácter integral, dado que no se limitó al aspecto geográfico (descripción de espacios y su cartografía), sino que el campo artístico, el literario y la botánica en general fueron componentes esenciales del proyecto. Por eso: “La Comisión Corográfica no tiene equivalente en Sur América” (Sánchez 1999, 612). Fue un proyecto tan ambicioso y recibió tanta atención, que Codazzi fue el colaborador más importante de la *Gaceta Oficial*, uno de los medios de comunicación más importantes del momento

(Sánchez 1999). Otra diferencia sustancial es que este no fue un proyecto partidista como la mayoría de las exploraciones de este tipo, sino que fue un proyecto nacional.

Me propongo abordar el producto de la Comisión Corográfica con el objetivo de confrontar el determinismo geográfico y por lo tanto pretendo resaltar que a través del estudio de este proyecto se constata que la visión de Colombia como país de regiones, no sólo es fruto de la configuración geográfica del país, sino que también fue una idea promovida mediante el discurso, es decir, fue además una construcción promovida desde el campo cultural. Después de resaltar esto, me voy a enfocar concretamente en la forma en que tanto la *Peregrinación de Alpha* como las láminas de Carmelo Fernández construyen la nación, con el fin de contribuir a esclarecer las razones por las cuales Agustín Codazzi nunca dejó que las láminas se publicaran, ya que según él éstas debían ir acompañadas de un componente textual. La realidad es que estas laminas no sólo fueron creadas para ilustrar los relatos de viaje, sino que Codazzi quiso crear un “Museo pintoresco e instructivo de la Nueva Granada” en el que las láminas debían ir acompañadas de sus descripciones geográficas. La hipótesis que quiero plantear es que los dos campos construyen de manera distinta la nación, ya que el campo textual no sólo construye la nación existente en el momento de la exploración, sino que construye tanto su pasado como su presente, mientras que el campo visual por su misma esencia se tiene que limitar al presente. Esta diferencia es fundamental, dado que como se verá, la Comisión Corográfica es fruto de su periodo histórico, y por lo tanto también lo es el tipo de construcción nacional que esta produce.

Por lo tanto, para entender a cabalidad tanto las intenciones como los resultados de este proyecto, es de vital importancia tener en cuenta que Agustín Codazzi llegó a

Bogotá en 1849 al comienzo de una época conocida como La Revolución Liberal (1849-1885). Este período se caracteriza por una gran cantidad de reformas liberales, entre ellas: la adopción del liberalismo económico, la abolición de la esclavitud, la tolerancia religiosa, la abolición de los privilegios eclesiásticos, la separación entre la iglesia y el estado, y el sufragio universal (Bushnell). Con esto, al igual que en otros países de Latinoamérica, se creó conciencia del atraso material del país.

Este fue entonces un periodo marcado por el culto al progreso, en el que se trataron de implementar mejoras tanto en el campo educativo como en la red de comunicaciones, y en el que se fomentó la promoción de la inmigración⁴. De los tres anteriores, claramente el segundo fue el más importante, dada la precariedad de las vías de comunicación. Este aspecto era tan preocupante que Codazzi no fue contratado como geógrafo sino como “ingeniero de caminos” (Sánchez 1999). Los planteamientos de Codazzi en este campo fueron muy novedosos dado que promocionaron la idea de crear una red de articulación interna que ayudara a unir las regiones y contribuyera a consolidar el Estado (Restrepo 1992). Además Codazzi reveló la necesidad de construir caminos carreteros lo cual generó muchas resistencias. Sin embargo falló al visualizar el Río Magdalena como red de articulación, dado que con el tiempo muchos de estos proyectos se volvieron obsoletos. No obstante, el desarrollo de las vías de comunicación fue un factor de vital importancia para el progreso en esta época y para poder atraer la inmigración⁵.

⁴ En 1851 habían tan sólo 1500 extranjeros de 2'300.000 habitantes (Sánchez 1999)

⁵ Codazzi estuvo realmente convencido de la importancia de la inmigración, tan es así que en sus *Memorias*, lo primero que resalta acerca de la Nueva Granada en el año 1820, fue la necesidad poblar al país mediante inmigrantes.

El estudio geográfico de la nación estaba inextricablemente ligado a todos y cada uno de los intereses materiales, tanto a nivel nacional como a nivel regional. En las provincias, el levantamiento de mapas y la descripción física del territorio figuraban de modo explícito entre las estrategias prioritarias de progreso [...] en el ambiente del medio siglo, los intereses materiales rápidamente se convirtieron en intereses nacionales, y la carta geográfica de la República era el medio para realizarlos. (Sánchez 1999, 176-177)

Este, como ya se mencionó, fue un proyecto comprometido con la necesidad de consolidar una imagen de unidad nacional, y el camino para lograrla era mediante la identificación y el registro de las particularidades regionales (de ahí que esta sea una comisión corográfica y no una comisión geográfica). Por lo tanto, fue un proyecto comprometido con el régimen de descentralización política, ya que se propone registrar las diferencias regionales y construirlas como componentes de la totalidad de la nación. Su objetivo es más administrativo que científico, ya que se propone nacionalizar el territorio, es decir, su objetivo era el de incorporar las diferentes regiones a la nación (Guhl). Lina María del Castillo lo plantea muy claramente: “La Comisión Corográfica fue un proyecto que transformó territorios aislados en espacios inteligibles, categorizables, comparables y nacionalizables”(4). También fue un proyecto comprometido con la unificación nacional, en la medida en que se propone fomentar un sentido de pertenencia mediante la construcción de un pasado, un presente y la visualización del futuro. Este último componente es fundamental para poder entender el producto de la Comisión Corográfica, ya que este fue un proyecto que construyó no sólo el país del presente, sino que construyó el país del futuro. Como se verá, gran parte de la producción de la Comisión está marcada por un tono futurista, son narraciones que visualizan el espacio una vez incorporado no sólo a la nación, sino más importante aún, al

mercado internacional, se caracterizan por el anhelo de progreso, construyendo así, una versión “ideal” de la Nueva Granada.

Este proyecto se llevó a cabo mediante diez expediciones, que la historiografía ha separado en dos grupos divididos por la Revolución de 1854, después de la cual las labores no sólo fueron más difíciles de llevar a cabo por falta de fondos, y por haber perdido el Colegio Militar y Observatorio Astronómico, que eran los lugares donde se guardaba toda la información y se procesaban los datos (del Castillo), sino que el producto de ésta segunda fase de expediciones tuvo una menor difusión dado que su publicación en periódicos se suspendió por falta de capital (del Castillo). Todas las expediciones se caracterizaron por haber sido muy exigentes físicamente hablando, y más importante aún, todas éstas tuvieron a Bogotá como centro de salida, lo cual, como se verá, es fundamental para entender desde qué perspectiva se construyen estas regiones.

No cabe duda que este fue un proyecto supremamente ambicioso, pero por encima de todo, fue un proyecto heroico. Las condiciones que los integrantes experimentan a lo largo de esos nueve años son realmente asombrosas. Por eso no es casual que los miembros de la Comisión hubieran rotado tanto ya que algunos se vieron forzados a renunciar por no tener resistencia física para seguir. Todos los miembros de la Comisión se enfermaron, dos peones perdieron un ojo cada uno, Henry Price y su criado murieron, junto con otros seis empleados más, y por último pero no menos importante, el propio Codazzi murió trágicamente en Santa Marta en 1859 antes de terminar sus labores (Del Castillo). Con respecto a las condiciones insalubres y las enfermedades, Manuel Ancízar escribió lo siguiente:

“Pepe querido.

En la exploración de los desiertos del Carare sufrí mucho, y tuve la vida en inminente riesgo por haberseme sumergido la mula por un barranco abajo, en cuya desusada evolución la acompañé, pues aunque me arrojé de la silla, se me quedó una espuela enredada en el pellón, y el tal pellón tenía sobrecincha! Después de esto, de regreso a Vélez, me abrumaron unas calenturas cual yo no tenía idea de que las hubiese. Catorce horas duraba cada ataque: los huesos se me tronchaban y un delirio rabioso me enloquecía. Seguíanse cuatro o cinco horas de descanso y volvía la fiebre! Doce días de cama en esta divertida situación me dejaron como caballo de Ginela... Pero al fin pasó la borrasca y volvimos al trabajo los dos convalecientes, pues Codazzi tuvo las mismas fiebres no obstante ser hombre de hierro” (Citado por Gilberto Loaiza, 50- Carta de Manuel Ancizar a Rafael E. Santader, Socorro el 15 de Abril de 1850)

Ahora bien, ya teniendo en claro las particularidades básicas de este proyecto, lo central es que nos preguntemos por su efecto en el campo espacial. ¿Cómo construyó este proyecto el territorio nacional? Lo más importante es que este fue un proyecto que ratificó la construcción del país como un país de regiones. Es indudable que la Comisión “logró crear la idea de que Colombia estaba compuesta por regiones diversas tanto en términos de raza como de climas y micro regiones” (Applebaum, 343). Lo cual confirma que a pesar de las profundas diferencias regionales del país, la visión de Colombia como país de regiones fue algo creado mediante el discurso. Esto lo aclara Erna von der Walde de la siguiente manera:

Si bien la multiplicidad y diversidad geográfica, cultural e histórica de Colombia son innegables, la “región” es ante todo un discurso, un dispositivo que se ha hecho operativo dentro de las relaciones de poder y en los conflictos políticos ... la región en el discurso de la nación en Colombia ha tenido la función muy importante de “naturalizar” formaciones sociales y económicas, así como de organizar aspectos culturales e interpretar procesos históricos. En ese sentido ha sido funcional para ocultar otras diferencias, para allanar o simplificar procesos sociales y culturales”. (Von der Walde, 244)

La región, como se mencionó en la introducción, hace referencia a una división intra-nacional o a un subconjunto del estado-nación, y se caracteriza por ser una

construcción política, económica y en gran medida cultural (Giménez). Entonces, dada la importancia del discurso en la construcción de las regiones, lo interesante es ver cómo la Comisión Corográfica construyó estas regiones. Como se verá, no todas las regiones fueron creadas de la misma manera, ya que la Comisión se encargó de establecer cuáles eran las regiones más aptas para la inversión extranjera, y cuáles no. También se encargó de identificar el grado de civilización de cada región y por lo tanto indirectamente incidió en “la llegada del Estado” a las regiones y su futura la presencia estatal.

Vale la pena aclarar que el producto de la Comisión fue fundamental en la construcción discursiva de la nación como país de regiones, sin embargo el grupo El Mosaico, que fue el que procesó gran parte del material de la Comisión, también cumplió una labor muy importante. Este grupo se encargó de promover el costumbrismo en Colombia, entendiéndolo como: “todo trabajo de descripción de los espacios geográficos, del territorio nacional, sus gentes, y formaciones sociales y económicas” (Von der Walde, 243). También promovió las exploraciones en el territorio, y creyó en la importancia de resaltar las diferencias sociales, económicas, y culturales del país.

Peregrinación de Alpha

El producto de la Comisión en su conjunto se encargó de construir las regiones del país, ya que los mapas, las descripciones geográficas, las láminas de viaje, la información botánica y los relatos de viaje apuntan a eso. Sin embargo, me voy a enfocar en la *Peregrinación de Alpha*, el relato de viajes escrito por Manuel Ancízar, junto con las láminas de Carmelo Fernández que estaban destinadas a ilustrarlo, ya que hasta el momento no se ha hecho un análisis inter-artístico profundo de dilucide la forma en estos dos componentes textual y visual respectivamente construyeron las regiones del país. Sin

embargo, dado que este fue un proyecto orgánico, y su producto estuvo altamente interrelacionado, se abordarán los dos objetos mencionados en diálogo con el resto del producto de la Comisión.

Manuel Ancízar fue el primer secretario que tuvo la Comisión e integró esta empresa en sus primeros dos años de existencia pues luego se retiró por tener que atender unas misiones diplomáticas en Ecuador. Ancízar fue un político, periodista, educador y viajero colombiano. Su labor como periodista era muy atractiva para la empresa corográfica ya que fundó la imprenta el Neogranadino y luego el periódico *El Neogranadino* que fue vital para la Comisión Corográfica. Además, su compromiso con los intereses materiales le permitieron encajar muy bien dentro de la Comisión. Realmente Ancízar se caracterizó por darle suma importancia a la geografía, hasta el punto que fundó el Instituto Caldas que tenía como objetivo mejorar las vías de comunicación, promover las mejoras materiales, e impulsar la inmigración y la educación. Sin embargo, esta entidad no tuvo larga vida a raíz de la falta de fondos. A pesar de esto, Ancízar siguió promoviendo asiduamente los proyectos de obras públicas en sus editoriales de *El Neogranadino* (Sánchez 1999).

En los documentos oficiales de la Comisión se establece por un lado, que Ancízar fue contratado para servir de ayudante a Codazzi (Artículo 1), y en los siguientes dos artículos se plantea que:

“Art. 2. Ancízar se obliga además a escribir y ordenar y Diccionario Geográfico-Estadístico de La Nueva Granada, que contenga lo sustancial sobre posición de todos los lugares, su temperatura, población, producciones, comercio, vías de comunicación, rentas y obras públicas nacionales y seccionales: las nociones generales que puedan obtenerse sobre organización política, fuerza armada, estadística judicial, crédito nacional, instrucción pública, monedas, pesos y

medidas, en fin, una noticia suscita de todos los hechos de algún interés relativos al gobierno, la población, la industria y los establecimientos públicos.

Art. 3. También escribirá Ancízar una obra acompañada de diseños describiendo la expedición geográfica en sus marchas y aventuras, las costumbres, las razas en que se divide la población, los monumentos antiguos y curiosidades naturales, y todas las circunstancias dignas de mencionarse. Esta obra esencialmente dramática y descriptiva, deberá combinarse con la del diccionario geográfico estadístico, de tal modo que ambas den a conocer el país en el exterior en todas sus faces y especialmente en las que son adecuadas para promover la inmigración de extranjeros industriosos” (Loaiza, 45-46)

Como se ve en el contrato mismo, la idea era escribir un texto descriptivo básicamente con el fin de insertar las regiones del país dentro del mercado mundial y atraer la inmigración. Este texto descriptivo se llamó la *Peregrinación de Alpha* (Alpha era su pseudónimo), un relato de viajes excepcional en el cual el autor efectivamente se enfoca en las características geográficas de cada región, su población, las vías de comunicación, las posadas, la integración de cada comarca con el centro, las costumbres, la instrucción pública, y la relación con la iglesia. Sus fuentes principales son *El compendio histórico* de Joaquín Acosta, archivos parroquiales, documentos de los cabildos, documentos privados y conversaciones con miembros de la población local.

Este texto fue inicialmente publicado por entregas en el periódico *El Neogranadino*, siendo el primer artículo publicado el 21 Marzo de 1850 y el último el 21 de Diciembre de 1851 (del Castillo). *La Peregrinación de Alpha* fue tan influyente que los lectores siguieron de cerca sus publicaciones seriadas, y en muchos casos suscitaron reacciones fuertes dentro de sus lectores, quienes escribieron cartas estableciendo que no estaban de acuerdo con las descripciones de Ancízar (Sánchez, 1999). La influencia del texto también se puede ver en la publicación en 1853 de 2000 ejemplares, lo cual era una cifra elevadísima para la época a raíz del analfabetismo. Esto se debe a que realmente el

texto produjo una fascinación sin precedentes en sus lectores dado que por primera vez pudieron “conocer” su propio país (Restrepo 1999)⁶.

Este texto, que es ante todo el relato de un viaje estatal, debía estar a tono con los objetivos generales de la Comisión, que como se mencionó eran a grandes rasgos el consolidar una imagen de unidad, incentivar mejoras materiales y dar a conocer el país en el exterior. En este sentido, el material narrativo es manipulado para inventar un país que concordara con los ideales políticos. Por eso, en este texto se puede ver un gesto interesante: el viajero local se apropia de la mirada europea y es desde allí que hace un diagnóstico de la realidad del país. Este es entonces un caso de colonialismo interno, ya que se percibe claramente el intento de dominación de la elite con respecto al resto del país al considerarla racialmente inferior. Acá se ve también lo que Walter Mignolo ha denominado la “doble conciencia criolla” ya que Manuel Ancizar, como portador de la civilización y como constructor de esta nación, desea ser simultáneamente europeo y americano. Lo interesante en este caso es que Bogotá se constituye para Ancizar como el receptor perfecto de la civilización europea, y por lo tanto, es el parámetro mediante el cual se analizan las regiones, es decir, estas regiones son construidas en contraposición a Bogotá.

Era la mañana, y los primeros rayos del sol derramaban copiosa luz sobre Bogotá y la extensa planicie que demora al frente de la ciudad andina. Leves vapores se alzaban desde el pie de la cordillera inmediata, escalando lentamente las majestuosas cimas de Monserrate y Guadalupe, cuya sombra se proyectaba bien adelante de sus bases contrastando la suave oscuridad de éstas con la brillante iluminación de las crestas y picachos salientes de la parte superior. El ambiente puro y perfumado con los innumerables olores de los arbustos de la ladera y de los rosales y campánulas que crecen silvestres a orillas de los vallados y

⁶ Es importante anotar que con anterioridad a la Comisión sí existieron otros viajeros locales, pero sus textos no fueron tan difundidos y en muchos casos fueron publicados en Europa con cierta posterioridad.

alamedas, producía en todo mi ser una impresión indefinible de bienestar, sintiéndome vivir desde el fácil movimiento del pulmón, vigorizado al aspirar aquel aire diáfano y fresco, hasta la palpitación de las más pequeñas arterias de mi cuerpo. Una brisa tenue mecía los flexibles sauces de la "Alameda vieja", por entre los cuales se veía a intervalos la vecina pradera, verde esmeralda, matizada de innumerables flores de achicoria, y poblada de reses que pastaban la menuda yerba cubierta de luciente rocío de la noche. Todos los sonidos misteriosos de la naturaleza, al despertar, el balido de las ovejas, el mugir del ganado vacuno, la voz de los campesinos y el sordo murmullo de la ciudad, llegaban a mí claros y distintos con la vibración peculiar que adquieren en medio de la atmósfera enrarecida de las altas regiones de los Andes. La magnificencia de una mañana como esta, llenaba mi alma de recogimiento, y un género de tristeza agradable sellaba mis labios. Detrás de mí dejaba a Bogotá y todo lo que forma la vida del corazón y de la inteligencia: delante de mí se extendían las no medidas comarcas que debía visitar en mi larga peregrinación. Mi ausencia de la ciudad nativa era voluntaria; y, sin embargo, a cada vuelta del camino mis ojos buscaban la distante mole de edificios más y más oscurecida, hasta que se me ocultó del todo, y en un suspiro impremeditado exhalé mi adiós al hogar querido. (Ancízar, 4, subrayado mío)

Como se puede ver, desde este, que es el primer párrafo de la *Peregrinación de Alpha*, se plantea que Bogotá es el centro de la civilización y de la "inteligencia", y se percibe igualmente la perspectiva citadina. Para los que no hayan estado en Bogotá, o no hayan leído los clásicos textos de los viajeros extranjeros acerca de Colombia, vale la pena aclarar que Bogotá queda a 2,600 metros sobre el nivel de mar, y por lo tanto la valoración positiva del altiplano, como fuente de bienestar donde se puede sentir el "fácil movimiento del pulmón" era algo perfectamente impensable para los viajeros extranjeros o de provincia, quienes sin falta encontraban esta zona difícil de soportar a la raíz de la falta de oxígeno y anhelaban el regreso a la costa. En Bogotá también radica un ideal religioso, ya que el texto de Ancízar, cuyas connotaciones religiosas se evidencian desde el título, es en palabras de Lina María del Castillo una "topografía moral" pues es un "llamado a que todas las provincias fueran más como Bogotá" (34), sin embargo, esto no

implica que no se plantee en el texto una crítica religiosa, sobre todo en cuanto a que la presencia del Estado en las comarcas en muchos casos sólo se daba a través de un cura.

Ya lo he dicho y no me cansaré de repetirlo: si nuestro clero no comprende la crítica situación actual de las cosas y de los hombres e insiste en quedarse detrás del movimiento social en vez de encabezarlo, provoca una tormenta desastrosa en que por lo pronto sucumbirá el sentimiento religioso del pueblo. Renacerá, sin duda, porque la religión es un elemento de vida indispensable para las naciones; pero renacerá después de mil catástrofes y extravíos bárbaros, los cuales pueden evitarse y sería un crimen no prevenirlos. Veo caminar mi patria a esta crisis suprema, resultado del tránsito del orden social antiguo al nuevo: ¡ el clero tiene en sus manos la salud pública, y el clero permanece inerte y dormido! (Ancízar, 37)

Ahora bien, esta es ante todo una narrativa de diferenciación, sin embargo es importante resaltar que es una narrativa que reconoce la diversidad, reconoce la diferencia. En otras palabras, es un texto que encaja dentro el proyecto de nación mestiza, pues no todas las razas entran dentro del pacto nacional, pero dado que su condición de posibilidad es un régimen liberal y descentralizado, es un texto que busca dar a conocer los diferentes “tipos sociales”. De esta manera crea un imaginario de nación mediante la clasificación de la población centrada en tipos sociales organizados jerárquicamente, y plantea que el futuro acceso de estas poblaciones al pacto nacional dependía primero de la educación y segundo de un proceso de mestizaje. Esto concuerda con el principal ideal que se tenía para la construcción del estado-nación: el mestizaje como medio para crear una raza homogénea (Restrepo 1999).

Este ideal se diferencia un poco del ideal de blanqueamiento que se dio en el Cono Sur. Por esta razón, como se mencionó anteriormente, el “discurso topográfico” caracterizado por la invención del espacio como territorio desértico para poder justificar

la eliminación de las minorías y la nacionalización de sus terrenos (Anderman), se utilizó menos. Diana Rosas, que es quien mejor ha trabajado el tema de las minorías en la Comisión Corográfica, establece que sí se dio lo que ella llama la “invisibilización de las poblaciones indígenas”, es decir que algunas tierras pobladas fueron construidas como tierras vacías. Sin embargo, lo más común fue la manipulación de los datos poblacionales.

Esta discrepancia concuerda con el tipo de mapas que se crearon. En el Cono Sur los mapas fueron muy útiles dado que estos en esencia tienden a transmitir la idea de un espacio despoblado (Harley). En este caso concreto, a diferencia de los mapas convencionales, Codazzi creó las Cartas Provinciales, que se caracterizan por ser una condensación cartográfica de las comarcas en su totalidad. Son únicos dado que cumplen con el objetivo de transmitir una imagen completa de cada provincia y por lo tanto además de la parte cartográfica, incluye tablas con datos poblacionales, una breve descripción del territorio, dibujos con las principales montañas y cerros de cada comarca, y gráficas con información acerca de la fauna, la flora, y las distancias entre las poblaciones. Además, se caracterizan por ser tremendamente llamativos a raíz de su colorido⁷.

⁷ El tema de los mapas lo analizaré a fondo a lo largo del proyecto dado que es absolutamente fascinante. Por el momento basta resaltar los mapas fueron un aporte central de la Comisión dado que antes de estos la carencia de mapas ocasionó consecuencias negativas en el aspecto fiscal del estado, dado que dificultaba la tributación catastral. Además dificultó la repartición de baldíos y tuvo un claro efecto en la inestabilidad geopolítica del país, dado que las divisiones territoriales se modificaron trece veces entre 1819 y 1850 (Sánchez 1999).

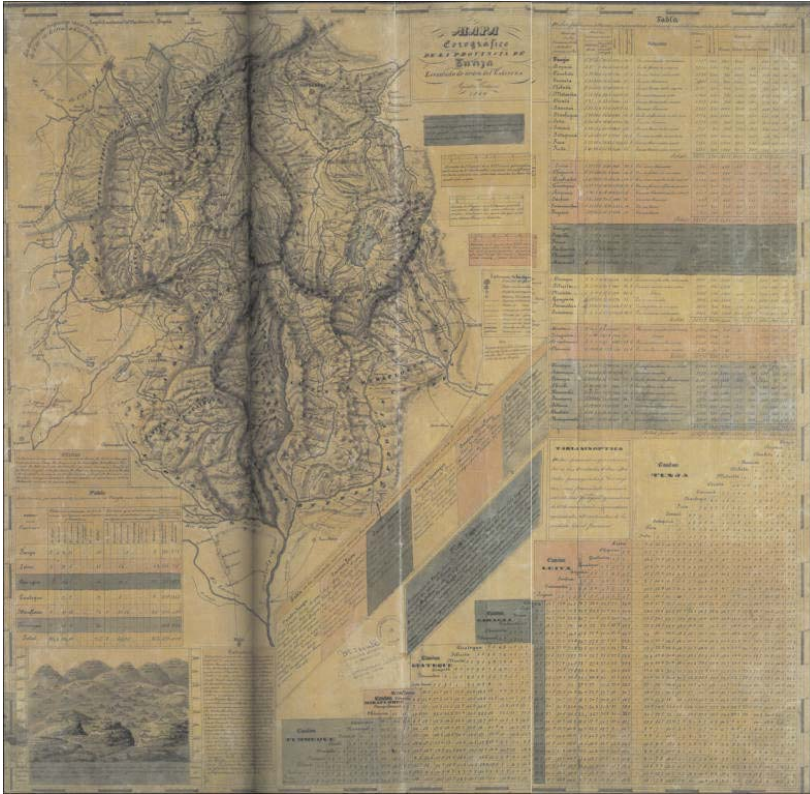


Ilustración 1.3
Agustín Codazzi, Carta Corográfica de Tunja (1851)

La Peregrinación de Alpha, además de ser una narrativa de diferenciación, es una narrativa de contraste, es decir la nación se construye por contraste. La muestra de esto es que Ancízar no sólo construye en su texto las regiones existentes en el momento de la exploración, sino que construye tanto su pasado como su futuro, y los tres planos se contrastan. La construcción del pasado común es fundamental para construir una imagen de unidad y un sentido de pertenencia, pero por encima de todo es fundamental para justificar el ideal de nación mestiza. Este pasado por un lado critica el régimen colonial, pero por el otro reinventa el pasado indígena. Los negros y los indígenas son inventados como un pueblo sin memoria, y su pasado es inexistente. Con este gesto se asegura la dominación racial, dado que ni los negros ni los indígenas tiene derecho a un pasado.

Esto es un claro ejemplo de la mencionada “violencia de la representación” de Cristina Rojas, ya que se construyen las minorías como seres de poca inteligencia, y así no sólo se borra su pasado sino su cultura⁸.

En cuanto a la construcción de las regiones en el momento presente de la exploración, lo central como se mencionó, es que éstas son inventadas mediante una perspectiva citadina y europea. Así, entre más parecida la comarca a Bogotá (depositaria por excelencia del pensamiento europeo), en sus prácticas políticas, sociales, religiosas y culturales, más civilizadas, y por consiguiente, entre más diversas, más bárbaras. Así, se construyen, en términos de David Harvey, “espacios de poder” y “espacios de la diferencia”. Lo interesante en este gesto es que los viajeros no estudian la capital, sin embargo por contraste, Bogotá se construye como el “espacio de poder” por excelencia. Algo llamativo es que Ancízar, a pesar de promover una integración “selectiva” de las regiones, previó en términos generales los peligros de la ausencia de Estado en el territorio nacional. Con respecto al Totumal, vecindario de Aguachica, planteó lo siguiente:

Las instituciones políticas, las leyes, llegan allá como un ruido de palabras; el alcalde manda según su voluntad, cuando encuentra quién le obedezca; el cura, semejante a las palmas ahogadas por el matapalo, cede a lo que le rodea, se barbariza, se hace comerciante o logrero, y acaba por olvidar sus votos y gazmoña educación de seminario; como cierto párroco de Casanare, que en 1847 salió a catequizar los indios guahivos y ellos lo catequizaron haciéndole abandonar el vestido, tatuarse el cuerpo y proclamarse cordialmente salvaje. Lo fuerte absorbe sin remedio a lo débil. (Ancízar, 253)

⁸ Para un análisis de la forma en que se construye el pasado en la Peregrinación de Alpha ver: Rojas, Cristina. *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá : Editorial Norma.

Ancízar, como se mencionó, no sólo describe las regiones objetivamente, sino que las crea o las produce. Cada comarca fue imaginada con características muy específicas que en muchos casos se alejaban de la realidad. Por ejemplo, Antioquia fue imaginada como una región de judíos y de raza blanca, y la comarca de Santander, fue inventada como una región blanca y de inmigrantes (Rojas). Sin embargo, lo que vale la pena resaltar es que las regiones son inventadas con unas características dadas, no sólo para que encajaran dentro del proyecto de nación planteado, sino para insertarlas dentro del mercado mundial. Entonces, mientras unas regiones son creadas como regiones de inmensa riqueza mal explotada, otras son creadas como regiones bárbaras que tienen poco que ofrecer. Así, se refuerza la creación de “espacios alternativos” (Lefebvre), con el tiempo se han convertido en escenarios de violencia, marcados por el desplazamiento forzoso.

Esta creación de regiones “potencialmente” continuas o integradas, y regiones discontinuas o de la “diferencia”, se refuerza en el texto mediante el contraste entre presente y futuro. Este es en esencia un texto modernizador, centrado en la búsqueda del progreso material. Por lo tanto es un texto que busca insertar las regiones “explotables” dentro de la lógica del capitalismo, y la estrategia para lograrlo es la retórica de contraste. Así, Ancízar constantemente compara el espacio existente o mejor aún la construcción del espacio existente con lo que podría ser en un futuro, lo cual conlleva a reiteradas comparaciones entre la soledad y el progreso, la falta de productividad y la prosperidad, entre otras, haciendo así un llamado para que el Estado termine de nacionalizar estas regiones y para que éstas sean bien explotadas. De manera simultánea, las regiones

discontinuas se nos presentan como regiones bárbaras y de menor atractivo hacia el futuro. Esta es una muestra clara del “futurismo” de Ancízar:

Dos siglos más, y la realidad de los hechos sobrepujará a cuanto la imaginación en sus fecundas combinaciones invente acerca de la opulencia que Dios tiene reservada a estas comarcas singulares, vasto recipiente de riquezas infinitas que se acumulan en silencio esperando a sus futuros señores. Tierra como esta no ha sido creada sin grandes designios; y los designios de la Providencia no son inestables como los proyectos, ni efímeros como las generaciones del hombre. (Ancízar, 124)

Vemos así, que en el texto de Ancízar, mediante el contraste entre pasado, presente y futuro, se intenta unificar y modernizar la nación. Con esto, se evidencia que en Colombia, a diferencia sucedido en el Cono Sur, no se dio una separación de los viajes locales en dos fases: una caracterizada por la necesidad de unificar al país y otra caracterizada por la demanda del progreso (que surge desde finales del siglo XIX a raíz de la constitución de los estados-nación) (Montaldo). En Colombia, a raíz de la dudosa integración territorial y de la ausente consolidación del estado-nación, se dio una confluencia de los dos tipos de viajes.

La Comisión Corográfica y la construcción visual de la nación

No cabe duda que el relato de viajes de Ancízar cumplió una función importante en el proceso producción del espacio. Lo mismo sucede con las imágenes de viaje, y por eso es necesario otorgarles una función fuerte ya que estas también tenían como objetivo dar a conocer el país en el exterior para promover la inmigración. Estas, siendo el fruto de un trabajo científico, tenían que dar una visión completa y multidisciplinaria del aspecto físico y social de las provincias, por lo tanto, desde un principio se planteó que debían ser una producción colectiva o por decirlo de otra manera debían ser el fruto de un trabajo

conjunto (Safford, 1991). Los artistas fueron contratados para dibujar: “los tipos característicos de la población de cada provincia [...] y los monumentos que se encuentren y se determinen, los paisajes notables, curiosidades naturales y vistas y cortes geológicos que pidan los comisionados” (Contrato firmado por Carmelo Fernández, en: Restrepo Forero, 1983: 300-303). En la actualidad se tienen más o menos unas ciento cincuenta láminas pertenecientes de la Comisión Corográfica, pintadas por diferentes artistas entre ellos el venezolano Carmelo Fernández, el inglés Enrique Price y el colombiano Manuel María Paz. Estas láminas fueron realizadas con el fin de ilustrar los relatos de viajes escritos por los secretarios (Manuel Ancízar y su reemplazo Santiago Pérez, futuro presidente de Colombia).

Estas láminas, como se mencionó, no son simples ilustraciones del contenido de los textos ya que hacen parte del tipo de imágenes que no sólo representan realidades sino que las producen (Poole). Por esta razón son tan importantes en la construcción territorial como la parte verbal, y eso en sí justifica su estudio. Sin embargo, la creación de los textos y de las imágenes fue una labor conjunta en la que todos participaban, por lo tanto además de abordarlas por sí solas, es necesario abordarlas en conjunto y estudiar su relación texto-imagen, no sólo porque hay una correspondencia muy cercana entre los dos, sino porque este fue un proyecto orgánico y por lo tanto cada uno de sus componentes se entiende mejor al abordarlo como parte de una totalidad.

Antes de entrar a analizar estas láminas, es necesario partir de la siguiente pregunta: ¿Qué factores impulsaron, en términos generales, la ilustración de los libros de viajes? Indudablemente, la aparición del viajero científico, junto con su búsqueda de información exacta acerca del mundo fue lo que conllevó a que se despertara una

conciencia visual (Stafford, 1991). La influencia de Humboldt fue especialmente importante para impulsar la pintura viajera, ya que le otorgó un valor que antes no tenía. Fue en parte gracias a sus aportes que las láminas dejaron de ser “decoraciones”, y pasaron a ser herramientas útiles para conocer y dar a conocer la naturaleza. La estética promovida por Humboldt se caracterizó en primera instancia, por una mirada fisionómica que excluía al sujeto humano y en segunda instancia, por la predilección por las vistas panorámicas que transmitieran un efecto visual total de la vegetación (Poole).

Otro aspecto que evidentemente impulsó la ilustración de los libros de viajes, fue el gran avance que se empezó a dar en la industria editorial desde el siglo XVIII, y en especial la invención de la xilografía de pie (González 2000).

El arte y la ciencia se hermanaban en las publicaciones. El periodismo descubrió el valor comercial de las memorias de los viajeros. Las crónicas de viajes debían ir ilustradas. Algunas veces los viajeros tomaban apuntes, otras contrataban un pintor local o compraban los dibujos de otros viajeros. (González 2000)

Este aspecto comercial tuvo efectos importantes en el campo artístico colombiano, ya que conllevó a que muchos artistas trabajaran por encargo. José Manuel Groot fue de los más importantes en este grupo, y por esto no es casual que sus láminas ilustren muchos libros de viajeros extranjeros. Sin embargo, el procedimiento que se seguía no es claro. Beatriz González especula que Groot tenía un álbum de muestras y con base en este se hacían los encargos (González 2003). Lógicamente, la importancia de este aspecto comercial conlleva a que sea necesario proceder con mucha cautela a la hora de analizar las ilustraciones de los textos de viajes, dado que por un lado en muchos casos estas ilustraciones no concuerdan con los espacios transitados y descritos por los viajeros,

y por el otro, la función de las ilustraciones varía muchísimo dependiendo del caso pudiendo ser desde muy fuerte hasta muy pasiva.

Sin embargo, el aspecto comercial no le quita importancia al efecto que tuvieron los viajeros-pintores extranjeros en el campo artístico latinoamericano. En el caso colombiano esta influencia fue aún más fuerte, dado que a raíz del aislamiento en el que se encontraba el país, los viajeros tuvieron un papel mucho más destacado (González 1986)⁹. González establece muy agudamente que los viajeros extranjeros le enseñaron a los artistas colombianos a ver el país, dado que: “el ojo del viajero entrenó al dibujante” (González 1986, 2). Lo interesante es que a su vez, los artistas colombianos pintaron láminas del país que se difundieron por el resto del mundo. Por esto González denomina este proceso como una “visión de América revertida”.

Habiendo resaltado la importancia de la ilustración de los relatos de viajes podemos pasar a analizar el producto visual de la Comisión. En términos generales, las imágenes tuvieron un gran efecto en la población y fueron una fuente de inspiración para los artistas colombianos.

El Álbum de la Comisión Corográfica es un testimonio visual sin precedentes y sin paralelo en América Latina dentro del género de la ilustración científica. Se caracteriza por una visión intrincada del hombre con la naturaleza, la síntesis de la búsqueda de la identidad nacional. Son un testimonio comunitario de las formas de percepción y los valores visuales de una sociedad en una época específica. (Sánchez 1999)

⁹ Algunos críticos de arte han notado que en Colombia se ha dado cierto retraso con respecto a las tendencias extranjeras, y por eso en muchas épocas se ha dado una producción artística altamente anacrónica. Además, muchos artistas han sido conscientes de su aislamiento y del atraso del arte colombiano. Por poner un ejemplo: en Colombia la primera academia de bellas artes se fundó en 1886, más de un siglo más tarde que la Real Academia de San Carlos fundada en México en 1785 (Sánchez 1991). En el campo literario también se ha señalado este retraso con mucha insistencia (Williams).

Las láminas de la Comisión se alejan de la estética de Humboldt y se caracterizan por una estética costumbrista centrada en la descripción de tipos y costumbres¹⁰. Esta estética era más productiva para la “empresa corográfica” dado que permitía crear y dar cuenta de las diferencias regionales. Las láminas de Carmelo Fernández, que estaban destinadas a ilustrar el texto de Ancízar, están especialmente caracterizadas por la clasificación de la población en tipos sociales. Otros de los temas importantes de sus láminas fueron las vías de comunicación, las características geográficas de las regiones, los lugares de importancia histórica y las costumbres. En la obra de los otros artistas (Price y Paz) predominan menos los tipos sociales y se destacan un poco más los paisajes.

La sección de artistas, a pesar de su alta rotación, siempre fue la que más problemas le ocasionó a Codazzi, porque él consideró que las imágenes no estaban a la altura del proyecto¹¹. El escepticismo de Codazzi con respecto a la calidad de las imágenes es una de las causas por las cuales las imágenes no tuvieron la misma difusión que los otros textos. De hecho Codazzi se rehusó a publicarlas oficialmente dado que consideró que no eran suficientemente realistas, y por eso las quería mandar corregir personalmente antes de hacerlas grabar en París y de entregarlas al gobierno colombiano. Otra causa de la limitada difusión de las láminas fueron las dificultades técnicas y el alto costo de reproducirlas en los periódicos. Por estas razones, las láminas no se publicaron

¹⁰ Poole hace un análisis interesante de la influencia de los “tipos” en la consolidación de las divisiones raciales, que es útil para este caso.

¹¹ Otra razón por la cual esta fue un área especialmente problemática es que Codazzi contrataba y costeara directamente a los artistas, lo cual generó mucha fricción entre ellos (Sánchez 1999).

con los relatos de viajes en su momento, y no se han publicado en conjunto hasta el día de hoy.

¿En qué se diferencia entonces el tipo de espacialidad generada por las imágenes de la generada por los textos? ¿Construyen el país de una manera distinta? ¿Modifican las imágenes el tratamiento del espacio? Estas son algunas de las preguntas que quiero abordar, para poder contribuir a aclarar las razones por las cuales Codazzi se rehusó a publicarlas. Hasta el momento sólo se ha dicho que, según él, no eran suficientemente realistas y en palabras de Codazzi: “no le hacían honor a la patria”. ¿Por qué? ¿En qué se diferencian de los textos?

Para contestar a estas preguntas hay que partir de la base de que el objetivo de Codazzi con las láminas era, como se mencionó anteriormente, no sólo ilustrar los relatos de viaje, sino también crear un álbum al que él denominó “Museo pintoresco e instructivo de la Nueva Granada”. Estas son sus palabras al respecto:

El Museo pintoresco e instructivo no puede hacerse sino con la presencia de cada lámina y también con el auxilio de mis descripciones geográficas relativas a las bellezas naturales del país, sus recursos, sus minerales, sus ventajas actuales y venideras, sus necesidades mas urgentes i el porvenir que les espera; cosas que no son imaginarias i que léjos de esto se hallan en el orden de los progresos de todas las naciones cuando se encuentran en circunstancias iguales. (Informe de Codazzi, el subrayado es mío)

Curiosamente hubo una reticencia por parte de Codazzi a publicar las láminas por sí solas, ya que en su mente, estas siempre debían ir acompañadas por un componente verbal. Una hipótesis que podría justificar esto es que él siempre consideró que el producto de la Comisión debía estar integrado y debía ser considerado como un todo. Sin embargo esta teoría no es del todo convincente en la medida en que Codazzi nunca se opuso a que se publicaran por entregas tanto el texto de la *Peregrinación de Alpha* como

sus propias descripciones geográficas. La hipótesis que quiero plantear a continuación es la siguiente: la Comisión Corográfica, como proyecto modernizador y civilizador, no se podía limitar a construir la nación existente, sino que esta debía ir acompañada de una visión futurista de la nación, es decir, la construcción de la nación debía ir acompañada de la construcción de la nación en el futuro. Esta retórica futurista es evidente en los relatos de viaje (*Peregrinación de Alpha* y *Apuntes de Viaje*), como también lo es en las descripciones geográficas de Codazzi. Era tal la importancia que Codazzi le adjudicó a la creación de la nación en el futuro, que en las palabras anteriormente citadas acerca del Museo pintoresco e instructivo, Codazzi establece que un componente central del mismo es (acerca de las comarcas): “el porvenir que les espera; cosas que no son imaginarias i que léjos de esto se hallan en el orden de los progresos de todas las naciones cuando se encuentran en circunstancias iguales”. Las palabras de Codazzi hablan por sí solas. Sin embargo: ¿Cómo podían las imágenes dar a conocer el país del “porvenir”? Imposible. Esencialmente, la gran diferencia que quiero dejar planteada es que lo visual por su misma esencia no podía abordar este “futurismo”, y por eso, creo yo, Codazzi consideró que éstas no le hacían honor a la nación. A continuación voy a justificar esto mediante el estudio de una serie de ejemplos ilustrativos.

Hay que partir de la base de que tanto los textos como las imágenes están dirigidos simultáneamente a un público nacional e internacional, pues debían por un lado generar un sentido de pertenencia territorial y de unidad dentro de los colombianos (coherente con el proyecto nacional) y por el otro debían transmitir una imagen atractiva del país para promover la inmigración.

El venezolano Carmelo Fernández fue el primer artista contratado y trabajó para la Comisión sólo hasta 1852, momento en el cual fue reemplazado por Henry Price. Dado que en su obra predominan las láminas de tipos sociales, empezaré el análisis por este lado, seguido las láminas referentes a los medios de comunicación.

La mayoría de las láminas de tipos sociales requieren de un análisis texto-imagen en sí mismas, antes de relacionarlas con el material escrito, dado que la riqueza de las imágenes está en muchos casos condicionada por el título de las mismas. Las dos imágenes presentadas a continuación son claros ejemplos de esto:



Ilustración 1.4
Tejedora y mercaderas de sombreros en Bucaramanga
Tipos blanco, mestizo y zambo

Claramente el título de la lámina altera dramáticamente el contenido de la misma, pues si la imagen transmite una escena de costumbres alegre, centrada en las diferencias en el vestuario de una población diversa racialmente pero unida socialmente, el título lo que hace es crear una tipología que de cierta manera constituye una división tajante entre razas y establece una jerarquía dentro de las mismas (Restrepo, Olga 1988). Lo mismo aplica para la siguiente lámina:



Ilustración 1.5
Tipo blanco e indio mestizo. Tundama

En esta imagen se nos muestra una escena cotidiana del campo, en la que están reunidas tres personas una de las cuales está tocando el tiple, que es un instrumento muy popular en el campo, sin embargo el título transforma este cuadro de costumbres en una tipología racial. (Restrepo, Olga 1988). Ninguna de las dos imágenes anteriormente analizadas, nos dice algo acerca del proyecto que se tiene hacia el futuro con respecto al tema racial, lo cual es aplicable a todas las láminas de tipos sociales. En cambio, a lo largo del texto de Ancizar insiste en el mestizaje como estrategia y requisito para la ciudadanía. Aclaro esto, dado que las imágenes de tipos sociales, como las anteriores, pueden llegar a transmitir erróneamente la idea de que todos tipos sociales son parte del pacto nacional, y eso no es correcto. Realmente es a través de la conjunción entre texto e imagen que se crea la jerarquía de razas y la producción de la diferencia.

Ancizar a lo largo del texto no sólo diferencia los tipos raciales, con comentarios como el este: “mas hoy que a la raza indígena se sustituye la granadina, diversa de la

primera en índole, en inteligencia y necesidades morales” (54), sino que reiteradamente justifica el mestizaje, y visualiza la nación cuando ya se haya llevado a cabo este mezcla de razas. Esta es una muestra del futurismo de Ancízar con respecto al tema racial:

Los moradores de la provincia son todos blancos, de raza española pura, cruzada con la indígena, e indígena pura: la primera y la última forman el menor numero, y cuando la absorción de la raza indígena por la europea se haya completado, lo que no dilatará mucho, quedará una población homogénea, vigorosa y bien conformada, cuyo carácter será medianero entre lo impetuoso del español y lo calmudo y paciente del indio chibcha, población felizmente adaptable a las tareas de la agricultura y minería, [...] , y a la fabricación de tejidos y sombreros para el consumo propio, en la cual se emplean hoy mismo con gusto, aunque sin gran provecho, las mujeres (Ancízar, 64).

Esta construcción del país en el futuro aplica también para el aspecto espacial. La diferencia entre el texto y la imagen se puede analizar a través de las láminas que se centran en los medios de comunicación. A pesar de que en la obra de Carmelo Fernández predominan los tipos sociales, es posible encontrar una fracción significativa de imágenes centradas en las vías de comunicación como son los caminos, los puentes, y demás. Al analizar éstas en conjunción con el texto de Ancízar, es posible ver que la relación entre el texto y la imagen es variada pues en algunos casos se complementan dado que la información que provee el texto es muy diferente a la información que se puede extraer de la imagen, en algunos es más productivo el texto mientras que en otros lo es la imagen. A continuación planteo tres ejemplos ilustrativos.

En el caso de los “Callejones de Ocaña”, la imagen es más productiva para transmitir una escena en su conjunto, mientras que el texto es más productivo para proveer detalles. Por esa razón el campo visual y el campo verbal se refuerzan, siendo los

dos igualmente sugerentes para construir un territorio caracterizado por estar quebrado y por dificultar el desplazamiento.

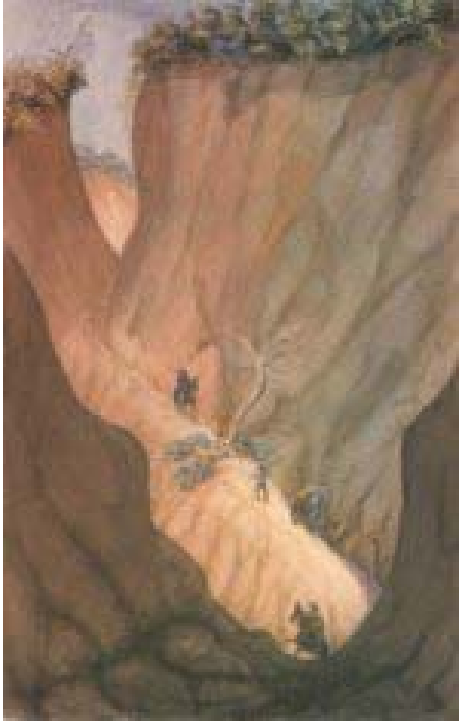


Ilustración 1.6
Callejones de Ocaña

Recorrida la provincia de Ocaña debíamos trasladarnos a la de Santander por el afamado camino de "Los Callejones", que mide 22 leguas desde aquella ciudad a Salazar, cabecera del cantón de su nombre en la segunda de las mencionadas provincias, y lleva la dirección general del N.-O. al S.-E. Hasta llegar a Las Cruces nada embaraza la marcha; de aquella parroquia en adelante comienzan las dificultades cada vez mayores, conforme se atraviesan cuatro ramales de la cordillera, cuyos relieves determinan subidas y bajadas inmediatas, que en algunas partes llegan a tener 1.600 metros de diferencia de nivel, formando cuestas bien rápidas por las cuales pasan en línea recta los angustiosos callejones. De Las Cruces a Tarra, casita situada en la ribera izquierda del río así llamado, el camino pierde su anchura y se reduce a las proporciones de senda, que ora faldea cerros escarpados, ora trepa sus cumbres por lo más agrio de ellas, según el uso heredado de los indios. En Tarra vive la excelente y hospitalaria familia del señor Nieves Alcina, de quien recibe el viajero consejos oportunos respecto de las jornadas siguientes, y auxilio de peones barrettoneros para facilitar el paso de los callejones, frecuentemente cerrados por derrumbes. Muy de mañana comenzamos

la subida del Alto de San Francisco, desfilando uno tras otro por la pendiente vereda, y a poco andar entramos en los primeros callejones, que son verdaderas grietas abiertas en el recuesto, con seis u ocho varas de profundidad y dos o tres de ancho, donde apenas cabe el jinete y la mula no encuentra espacio para las patas, desesperándose por salir de aquellos fosos, llenos de escalones y ángulos salientes para completar lo fatigador del tránsito. [...] Por de contado que no había camino: las mulas se encargaban de hacernos bajar en un solo resbalón a las cañadas y subirnos luego a las cumbres por entre la ramazón de los árboles que ellas menospreciaban, pero que ponían en peligro nuestros ojos y pescuezos y nos obligaban a maniobrar como telégrafos para separarlos, pues detener las cabalgaduras en los atascaderos y las ramblas gredosas no era prudente ni posible. Al cabo salimos a la explanada superior. [...] La marcha es muy lenta cuando se llevan cargas, pues frecuentemente se atora la mula contra las paredes [...] baste saber que en pasar un callejón de media legua de largo, entre Laurel y Sepulturas, gastamos dos horas, embutida en aquella manga la prolongada fila de jinetes y cargas. De cuando en cuando se atravesaban troncos a la altura de los hombros, ramas espinosas y bejucos traidores; los escalones alternaban con los rodaderos, y los rapones en las piernas con los golpes en la planta de los pies al saltar las bestias. Podrá ser que los nativos sufran menos en el paso de estos fosos, pero ello significaría que allí, como en los atolladeros del Carare, es preciso ser baquiano para no matarse, lo cual no es un elogio respecto del camino. (Ancízar, 111, el subrayado es mío)

En este caso se puede ver que la construcción verbal de este espacio provee mucho más detalle, y contribuye a transmitir la complejidad del desplazamiento a raíz de la falta de vías de comunicación y a raíz de la topografía. La construcción de este espacio resalta la ineficiencia que éste produce, en la medida en que se enfatiza que el desplazamiento no sólo se caracteriza por ser excesivamente lento y peligroso, sino que se plantea que a veces el desplazamiento queda imposibilitado por derrumbes. En el texto se combina información de tipo científico con información vivencial, siendo ésta una combinación que refuerza la necesidad de construir caminos que integren la nación, complementando así los textos de Codazzi, el “ingeniero de caminos”.

En el caso del “Puente colgante colgante de bejucos sobre el Zulia”, se presenta un tipo de relación texto-imagen similar, en la medida en la imagen es muy productiva

para transmitir la escena en su conjunto mientras que el texto provee detalles que la imagen por su misma esencia no puede transmitir.



Ilustración 1.7

Puente colgante de bejucos sobre el Zulia. Provincia de Santander

Mide el río Cantino, en el lugar por donde se pasa, 40 varas granadinas de latitud, y sus aguas ennegrecidas por la pizarra que traen en disolución, pasan rápidas y bastante profundas por un lecho sembrado de piedras rodadas que hacen su curso tumultuoso e invadeable. El ingenio de los indígenas halló el medio de pasarlo valiéndose de un arte que luego imitó la sabia Europa llevándolo a la perfección: los puentes colgantes. A flor de agua y uno en frente de otro arrancan, en el paso de que trato, dos corpulentos árboles naturalmente inclinados hacia la mitad del río, despidiendo numerosas ramas robustas en todas direcciones: de estos árboles se valió el artífice del puente como de estribos capaces de resistir el ímpetu de las corrientes y puntos de apoyo de la fábrica. Una fuerte barbacoa de maderos lleva desde lo alto del barranco hasta encontrar el tronco del árbol; desde aquí parten cuatro gruesas guaduas trabadas a distancia de un palmo por travesaños firmemente atados debajo, formando un piso sustentado en el aire por un espeso tejido de bejucos que bajan de las ramas del árbol y enlazan las guaduas, que añadidas unas a otras se prolongan de ribera a ribera [...] Sobre las guaduas, y de media en media vara, hay planchas sacadas de la misma planta y afirmadas al piso con bejucos delgados; finalmente, encima de estos travesaños y en el sentido de la longitud del puente, hay un listón central de una tercia de ancho, formado de cintas angostas de guaduas y destinado a ser el piso transitable del puente. Lo angosto de éste y la oscilación que le comunica el transeúnte, no permiten pasarlo a caballo ni con bestia cargada; las cargas pasan poco a poco a espaldas de los

peones, y el viajero toma su mula de diestro y empieza a hacer equilibrios sobre aquella maroma, viendo por entre las aberturas del piso las tenebrosas aguas del río, que ruedan veloces intimando sentencia de muerte al que caiga del movable puente, por cuanto la ruana, los zamarros y las estupendas espuelas orejonas, no fueron inventadas para nadar. Pasamos, y sea dicho en acatamiento a la justicia, mi mula lo hizo con más talento, serenidad y aplomo que su dueño (Ancízar, 198)

Nuevamente, el texto en sí mismo es mucho más útil para resaltar la importancia de mejorar las vías de comunicación, ya que si bien la imagen da una idea general acerca de la complejidad de este “paso”, la narración realmente provee los detalles que no sólo resaltan el grado de dificultad del desplazamiento debido a la fragmentación del terreno, sino que construyen un espacio quebrado a raíz de la falta de conocimiento y de inversión en vías de comunicación. Así, se produce un espacio periférico que necesita ser “explotado” por el centro.

En el caso de “Cabuya de Simacota sobre el Sarabita”, el objeto de representación es tan complejo o tan inusual que lo textual es insuficiente para poder dar cuenta de este. En este caso, la explicación verbal es sumamente complicada y por lo tanto necesita de la imagen para poder transmitir la idea, por lo tanto se da una relación de necesidad entre lo textual y lo verbal, ya que lo visual ayuda a entender este tipo de “puente”, mientras que el texto da una serie de detalles mediante los cuales el funcionamiento del mismo queda aclarado.



Ilustración 1.8
Cabuya de Simacota sobre el Sarabita, Socorro

Mide el río Suárez en el paso para Simacota más de 100 varas de ancho, corriendo impetuoso y bramador por encima de los peñascos sembrados en su lecho. No hay puente; pero la industria nativa venció la dificultad, estableciendo como en otros pasos análogos, cierta maroma que llaman cabuya. Elígese en la margen un árbol robusto que al opuesto lado tenga otro que le corresponda, o en su defecto plantan gruesos horcones en la barranca, a 20 o más varas de altura sobre las aguas del río, rodeándolos de una plataforma cubierta por un ligero techo de paja; estos árboles o vigas derechas llevan el nombre de morones. De morón a morón, atravesando el río, tienden un grueso cable compuesto de 24 rejos o cuerdas de cuero retorcido, el cual, naturalmente, forma una curva, cuyo seno queda distante de la corriente ocho o diez varas, y constituye la línea de trayecto. Por encima del cable se ponen dos abrazaderas de madera recia, o garruchas cabalgando apoyadas en la rodaja. Del apéndice inferior de cada abrazadera bajan dos cuerdas que terminan sujetando con fuertes nudos ambas testeras, de una especie de camina compuesta de marco de palos fibrosos, a los cuales va cosido el cuadrado asiento de cuero; y a este aparato, que hace la figura de un canasto chato colgando, le llaman puerta. Amarran a las testeras de la puerta dos largas cabuyas o prolongaciones destinadas a tirar de la máquina para hacerla llegar de banda a banda del río, deslizando por el cable las abrazaderas o garruchas de donde cuelga la puerta, la cual, cuando rinde el viaje hasta cerca del morón, queda trabada y sujeta por un gancho, sin cuya precaución rodaría otra vez hasta el centro del río, pues, como llevo dicho, el cable forma un seno cuya mitad ofrece rápido descenso, y la otra mitad una subida resbaladiza. Dentro de la puerta pueden colocarse cuatro pasajeros sentados, dándose la espalda y con las piernas al aire hacia afuera, guardando equilibrio, o bien un pasajero con dos petacas de equipaje y sus arreos de montar. Lista y asegurada la carga, los cabuyeros de acá avisan a los de allá con un silbido: zafan el gancho que contiene la puerta, y ésta por su propio peso arranca velozmente para abajo y llega en breve a lo hondo de la curva

que hace el cable, en cuyo momento los cabuyeros de allá empiezan a tirar de la prolongación para llevar cuesta arriba la puerta hasta hacerla atracar y anclar contra el morón, y allí descargan y desembarcan los pasajeros. Cuando es peón el que pasa, o un cicatero que quiere ahorrar el peaje, no pide puerta sino gancho [...] No es cosa imposible que los rejos del cable, humedecidos por un aguacero, revienten al tiempo de recibir la intensa frotación de los ganchos o garruchas de la puerta, y ya puede considerarse cuál será la suerte de los pasajeros que caigan precipitados al río. [...] Supuestas las cosas en el mejor estado posible, siempre resulta gran pérdida de tiempo en el paso de las cabuyas, puesto que en cada viaje de ida y vuelta de la puerta se gastan diez minutos no llevando más de una carga, y las bestias tienen que pasar a nado, guiadas por nadadores, con evidente peligro de perecer cuando el río va caudaloso, pues son arrastradas a lo lejos y trastornadas por los golpes que reciben contra los peñascos. El conocimiento de estos males y la mayor suma de luces que ya se tiene respecto a la construcción de puentes suspensos, hacen esperar que dentro de poco las cabuyas quedarán relegadas al archivo- de los recuerdos de nuestro antiguo atraso Industrial y social. (Ancízar, 231, el subrayado es mío)

En este caso, se puede ver igualmente que en el texto de Ancízar se construye un país que reclama inversión extranjera para mejorar las vías de comunicación, ya que su análisis está centrado no sólo en la ineficiencia que estas vías crean en términos del tiempo que se tiene que invertir para trasladarse de un lugar a otro, sino en términos de los riesgos que esto implica. Lo interesante, en el caso anteriormente citado, es que Ancízar visualiza el espacio una vez construido un puente suspendido que elimine las cabuyas. Así, Ancízar construye este espacio en el futuro, lo cual mediante la retórica de contraste contribuye a construir un país “explotable” y por lo tanto interesante para la inmigración. Adicionalmente, al contrastar presente y futuro, también construye un país de la periferia, “dependiente” del centro.

Esta retórica de contraste aplica no sólo a este último caso sino a todos los anteriormente citados en la medida en que, como se demostró, en *Peregrinación de Alpha* se crean tres naciones a la vez, la del pasado, la del presente y la del futuro, y mediante el contraste creado entre las dos últimas se exalta el potencial del país, haciéndolo atractivo

para el ojo extranjero. Entonces, volviendo a las tres imágenes analizadas anteriormente, “Callejones de Ocaña”, “Puente colgante de bejucos sobre el Zulia” y “Cabuya de Simacota sobre el Sarabita”, se puede ver claramente que éstas construyen éstos espacios tanto para un lector nacional deseoso de conocer su país como para un lector extranjero. Sin embargo, *Peregrinación de Alpha*, al construir estos espacios y luego visualizarlos hacia el futuro (positivamente en el sentido en el que se entendía en ésta época, ya que los ve como espacios modernizados, sin ver el componente de colonialidad), Ancízar logra construir un país “potencial” mucho más atractivo de lo que puede llegar a construir cualquier imagen.

Con esto se puede ver que una hipótesis interesante acerca de la reticencia de Codazzi a publicar las imágenes aisladas del componente textual, es que éstas “no le hacían honor a la patria” al no poder transmitir ese “potencial” que sí se logró transmitir tanto en *Peregrinación de Alpha* como en las descripciones geográficas de Codazzi. Con esto se puede ver que no es correcto ver las láminas de la Comisión como instrumentos mediante los cuales se ilustra un texto, sino que son otra forma igualmente importante de imaginar un país. Sin embargo, quizás por los límites del campo visual mismo, dadas las restricciones de la estética costumbrista, Codazzi consideró que los textos debían de complementar las imágenes para poder construir no sólo el país sino los potenciales del mismo. Esta hipótesis concuerda además con el creciente descontento de Codazzi con el campo artístico después de la partida de Carmelo Fernández, ya que los otros dos artistas que le sucedieron, Henry Price y Manuel María Paz se enfocaron más en los

paisajes que en los tipos sociales, campo en el que es más evidente los límites del campo visual para este proyecto modernizador y civilizador¹².

Como se mencionó, las imágenes no tuvieron la difusión que tuvieron los textos, sin embargo, éstas son consideradas un patrimonio muy importante del país. Nunca sabremos cuál hubiera sido su efecto si Codazzi hubiera alcanzado a llegar a París para publicarlas, como tampoco sabremos cómo las habría retocado ni con qué palabras las habría complementado. De lo que no cabe duda es que éstas en todo caso se hubieran publicado en conjunción con las palabras tanto de Codazzi mismo como de Manuel Ancízar y de Santiago Pérez.

“Fracaso” de la Comisión Corográfica

Indudablemente, la producción tanto literaria como artística de la Comisión es imponente. Sin embargo, la pregunta más importante es: ¿Qué pasó con esta gran empresa? La realidad es que mediante una de las tantas guerras civiles del siglo XIX los conservadores dan fin al periodo liberal y con esto se inicia “La Regeneración” (1885-1904¹³). En esta época Colombia se aleja radicalmente de las tendencias latinoamericanas, dado que se instaura un régimen conservador caracterizado por la búsqueda del “orden, el progreso y la tradición” (Bushnell). De esa triada, predominó la tercera sobre las demás pues se instauró una administración que equiparaba la civilización con la moral y las raíces hispanas (Rojas). En otras palabras, cambia el discurso de la civilización pues deja

¹² El sentimiento de Codazzi frente al campo artístico se condensa en éstas palabras suyas: “Hasta la fecha los tales pintores me han servido de poco i no de provecho” (Memorias, 70)

¹³ Lo interesante es que la Regeneración s institucionaliza en parte mediante la denuncia de los cambios ocurridos en Europa a raíz del impacto de la revolución francesa de 1848, con lo cual el modelo francés y alemán reemplazado por el modelo español conservador. (Martínez)

de ser el ideal liberal de la libertad, la tolerancia y es reemplazado por el discurso del orden (Martínez), y con esto también cambia la vía para el progreso que pasa a ser el fortalecimiento de la tradición española y la tradición católica. Se restituye el poder de la iglesia en su misión educativa, evangelizadora y reglamentadora de la vida social (Martínez). Finalmente, pero no menos importante, mediante régimen centralista, el proyecto de crear una unidad nacional pasa a primer plano, y por lo tanto se crea un himno nacional, se consolida la banca central, pero paradójicamente esto termina eliminando los incipientes pasos que habían dado durante “La Revolución Liberal”.

La Regeneración es considerada como el comienzo del Estado fuerte, pero es principalmente porque la Iglesia, -que logra mejor constituirse y afirmar su poder a comienzos del siglo XX- da la ilusión de que el poder del Estado está finalmente afianzado. Pero al apoyarse en la Iglesia para infundir el principio de autoridad y al fracasar en su voluntad de implantar un orden estatal, la Regeneración deja sin conclusión, a pesar de la perennidad de muchas de sus reformas institucionales, el problema de la aceptación de la autoridad estatal en Colombia (Martínez, 542-3)

Los aportes de la Comisión Corográfica quedan relegados al olvido, ya que la estrategia de esta nueva unidad nacional estaba basada en el rechazo rotundo de la diferencia mediante la instauración de una cultura unitaria y por lo tanto un proyecto que resaltara las diferencias regionales, raciales y sociales en general carecía de sentido. La Regeneración “procuró construir otras imágenes, una unidad mayor, una supuesta homogeneidad que escondía de manera más brutal otras diferencias, porque las negaba del todo, porque las condenó temporalmente al silencio” (Restrepo, 57). Es por esto que en esta época se promueve el paisajismo como estética pues concordaba perfectamente con las necesidades iconográficas de este nuevo ideal político dado que presentaba escenarios idealizados que escondían las diferencias raciales, los conflictos, los

desplazamientos humanos y la explotación. En el campo literario, la cultura común se impone mediante los textos escolares que:

no eran un lugar de encuentro en el que se exploraba la diversidad, sino un lugar de imposición de la unidad... En ese sentido son textos que se caracterizan por esconder las diferencias raciales, sociales, y culturales, por lo tanto son textos que no reflejan la complejidad de la nación sino que son una muestra de los valores mediante la cual se quiere construir esta misma. (Von de Walde, 246).

Viendo entonces el proyecto de la Comisión Corográfica en contraposición con los discursos “civilizadores” que se imponen desde 1885, año en que se instaura la Regeneración, es claro en qué sentido éste fue un proyecto que promovió la unidad mediante el reconocimiento de la diversidad. Es claro que este proyecto fue fruto del periodo histórico, por un lado por ser un intento de construcción nacional basado en los modelos europeos, y centrado en el ideal de nación mestiza que reconoció la diferencia pero no la aceptó dentro del pacto nacional, y por el otro, en tanto que estuvo marcado por la búsqueda del progreso, entendido como el proceso de inserción del país dentro del capitalismo global. Sin embargo, si lo miramos desde el presente, éste claramente fue el proyecto que más se acercó al ideal que se planteó desde 1991 con el reconocimiento de que ésta es una nación pluriétnica y multicultural, dado que al menos reconocía la diversidad como una característica inherente de nuestra patria.

Nunca sabremos qué habría sido de nuestro país si éste proyecto no se hubiera relegado al olvido a causa de la Regeneración. Si pensamos que la violencia en Colombia ha estado íntimamente ligada a la institucionalización de un orden social excluyente y de un sistema con un bajo nivel de representatividad, pues indudablemente el ideal de nación planteado por la Comisión supera al que se planteó con la Regeneración. En todo caso, el pasado es el pasado y en términos de violencia, sólo se puede decir que en el siglo XIX,

entre 1820 y 1879, aproximadamente 35,000 colombianos perdieron la vida en guerras civiles, y desde 1820, la violencia en Colombia ha tenido más o menos doce picos. Entre 1948 y 1964 aproximadamente 200,000 personas murieron en ‘La Violencia’. Luego más de 260,000 murieron entre 1990 y 1999 por la lucha contra las drogas y la guerrilla (Palacios). En los próximos dos capítulos se estudiará el tema de la violencia en relación con la producción del espacio, e inevitablemente, se volverá sobre el tema de la forma en que se construyó la nación en el siglo XIX.

A lo largo de éste capítulo se resaltó que la producción del espacio en Colombia ha estado marcada por un lado por la dependencia, al ser este un país de periferia que busca insertarse dentro del mercado mundial, y por el otro por la regionalización. Quedó claro que a pesar de que éste ha sido históricamente un país con una altísima fragmentación geográfica, la idea de Colombia como país de regiones fue algo construido y ratificado en gran parte mediante el discurso. Finalmente, se vio que la producción/transformación de regiones y su incorporación dentro de la nación fue un proceso conflictivo y violento. En este caso, dada la orientación del capítulo se estudió sólo la parte de la violencia de la representación, en los próximos dos capítulos se verá cómo éste proceso de producción de las regiones y su integración a la nación ha seguido siendo un proceso conflictivo y sumamente violento.

Capítulo 2- “La novela de la Violencia y la difusión de los “espacios del terror”: un estudio de la transformación espacial suscitada por La Violencia (1948-1965)”

A Colombia se le llamó país de regiones debido a la fortaleza de identidades como la paisa, la opita o la costeña. Esas identidades no sólo mostraban arraigos persistentes en sus ámbitos de origen, sino en aquellos que acogían a los emigrantes. Emigración e inmigración eran cuestiones de búsqueda personal o de empresa familiar. Pero, con el paso del tiempo, las violencias fueron reemplazando el irse a la voluntad por el desplazarse a la fuerza. Y los desplazados [...] son gente que no millita en su identidad. Por el contrario, la oculta pese a que sabe muy bien que ella es el cimiento para rehacer la vida por fuera de la tierra ancestral. Los desplazados tienen que pasar desapercibidos ante unas máquinas de guerra que interpretan cualquier mueca como muestra de adhesión al enemigo. (Arocha, 10).

Los recuerdos de La Violencia alimentan la representación de un primer desplazamiento masivo de la población [...] el traumatismo transmitido permanece siempre vivo como si, desde entonces, la vida social hubiera estado afectada por la inestabilidad. Estos mismos recuerdos testimonian constantemente que la noción de comunidad nacional carece de contenido. La Violencia ha inculcado una convicción: la división entre comunidades cuenta más que la pertenencia a una misma nación. (Pécaut 1999, 145)

El 9 de Abril de 1948 se instauró en Colombia un régimen del terror. Los colombianos emprendieron una lucha descarnada contra sí mismos, dejando como saldo 200,000 muertos, dos millones de exiliados, 400,000 parcelas afectadas, y la

movilización masiva de gran parte de la población (Oquist). Este evento difícilmente explicable y que la historiografía ha denominado La Violencia, marcó la historia de Colombia, y la vida de millones de personas que deambularon aterrorizadas por este país desde ese momento doblemente fracturado tanto por la geografía como por la violencia.

La transformación espacial suscitada por La Violencia ha sido estudiada por historiadores, violentólogos, y sociólogos, sin embargo, hasta el momento no ha sido analizada en términos de lo que yo quisiera denominar la creación de “espacios del terror”. Estos son, siguiendo por un lado a Ulrich Oslender, espacios marcados por la producción de paisajes de miedo, la restricción en la movilidad, la transformación del sentido de lugar, la desterritorialización, la re-territorialización y siguiendo por otro lado a Michael Taussig, son espacios marcados por la “cultura del terror”, la “ritualización del terror” y en los que predomina la construcción del “otro” como amenaza. La literatura de la Violencia cumplió una labor fundamental en la construcción discursiva de estos “espacios del terror” y en su difusión e inserción dentro del imaginario geográfico nacional, ya que fue la herramienta más importante mediante la cual estos se dieron a conocer, pero también, ha sido y seguirá siendo el material fundamental mediante el cual quedó constancia de la existencia de estos “espacios del terror”, que de otra forma tal vez hubieran sido relegados al olvido.

A continuación me propongo entonces estudiar el fenómeno de La Violencia y las transformaciones espaciales suscitadas por esta, para luego abordar el papel de la literatura de La Violencia. Analizaré a fondo dos novelas: *Viento Seco* (1953) de Daniel Caicedo, y *El día del Odio* (1954) de José Antonio Osorio Lizarazo, ya que me permiten estudiar el cambio espacial en sus dimensiones tanto rurales como urbanas. Abordaré las

dos novelas enmarcándolas dentro de un contexto histórico y cultural ya que lo que me interesa no es hacer una lectura innovadora de las novelas, sino plantear un marco que resalte la importancia de la novelística de la Violencia en el campo espacial, y que por lo tanto sea aplicable a otras novelas no tomadas en cuenta en este estudio.

La Violencia

La Violencia estalló el 9 de Abril en Bogotá con el asesinato del líder de izquierda Jorge Eliécer Gaitán, que desató un disturbio generalizado hoy conocido como el Bogotazo, y que dejó un saldo de al menos 2,600 muertos. Las elecciones mediante las cuales gana la presidencia el conservador Mariano Ospina Pérez en 1946, habían dejado a los liberales insatisfechos, razón por la cual empiezan a apoyar a Gaitán. El asesinato del líder, inicialmente adjudicado por los liberales al partido conservador, junto con lo que los conservadores percibieron como una amenaza de la izquierda fue lo que desató lo que David Bushnell ha acertadamente denominado “una corriente de hechos poco racionales” (125). La Violencia fue una guerra a muerte, una guerra descarnada entre el partido liberal y el partido conservador, que despertó “un nivel de odios y rencores nunca antes vistos” (Sánchez)¹⁴.

Este conflicto, se nacionalizó gracias a los estudiantes de la Universidad Nacional, quienes tras el asesinato de Gaitán, se tomaron las emisoras de radio, dieron a

¹⁴ El bipartidismo durante mucho tiempo fue casi como el sinónimo de la historia política del país. Los conflictos entre los dos partidos han existido desde siempre, a pesar de que no existen grandes diferencias ideológicas entre los dos (a grandes rasgos, el partido conservador, como es lógico, se identificaba con los intereses de la Iglesia y con la centralización, mientras que los liberales se identificaban con la descentralización y la reducida intervención del Estado y la Iglesia). Sin embargo, en el caso colombiano, durante mucho tiempo, la filiación política era adquirida al nacer, y con esto se heredaban los odios existentes con poca justificación lógica o ideológica. En otras palabras, la filiación política era en la mayoría de los casos heredada, como si fuera una cuestión de “bandos” más que de ideologías. (Alonso, 1997)

conocer los hechos e hicieron un llamado para que el país entero se alzara en armas (Sánchez). Lo interesante es que a pesar de que La Violencia inició como un fenómeno netamente urbano, este pasó a ser un fenómeno rural en el que Bogotá queda al margen de lo que empieza a suceder en el resto del país (Sánchez, 83). Entonces, se propagó una oleada de destrucción y violencia dentro de la histórica fragmentación de país, ya que se presentaron una “constelación de centros alternativos de poder locales sin conexión entre ellos” (Sánchez, 83, la traducción es mía)¹⁵.

La represión se acentúa aún más con la llegada del conservador Laureano Gómez a la presidencia, con lo cual se da inicio a la primera fase de La Violencia que es la de la represión oficial. Los conservadores crearon una especie de policía política, luego conocidos como Chulavitas, y con éstos las masacres, las torturas, las violaciones, mutilaciones y demás pasan a estar a la orden del día, hasta los niños recién nacidos fueron castigados por la filiación política de sus padres. El boleteo, o pago de cuotas de seguridad también se volvió muy común. El abandono de las parcelas o la venta forzosa se generalizó, al igual que el incendio de pueblos enteros. Se creó así un ambiente de terror, odio y miedo sin precedentes. La ritualización del terror se dio sobre todo en Boyacá, Santander, Antioquia, Valle del Cauca, y Viejo Caldas. “En términos generales, se puede decir que este tipo de violencia ocurrió en zonas en las que el control gubernamental, la estructura de la economía, o la topografía previnieron la resistencia masiva organizada” (Sánchez, 90, la traducción es mía)¹⁶.

15 “a constellation of alternative local power centers with no connection between them” (83).

16 “More generally, it can be said that this kind of violence took hold in those zones where either government control, the structure of the economy, or topography prevented organized mass resistance” (Sánchez, 90)

En el contexto global, la Violencia estalla en un momento en el que Estados Unidos se encuentra en plena guerra fría, y emprende la labor de unificar el continente americano en contra del comunismo. Por lo tanto, el apoyo de Estados Unidos en términos políticos, económicos y mediante armamento fue fundamental para la oleada represiva iniciada por Laureano Gómez. Por esto, más adelante, cuando nos enfrentemos al tema de las transformaciones espaciales suscitadas por la Violencia, es necesario tener en cuenta que el tipo de producción del espacio que se da desde este momento es una producción dependiente, en el sentido en el que lo entiende Milton Santos, ya que, sin el apoyo de Estados Unidos el fenómeno de La Violencia no hubiera adquirido tanta fuerza y por lo tanto las transformaciones espaciales hubieran sido más limitadas.

La segunda fase de La Violencia se inicia con la creación de guerrillas liberales que surgen como estrategia de resistencia. Estas fueron organizadas por el pueblo sin la participación de los dirigentes políticos ni de la oligarquía y se ubicaron en áreas de colonización reciente, baldíos o espacios aislados a raíz de la topografía (Pécaut). En un principio se creyó que estos eran grupos defensivos, pero la verdad es que a raíz del deseo de venganza y el odio contra los Chulavitas, terminaron propagando la violencia y el terror utilizando las mismas estrategias que sus adversarios. Un ejemplo de esto es el caso del Magdalena Medio:

Los contingentes armados que el gobierno conservador envió a “pacificar” Barranca y el Magdalena operaron, como en el resto de Colombia, de manera arbitraria y partidista, buscando infundir terror en la gente. Pretendían atemorizar a la población y obligarla a emigrar utilizando el asesinato indiscriminado. Entraban a los caseríos deteniendo a la gente y matándola después en el camino (ley de fuga) [...] En pocos meses José Vicente Rangel, alcalde de Barranca durante los días del poder popular se vio ante una masa humana que acudía desesperadamente a su finca de La Loma en busca de su ayuda. Con ellos

organizó las primeras cuadrillas de campesinos armados precariamente para autodefenderse. (García 28)

Las acciones de las guerrillas liberales fueron excesivamente violentas en la medida en que a raíz de la topografía se separaron en muchos grupos que no tenían un líder que los controlara y dirigiera. “Con el tiempo estos grupos de autodefensa se acostumbraron a las armas e hicieron de la guerra su nuevo oficio, practicando la venganza y el ajuste de sus viejas cuentas con sus oponentes”. (García 28) Esto dio inicio a la “ritualización del terror” (Taussig) o ciclo de violencia a raíz de la violencia:

Unos y otros, Chulavita, ejército y cuadrillas liberales, políticamente antagónicos pero simétricamente complementarios, operaban con una mecánica similar y perfeccionaron una simbología del asesinato que deja perplejo al extraño. El crimen se convirtió en ritual macabro y barroco, y el satanismo de matar los situó como actores de una experiencia humana difícilmente asimilable. De los miles de muertos solo el 20% fueron con armas de fuego, para ellos era una suerte, la muerte les venía rápida y seca. Pero para el 80% restante el Viejo machete campesino era el instrumento terminal de su tortura. (García 30)

Vale la pena aclarar que los más afectados por el fenómeno de La Violencia fueron los campesinos, ya que las clases adineradas se ocultaron en las ciudades o salieron del país. Sin embargo el número de afectados fue altísimo ya que en el momento en el que estalla La Violencia, tres cuartas partes de la población eran campesinos, la mitad eran analfabetas y el tres por ciento de los terratenientes eran los dueños de la mitad de la tierra (Sánchez, 77).

Este estado de violencia generalizada conllevó a un colapso parcial del Estado, caracterizado por la pérdida del monopolio del uso de la fuerza, la multiplicación de actores armados, altos niveles de crimen, de impunidad, y falta de presencia del Estado en algunas áreas (Pizarro Leongómez). A raíz de esto, ambos bandos apoyaron la

dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, quien asumió el poder el 13 de Junio de 1953. Sus objetivos eran ponerle fin al terror, desmovilizar los grupos armados, y reconstruir las zonas afectadas. Sin embargo Rojas Pinilla no fue del todo exitoso, y por lo tanto su gobierno se constituyó como la tercera y última fase de La Violencia, durante al cual la violencia se perpetuó, pero dejó de ser reportada (Sánchez).

Dadas las magnitudes del fenómeno de La Violencia, no es difícil creer que ésta transformó dramáticamente el espacio nacional. Por un lado, la migración y la colonización modificaron el espacio rural, mediante el abandono de pueblos y consecuentemente el espacio urbano también se transformó ya que el éxodo masivo del campo a las ciudades conllevó al reordenamiento de las ciudades existentes (Álape). Un ejemplo es suficiente para ilustrar la transformación espacial: en el Tolima, desde 1949 hasta 1957 emigraron 361,800 personas, 34,300 viviendas fueron incendiadas, y más de 40,000 propiedades fueron abandonadas (es decir el 42% de las propiedades) (Sánchez).

La Violencia se constituye entonces como una de las causas más importantes de desplazamiento poblacional (Schultz)¹⁷, convirtiéndose entonces el desplazamiento en un mecanismo de supervivencia y de resistencia frente al terror (Álape). En este caso, como se mencionó en la introducción, los índices de este desplazamiento son aterradores: Colombia pasó de ser un país mayoritariamente rural a ser un país urbano en un lapso de un cuarto de siglo. Desde ese momento Colombia ha estado marcada por la colonización permanente, que se caracteriza por ciclos de migración-colonización-conflicto-migración.

¹⁷ Schultz, en su análisis de las migraciones en Colombia encontró un índice de correlación muy alto entre la violencia y las migraciones basándose en las tasas de homicidio de cada región.

Como consecuencia del período de la Violencia, Colombia pasó de ser un país eminentemente rural a un país marcadamente urbano en menos de 25 años. La relación entre población rural y población urbana cambió de signo de manera radical; si antes de la Violencia sólo una cuarta parte de la población vivía en los centros urbanos, al cabo de pocos años la relación se había invertido y sólo una cuarta parte residía en las zonas rurales. Según los especialistas se trató de uno de los procesos de urbanización más acelerados y traumáticos que han ocurrido en el mundo. (Pizarro Leongómez, 64)

La violencia y el éxodo contribuyeron a que en Colombia el proceso de urbanización siguiera unos patrones particulares. El proceso de urbanización al igual que en el resto de los países en América Latina, se empieza a acentuar alrededor de 1930 con el desarrollo de la industrialización. Sin embargo, el caso colombiano se diferenció en la medida en que no se dio una polarización del crecimiento en torno a sola ciudad, es decir, no se presentó lo que se conoce como “primacía urbana” (Cuervo y González). En términos generales, la primacía urbana se dio en Latinoamérica por varias razones: la explosión demográfica en el campo, el éxodo rural, los progresos del transporte interno, la industrialización, la calidad de vida en la ciudades, el fortalecimiento de los estados nacionales (Gouesset), y su desarrollo fue dependiente del tamaño del país y del grado de integración del territorio nacional (Cuervo y González).

En efecto, los accidentes geográficos pueden contribuir al aislamiento de unas regiones con respecto a otras. En casos extremos podría afirmarse la inexistencia de un espacio nacional propiamente dicho. El espacio nacional sería el resultado de la yuxtaposición de espacios regionales. La desintegración física de un espacio nacional obstaculiza la constitución de una ciudad hegemónica y, por consiguiente, el grado de primacía urbana, tenderá a ser, relativamente débil. (Cuervo y González, 263, el subrayado es mío)

En el caso colombiano, no se presentó el fenómeno de la primacía urbana raíz de la limitada integración del territorio nacional, y con esto, se unió a los pocos países que se escaparon de esta regla en Latinoamérica junto con Ecuador (Quito y Guayaquil) y Brasil

(Sao Paulo y Río de Janeiro) (Gouesset). Lo significativo en este caso, es que Colombia se diferenci6 dado que se crearon cuatro ciudades de similar importancia (Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla). Este fue un caso único en Latinoamérica, lo cual en sí mismo evidencia la falta de cohesión territorial, por eso, algunos teóricos han denominado este sistema “cuadricefalia urbana”, resaltando el carácter “anormal” de este tipo de configuración espacial (Gouesset). En todo caso, la limitada articulación del territorio nacional conllevó a la creación de un “país de ciudades”.

Lo que vale la pena resaltar es que entre las razones que incidieron en este peculiar tipo de organización urbana están la debilidad del Estado, las barreras geográficas, la escisión de la población en regiones y un precario sistema de comunicación. Estos cuatro factores explican parcialmente por qué en Colombia el éxodo rural se dio exclusivamente a distancias muy cortas y de manera multidireccional (Gouesset). Sin embargo, en realidad otro factor explicativo muy poderoso de esta organización urbana es La Violencia ya que esta conllevó a que se diera un proceso de urbanización acelerado. En otras palabras la urbanización se dio en Colombia como una estrategia de supervivencia no planeada, y por lo tanto las víctimas de la Violencia siempre buscaron llegar de la forma más rápida posible a una ciudad que los protegiera y los alejara del terror rural. Por lo tanto La Violencia fue un “acontecimiento” en el sentido en el que lo entiende Milton Santos¹⁸, que transformó el espacio nacional y que incidió en la reestructuración peculiar y descentralizada del espacio a nivel nacional.

¹⁸ Según Santos (2000), el acontecimiento debe ser visto como una categoría de análisis ya que los acontecimientos cambian las cosas, transforman los espacios dándoles nuevas características.

La Violencia y la movilización masiva y permanente de la población también incidieron en el sentido de pertenencia territorial. (Bushnell, Rojas C., Palacios, Rojas J.). En un país en el que una altísima proporción de la población o no ha tenido acceso a la tierra o ha sido despojada constantemente de la misma a raíz de la violencia, en un país por el que su población se mueve incesantemente a causa del miedo y no se siente protegida por el Estado sino todo lo contrario (el Estado es visto como una fuente de injusticias), es evidente como lo dice Pécaut, que el término mismo comunidad nacional carece de sentido.

La ciudadanía implica ante todo el sentimiento de pertenecer a un conjunto social concreto y de beneficiarse de las garantías que ofrecen las instituciones. Tanto lo uno como lo otro son escasos en muchas regiones. El ‘sentimiento comunitario’ no puede ser sino frágil menos en razón de la heterogeneidad de la población que de las presiones ejercidas por las redes políticas (Pécaut 1999, 144).

“Espacios del terror”

La Violencia entonces transformó la organización espacial del país y el sentido de pertenencia territorial. La magnitud de estas transformaciones se entiende mejor en términos de la creación de “espacios del terror”. Ulrich Oslender es uno de los geógrafos que mejor ha trabajado el tema de la violencia y las transformaciones espaciales, y su énfasis ha sido el estudio de las negritudes en el Pacífico Colombiano. Oslender, para contrarrestar la forma viciada en que se empezaron a utilizar los términos terrorismo y terror desde el ataque de Septiembre 11, centrados en una concepción del terrorismo como ataques contra el “sistema del estado democrático neoliberal occidental” que esconden otras formas en que se está perpetuando el terror a nivel mundial, optó por plantear la idea de las “geografías del terror”. Este es un marco muy fructífero para

estudiar el impacto espacial de la violencia y el terror, que es aplicable a una variedad de circunstancias y momentos históricos.

En particular, el concepto “geografías del terror” permite estudiar un número de fenómenos geográficos asociados con el terror y el terrorismo, que ayuda a examinar más a fondo las múltiples manifestaciones del terror y la manera como las personas lo experimentan y como intentan vivir con él cotidianamente. (Oslender, 12)

Oslender establece que las “geografías del terror” consta de siete rasgos o características: en primera medida se distingue por la producción de “paisajes de miedo” a raíz del terror. Estos paisajes se caracterizan por lo que queda después de la ritualización del terror: pueblos destruidos, casas quemadas, cuerpos muertos, mutilados, espacios vacíos a raíz del éxodo. En segunda medida están las restricciones en la movilidad, Oslender plantea que estas restricciones son tanto explícitas, en el caso de que algún actor armado la imponga, como implícitas, en el caso en que sean inducidas por el miedo y un sentido de inseguridad. La movilidad es limitada y por lo tanto se crean espacios de confinamiento. El tercer elemento es la transformación del sentido de lugar, ya que la forma subjetiva en la que la población “percibe” y se “siente” acerca del lugar cambia, pues éstos se convierten en espacios de la tortura, el miedo y la inseguridad. Oslender establece que el sentido de lugar se transforma en un sentido “aterrorizado” de lugar. El cuarto elemento es el de la des-territorialización, en la medida en que la violencia acaba con el sentido de control territorial. La quinta característica de las geografías del terror son los movimientos físicos en el espacio, que hace referencia al desplazamiento forzoso ocasionado por el terror. Estos desplazamientos forzosos siempre implican un proceso de re-territorialización, que es la sexta característica, bien sea mediante el regreso de estas poblaciones itinerantes a su lugar o mediante su

asentamiento en un nuevo espacio. Finalmente, las geografías del terror están marcadas por unas estrategias espaciales de resistencia por parte de la población que busca defenderse.

Este marco es muy útil para el estudio del impacto espacial de la violencia, sin embargo considero que presenta dos falla: la distinción ente la des-territorialización y los movimientos físicos en el espacio no es tan clara y puede prestarse para confusiones. Por un lado, Oslender amplía el término desterritorialización, ya que para él éste implica la pérdida del ejercicio de la territorialidad y por lo tanto puede suceder sin un desplazamiento físico. La desterritorialización en ese sentido puede ocurrir cuando las restricciones en la movilidad afectan el sentido de territorialidad. Si bien es interesante esta forma de entender el término, en este caso concreto lo considero innecesario dado que en este marco se contempla tanto el sentido de lugar como las restricciones en la movilidad, que indirectamente hacen referencia a ese cambio en el sentido de territorialidad. Por lo tanto, para evitar confusiones prefiero evitar la división en dos categorías (la movilidad y la desterritorialización), y propongo dejar solamente una: la desterritorialización. Por otro lado, Oslender incluye la idea de las estrategias de resistencia, sobre todo pensando en el caso de la región del Pacífico colombiano, pero muchas de estas estrategias no tienen implicaciones espaciales (tal como puede ser el contacto con la comunidad internacional, el uso de Internet, etc.). Por eso considero que es más apropiada la idea de la “ritualización de la violencia” desarrollada por Michael Taussig, que hace referencia a la idea de que la violencia se perpetúa a raíz de la violencia, creando ciclos que difícilmente pueden romperse. Creo que esta aproximación es más apropiada, no sólo porque la mayoría de las estrategias de resistencia están

marcadas por el uso de la violencia, sino por las implicaciones espaciales de la “ritualización de la violencia”.

Dentro de los estudios acerca del terror desarrollados por Taussig, hay otros dos aportes que me parecen fundamentales para poder captar la forma en que el terror se espacializa: la idea de la “cultura del terror” y la importancia del “otro” y de los medios mediante los cuales se construye el “otro”. En cuanto a la “cultura del terror”, Taussig plantea que el terror y la civilización van de la mano, ya que entiende el terror no sólo como un estado fisiológico, sino también como una herramienta racional para hacer que la gente se comporte de cierta manera, y como una forma de ver la vida, es decir, el terror como una construcción cultural¹⁹. Por otro lado, el predominio del terror no se puede entender sin el proceso mediante el cual se construye el “otro” como amenaza, ya que al adjudicarle al otro ciertas características se justifica y legitima el uso indiscriminado de la violencia. Lo interesante es que esta construcción del otro está mediada por la oralidad.

While much attention is given to “ideology” in the social sciences, virtually none as far as I know is given to the fact that people delineate their world, including its large- as well as microscale politics, in stories and storylike creations and very rarely, if ever, in ideologies (as customarily defined). Surely it is in the coils of rumor, gossip, story, and chitchat where ideology and ideas become emotionally powerful and enter into active social circulation and meaningful existence (Taussig 163)

Este aspecto es fundamental en la medida en que es difícil entender cómo se pueden generar espacios marcados por prácticas macabras tal como sucedió durante La

¹⁹ Claramente Taussig no está sólo al plantear que la violencia es consustancial a la civilización, ya que hoy en día es difícil defender la idea de la violencia como la condición básica de la humanidad antes de la llegada de la civilización, y por lo tanto por fuera de la misma. De hecho, ante la evidente fragilidad de los Estados es claro que la violencia es consustancial a la democracia (Para un estudio acerca de este tema ver Daniel Pécaut (1999)). Sin embargo los aportes de Taussig son innovadores en la medida en que se centra en el terror como herramienta racional.

Violencia con la propagación del deslenguamiento, la castración, el cegamiento, el clacinamiento, el ahogo, la machetada, la trituración, la mutilación, el corte y colección de orejas, el descuartizamiento, entre otras, sin tener en cuenta la construcción del otro, y su consecuencia lógica, la construcción cultural del odio. La realidad es que La Violencia fue sostenida mediante la oralidad, que propagó el odio y la cultura del terror.

Los aportes de Ulrich Oslender y Michael Taussig se complementan y en conjunción constituyen un marco muy fértil para el análisis de la violencia y sus transformaciones espaciales. Basándome en esto propongo el término “espacios del terror” para referirme a espacios que presentan las características anteriormente mencionadas: son espacios marcados por la producción de paisajes de miedo, la restricción en la movilidad, la transformación del sentido de lugar, la desterritorialización y la re-territorialización, la “cultura del terror”, la “ritualización de la violencia” y la construcción del otro como amenaza.

Lo que propongo a continuación es estudiar la producción discursiva de estos “espacios del terror” en el caso de la novela de la Violencia. Para hacerlo, partiré de un estudio del género y su evolución, para luego centrarme en las dos novelas anteriormente mencionadas: *Viento Seco* y *El día del odio*. Sin embargo, antes de hacerlo, quiero aclarar las razones por las cuales no profundicé en otros periodos desde finales del siglo pasado hasta el periodo de La Violencia.

Colombia en la primera mitad del siglo XX

El siglo comienza con lo que sin duda ha sido el cambio espacial más impactante que ha tenido el país: la pérdida de Panamá. Esta se dio en gran parte debido a la incapacidad del Estado de integrar el territorio nacional, dado que Panamá siempre

estuvo relativamente aislada del resto de la nación. Con la pérdida de Panamá, Colombia perdió gran parte del valor de su ubicación geográfica al perder una zona de gran importancia estratégica. La secesión de Panamá también conllevó a grandes cambios en el campo geográfico, dado que con los ingresos recibidos por la indemnización, el país se transforma. Por un lado, el Estado se fortalece en la medida en que deja de ser un Estado pobre. Por otro lado, las vías de comunicación cambian dramáticamente. En el campo de los ferrocarriles, que hasta ésta época habían sido construidos mediante concesiones con el fin de colonizar regiones aisladas y conectarlas con el exterior para poder proveerle a los países industrializados las materias primas que necesitan (siendo esto un claro ejemplo de “dominación espacial” (Santos)), pasaron a ser construidos con miras a integrar el país. Las carreteras también se empiezan a construir para integrar los espacios aislados al resto de nación, y así se dio una transición de una estructura centrífuga a una estructura centrípeta de las vías de transporte (Gouesset).

Las primeras décadas del siglo se caracterizaron por la estabilidad y crecimiento económico (Bushnell). Fue un periodo de modernización económica, en el que gracias a los avances logrados en las vías de transporte, el café no sólo se convierte en el principal producto de exportación en el siglo XIX sino que se vuelve el centro de la economía nacional. Esto tuvo un impacto en la configuración espacial del país ya que el café promovió la integración internacional y afirmó la preponderancia de la región andina (Cuervo González y González Montoya).

Este fue también un periodo de grandes transformaciones espaciales a raíz de la industrialización, que empieza a darse desde los años 20's gracias a los empréstitos externos y a la indemnización de Panamá (Jiménez y Sideri). Las regiones más

articuladas al exterior fueron los primeros focos de industrialización. Con esto aparecen nuevas regiones-centro que “surgieron y se consolidaron en virtud de un activo proceso de transformación y diversificación de sus estructuras productivas y de una progresiva integración de los mercados intra e interregionales en un mercado nacional”(Jiménez y Sideri, 79).

Sin embargo, el auge económico y la estabilidad política empiezan a decaer desde 1930, para luego desembocar en La Violencia. En el campo literario, la publicación de *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, tiene un grandísimo impacto. Esta fue la primera novela que empieza a ser leída de forma sistemática en otras lenguas, y por lo tanto implicó, como en el resto de América Latina, un cambio de actitud de los lectores europeos que hasta el momento no habían tenido tanto contacto con la literatura latinoamericana (Franco). *La Vorágine*, es una novela de corte regionalista, que comparte con muchas de las novelas de éste tipo, su tendencia a denunciar las injusticias y su intención de dar a conocer zonas remotas para ayudar a integrarlas a la nación. Por lo tanto es un texto que reflexiona acerca de la problemática espacial del país, y que busca dar a conocer las transformaciones espaciales suscitadas por la modernización. En este caso, la reflexión se centra en los enclaves, que son zonas de colonización marcadas por la explotación.

Esta novela se caracteriza por presentar una estructura compleja ya que se narra la historia de Arturo Cova y su acompañante Alicia, quienes se escapan de Bogotá por las restricciones que les impiden casarse. Sin embargo el relato está enmarcado por un fragmento escrito por Arturo Cova, un prólogo que es en sí una carta de José Eustaquio Rivera al ministro de la nación, y un epílogo en el que se transmite un corto cable escrito

por el cónsul y dirigido al ministro. Todos éstos le dan veracidad al relato, en el cual Cova le va dando voz a otros personajes mediante los cuales se nos transmite directamente el régimen de explotación de los caucheros.

La novela es una fuente muy interesante para estudiar la problemática espacial, dado que reflexiona de principio a fin acerca de la configuración geográfica de Colombia y el impacto de la modernización. Sin embargo, es una novela que ha sido ampliamente estudiada desde muchas perspectivas, incluyendo la problemática espacial. Por esta razón, y dado que la producción discursiva de este periodo relevante para este estudio es sumamente limitada, opté por no centrarme en ella. Sin embargo, aclaro que las novelas de corte regionalista son una fuente muy interesante de imaginarios geográficos, y creo que todavía hay mucho por hacer en éste campo.

La novela de La Violencia

Con esto en claro, vuelvo a la literatura de la Violencia. Como se mencionó en la introducción, el periodo de La Violencia fue un acontecimiento que tuvo un gran impacto en el campo cultural en general y en el campo literario específicamente, y por lo tanto existe una amplia producción discursiva en torno al tema. Entre 1948 y 1967 se publican setenta novelas y centenares de cuentos (Escobar). El fenómeno de la Violencia fue tan estremecedor, que conllevó a que muchas personas escribieran acerca de éste, para dejar testimonio, tratar de entender la realidad circundante y hacer de este un fenómeno inteligible. La Violencia produjo, a diferencia de la literatura acerca de la

Revolución Mexicana, una producción textual casi de inmediato, y se continuó escribiendo acerca del tema por un par de décadas²⁰.

Es la primera vez que se da una respuesta unánime y masiva de parte de los escritores por plasmar, casi de inmediato, dicho fenómeno. [...] Nunca antes un motivo socio-histórico estimula a tantos escritores a recrearlo, escritores de todos los sectores de la sociedad (políticos, militares, médicos, sacerdotes, periodistas, guerrilleros, intelectuales y otros) que se comprometen en una misma labor: escribir sobre la historia política contemporánea, desde su propia óptica del mundo y con las herramientas literarias de que disponen (Escobar, 123).

La novela de la Violencia se caracteriza por su función social, ya que pretende dar a conocer una realidad para muchos desconocida, y en este sentido es una literatura comprometida. Mirando hacia atrás, no cabe duda que la literatura de la Violencia “rescató del olvido todos los niveles de violencia acometidos en esta época y [...] ayudó en la formación de la conciencia social y política” (Piotrowsky, 5). Es un tipo de novela que busca relatar hechos reales, en otras palabras es una literatura que se ciñe a la realidad y de ahí que se le haya denominado novela documental o novela testimonial, ya que fue utilizada como un medio didáctico y un instrumento de denuncia (González Rodas).

La literatura que trata el fenómeno de la violencia se puede precisar, en un sentido, como aquella que surge como producto de una reflexión elemental o elaborada de los sucesos histórico-políticos acaecidos antes del 9 de abril de 1948 y la muerte del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, hasta las operaciones cívico-militares contra las llamadas "Repúblicas Independientes" en 1965 y la formación de los principales grupos guerrilleros aún hoy vigentes. En otro sentido, como aquella literatura que nace, en una primera fase, tan adherida a la realidad histórica que la refleja mecánicamente y se ve mediatizada por esos acontecimientos cruentos, para dar paso a otra literatura que reelabora la violencia ficcionándola, reinventándola, generando otras muchas formas de expresarla. (Escobar, 130)

²⁰ Una posible razón por la cual se continuó escribiendo durante tanto tiempo acerca del tema es que en realidad nunca se hizo justicia acerca de este evento que arrasó con la vida de miles de personas.

Las novelas de la Violencia varían mucho entre sí, en parte porque el proceso de convertir un hecho social en discurso es sumamente complejo. La palabra ayudó a que La Violencia se convirtiera en un fenómeno manejable e inteligible, pero sus características variaron mucho con el tiempo (Rueda). Es por esto que, la literatura de La Violencia, se tiende a dividir en dos etapas diferenciadas tanto por su objetivo, su enfoque, su estilo y la forma de abordar el tema de La Violencia: la fase testimonial que va desde 1948 hasta 1958, y la fase vivencial que va desde 1958 hasta 1967 (Aristizábal).

La primera etapa, se caracteriza por seguir de cerca los hechos históricos, dejando constancia de lo ocurrido. Su principal objetivo es el de denuncia, y por lo tanto, el lenguaje, los personajes y la estructura narrativa son muy sencillos. Los escritores se basan en sus propias experiencias con el fin de dar testimonio de lo vivido, reproduciendo directamente los hechos mediante una estructura lineal, y en gran parte de los casos dada la inmediatez de los hechos, desde una perspectiva partidista. Son novelas que “no se desprenden del hecho histórico” (Escobar, 131) y por lo tanto narran detalladamente los actos violentos acometidos durante esta época. Realmente, la novela fue considerada como el vehículo apropiado para dar a conocer una realidad silenciada o tergiversada por la prensa y demás medios de comunicación. Esto se debe a que durante el periodo de la Violencia, se eliminó la libertad de prensa, y por lo tanto, los medios de comunicación no dieron cuenta de lo que estaba sucediendo. A esto ha de sumársele además el hecho de que por un lado, la Violencia se dio más que todo en zonas rurales poco integradas a los centros de poder que manejaban los medios de comunicación, y por el otro, a que esta fue una violencia dentro del régimen político, por lo tanto la prensa emprendió más bien la

labor de “desinformar” (Escobar y Bedoya). Entonces, dada la vocación “informativa” de las novelas de la Violencia, no es de extrañar que gran parte de los escritores utilizaran el prólogo y el epílogo para enfatizar acerca de la veracidad de su contenido.

La segunda etapa, se caracteriza por ser menos anecdótica y por lo tanto se propone combinar hechos históricos con una elaboración estética. En esta segunda etapa, se produce un tipo de literatura que se caracteriza por reinventar La Violencia explorando los cambios en el acontecer diario de los colombianos (miedo, odio, rabia, atmósfera de terror, exploración tanto de las víctimas como de los victimarios (García Márquez, 1959)). Son textos que se nutren de La Violencia pero con una vocación menos periodística, ya que el énfasis está en el modo de narrar y en desarrollar una mirada crítica. Son textos más ambiguos en los que la participación activa del lector es fundamental, y en los que en general se aborda la problemática trascendiendo las filiaciones políticas. Estos están marcados por la multiplicidad de puntos de vista y por evocaciones que reemplazan las largas descripciones que logran complejizar la relación entre víctima y victimario (Figueroa). Se necesitó mucho tiempo para lograr este tipo de elaboración y reflexión estética de la Violencia, y por lo tanto no fueron los escritores de esta generación sino de la que le precedió los que lograron hacerlo (Escobar).

Es una literatura que se interesa por la violencia no como hecho único, excluyente, sino como fenómeno complejo y diverso; no cuenta como acto sino como efecto desencadenante; trasciende el marco de lo regional, explora todos los niveles posibles de la realidad. No se funda en la explicación evidente, sino en la certeza de que aquello (mundo, personajes, sociedad) que esté mediado por el conflicto, por lo social, no podrá ser más que la representación de un mundo ambivalente, problematizado. Gracias a mediaciones de tipo discursivo se dan en esas novelas espacios de contradicción que impiden la aprehensión del texto en su primera lectura y obligan al lector a la relectura y a una contextualización obligada con la historia y con el fenómeno de sociedad de la época que refleja. La

ambigüedad y la sugerencia invade el texto invitando al lector a su recreación (Escobar, 140).

La transición a esta segunda etapa se originó en parte por un debate que aparece en la prensa nacional, en el que se promueve un acercamiento más elaborado al tema de la Violencia mediante certámenes literarios “para generar nuevas formas literarias que potencien y resignifiquen la vivencia intensa de un hecho proteico en su origen, desarrollo y consecuencias” (Figueroa, 6). Gabriel García Márquez también tuvo un gran impacto en la transición hacia una producción literaria más compleja, dejando por escrito una aguda reflexión crítica acerca de la producción literaria acerca de La Violencia en “Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia” (1959). En este breve texto García Márquez resalta que la literatura debe enfocarse en las sutilezas, y en la forma en que la Violencia cambió la vida cotidiana. En otras palabras, el énfasis no debe ser el hecho violento sino en lo que este significa, el centro no deben ser los muertos sino los vivos, las secuelas y lo que queda.

En general, con la literatura de la Violencia, las letras colombianas plantean una propuesta original que se aparta de las tendencias internacionales. Por lo tanto, es un subgénero de mucho valor. Sin embargo, las novelas pertenecientes al primer grupo han sido mucho menos estudiadas que las del segundo, pues durante mucho tiempo fueron consideradas de “poco interés artístico” a raíz de su limitada elaboración estética, y por lo tanto fueron consideradas parte de una “pseudo literatura” (Andrade). Hasta se ha llegado a decir que “hay más bien una irresponsabilidad estética frente a la intención clara de denuncia” (Escobar, 45). Este tipo de acercamiento que pretende distinguir entre lo que es y no es literatura, y entre la buena y la mala literatura está hoy en día sumamente

descartado (Andrade), y por eso recientemente están siendo retomadas por algunos estudiosos, a los cuales me uno, pues no sólo pretendo rescatar el valor de este primer periodo de la novela de La Violencia, sino su importancia en la construcción social de un imaginario de un país escindido por la violencia. Realmente, como lo dice María Mercedes Andrade, “desconocer estos textos significa desconocer nuestro pasado” (193).

Viento Seco (1953) de Daniel Caicedo

Esto es especialmente cierto en el caso de *Viento Seco* de Daniel Caicedo, que es una novela publicada por primera vez en 1953 y ampliamente leída en su momento ya que se vendieron 50,000 ejemplares en dos años (Escobar). En *Viento Seco* se narran dos acontecimientos llevados a cabo en el Cauca, que de no haber sido registrados en esta novela hubieran sido relegados al olvido: la matanza de Ceilán y la de la Casa Liberal en Cali. Los eventos narrados en la novela fueron presenciados por el autor, y registrados con gran minuciosidad²¹, y por lo tanto, la novela es en sí misma un testimonio de la cultura del terror que se gestó en el Cauca.

Esta novela, ha sido muy poco estudiada, y en general, la crítica converge en resaltar que lo que la caracteriza son sus debilidades literarias y su realismo crudo. Se ha dicho que no es más que un inventario de formas de matar, y de las torturas que se llevaron a cabo durante La Violencia. Algunos críticos más condescendientes han reconocido su valor sociológico, pero resaltando a la vez su limitado valor literario (Bedoya y Escobar). Lo que propongo a continuación es dejar de lado ésta discusión

²¹ Se le ha adjudicado esta minuciosidad y el detalle con el que se abordan los tipos de muerte y las torturas a su profesión, ya que él fue médico, sin embargo considero errada esta lectura ya que gran parte de las novelas testimoniales está marcada por éste realismo crudo.

acerca del grado de elaboración estética de la novela, que nunca se constituirá como un aporte, para pasar a abordarla desde la problemática espacial.

Por lo tanto, a continuación me propongo hacer una lectura de la novela, que por un lado resalte de qué manera el texto se construye como un relato “verídico”, es decir, qué estrategias discursivas y qué claves de lectura se dan para que el contenido de la novela sea leído como una representación fidedigna de la realidad. Por el otro lado, quiero hacer una lectura de la novela centrada en la descripción del espacio, para resaltar qué tipo de reflexiones se hacen en la novela con respecto a las nuevas “especialidades” generadas a raíz de la Violencia. Me voy a enfocar en la forma en que está estructurado el texto, ya que en cada sección se reflexiona de manera distinta acerca del espacio. Todo esto se planteará con el fin de demostrar que esta es una novela en la que se construyen discursivamente los “espacios del terror” generados por la Violencia.

En cuanto a lo primero, lo más importante es resaltar que esta novela, a diferencia de la gran mayoría de las novelas de la Violencia, no tiene ni prólogo ni epílogo, por lo tanto carece de marcos para resaltar el carácter “verídico” del relato. Sin embargo, el texto presenta una serie de apelaciones al lector para dirigir el proceso de lectura. En estos quiebres que se presentan a lo largo de la narración, el autor inserta su propia voz para resaltar que los hechos narrados son reales. Esto se refuerza además mediante la crítica de los medios de comunicación, ya que en la novela se resalta reiteradamente su carácter “desinformativo”. Al incluir la información viciada difundida mediante los medios de comunicación, se pretende que por contraste, el relato sea leído como texto fáctico que corrige la versión oficial.

A ello se añade el cinismo de los periódicos conservadores que niegan los hechos y presentan la versión oficial embustera y tendenciosa, la desorientación es completa [...] yo que presencié el asesinato de Celián [...] leo en esos pasquines falangitas que en Celián no ha sucedido nada y que los pocos muertos habidos fueron conservadores atacados por liberales revoltosos [...] Claro que con la censura impuesta a los periódicos democráticos no hay modo de aclarar los hechos por ahora, pero llegará el día (Caicedo, 76).

Si comparamos esta estrategia con la de la mayoría de las novelas de La Violencia, en las que en el prólogo o en epílogo se aclara que el relato no es novela sino que es historia, o en las que abiertamente se plantea que la novela es el único espacio para transmitir la realidad, es claro que las estrategias utilizadas en *Viento Seco* son bastante más sutiles.

Sin embargo, es importante resaltar que la novela, a pesar de haber “documentado” la matanza de Ceilán y la de la Casa Liberal, y de haber en ese sentido, suplido la labor de la prensa, es en sí misma una denuncia contra el partido conservador. Por lo tanto está marcada por dicotomías muy claras: los conservadores son los victimarios y los malos mientras que los liberales son las víctimas y por lo tanto los buenos. En ese sentido, dista mucho de ser un texto objetivo y una representación fidedigna de la realidad.

A pesar de esto, *Viento Seco* es a mi juicio, la novela en la que mejor se construyen discursivamente los “espacios del terror” característicos del periodo de La Violencia. Textos como éste fueron los que dieron cuenta de los grandes quiebres que se dieron en la lógica espacial a raíz de la Violencia, y en este sentido, contribuyeron a transformar los imaginarios geográficos nacionales. En éste caso concreto, se nos presenta la violencia bipartidista de carácter rural que se gesta en el Cauca, junto con la única estrategia que se dio para tratar de evitarla: la migración hacia Cali, la ciudad más

cercana y una de las cuatro grandes ciudades que se reconfiguraron en éste periodo. Por consiguiente, ésta es una novela en la que se abordan las transformaciones espaciales suscitadas por la Violencia, tanto en el ámbito rural como en el urbano.

La novela está dividida en tres secciones que coinciden con tres momentos centrales del relato. En la primera, “la noche del fuego”, se narra la matanza de Celián a través de los ojos de Antonio Gallardo y su esposa Marcela, quienes perciben desde una montaña el ataque masivo, que deja al pueblo en llamas. Una vez partida la comitiva de chulavitas, éstos entran al pueblo y huyen hacia Cali con su hija moribunda en los brazos. En la segunda sección, “la noche del llanto”, se narra la llegada de Antonio y Marcela a Cali, sin su hija, y su proceso de adaptación en la Casa Liberal en donde Cristal, una maestra violada, cumple la labor fundamental de ayudar y apoyar a los desplazados. Sin embargo, la Casa Liberal es inesperadamente atacada, Marcela cae víctima de este ataque y Antonio y Cristal se ven obligados a huir nuevamente. Finalmente, en la última sección, “La noche de la venganza”, Antonio se hace guerrillero, pero es traicionado por un compañero de Celián y muere en manos de sus enemigos.

En las tres secciones, se construyen mediante la letra “espacios de terror” que se diferencian mucho entre sí. La primera está centrada en Celián, un espacio rural que se transforma rápidamente a raíz de la Violencia. Se nos muestra la forma en que la “cultura del terror” en el sentido en el que Taussig la entiende, se apodera de Celián, ya que el terror se aplica de manera selectiva pues es impuesto únicamente sobre los liberales, y por lo tanto es utilizado como herramienta racional que tenía como objetivo homogeneizar políticamente las regiones. También se muestra claramente cómo la Violencia se perpetuó mediante la construcción mental del otro como amenaza, ya que

los chulavitas legitimaron sus acciones al convencerse de que los liberales eran una fuente incuestionable de peligro. Sin embargo, la tortura llegó a un extremo tal que puede dejar desconcertado a cualquier lector:

Unas pocas casas, pertenecientes a los conservadores, previamente señaladas con cruces azules, estaban intactas. Las otras ardían con llamas de variadísimos colores, según se consumieran las cantinas, los graneros, los establos o los cuerpos amarrados. Vehículos y caballos ensillados corrían por la calle principal y por la plazuela. A través de las ventanas de las casas no incendiadas todavía se observaba el macabro espectáculo de los maridos castrados, obligados a presenciar la violación de sus esposas e hijas. En la casa de Manuel Pacheco se balanceaban de las vigas de una enramada varios cuerpos desnudos, sangrantes, torturados antes de ahorcarlos. La hija de Juan Velásquez estaba clavada con un machete que le atravesaba el vientre al entablado corredor de su vivienda. “El Chamón”, chulavita negro amoratado como el ave que le había dado su nombre, defecaba en la boca del agonizante. “El Descuartizador” tenía maniatado a Jorge López, jefecillo liberal de la vereda, a quien pinchaba con un afilado cuchillo matarife. Los gritos le causaban satisfacción. Le torturó largo rato con destreza inigualable. Le cortó los dedos de las manos y de los pies, le mutiló la nariz y las orejas, le extrajo la lengua, le enucleó los ojos y a tiras, en lonchas de grasa, músculos y nervios, le quitó la piel. Lo abandonó en su agonía de sangre para alcanzar a una mujer que corría y a la cual se contentó con cercenarle los pechos y hendirle el sexo. Y entre las contracciones de la muerte la poseyó. [...] Los moribundos y los cadáveres fueron hacinados a pocos pasos, rociados con gasolina e incendiados. La pila de cuerpos se estremeció y lanzó un grito gigante que rebotó en los incendios. Cinco agonizantes sacaron fuerzas y corrieron enloquecidos, dando alaridos e iluminando como enormes bombillas la plaza. (Caicedo, 38-40).

Este ataque le deja a los pocos sobrevivientes de Celián una sola opción: huir, y así comienza el proceso de des-territorialización. Antonio y Marcela parten junto con un sinnúmero de personajes desplazados que huyen atemorizados dejando todas sus pertenencias atrás. En el camino se nos van mostrando un sinnúmero de “paisajes de miedo”, paisajes marcados por el vacío, los cuerpos muertos, las casas incendiadas.

El pueblo (Andalucía) tenía muchas casas vacías porque sus moradores habían emigrado a las ciudades en guarda de sus vidas. Era el éxodo de los pueblos a las ciudades. Las ciudades los protegían por su tamaño. Un éxodo de millares de gentes. (Caicedo, 51)

Lo más significativo de éstos paisajes, es el predominio de la violencia sexual como forma de tortura. Se nos muestran violación de mujeres, violación y asesinato colectivo de niñas, violación a mujeres embarazadas, junto con el predominio de la castración, amputación de los pechos entre otras. El preeminencia de este tipo de tortura fue efectivamente una de las características de la Violencia:

La violencia colombiana se caracteriza por la forma como sus agentes se ceban sobre las víctimas, utilizando las formas más variadas y refinadas de tortura y muertes. Se diferencia de otras violencias como la mexicana, ya que en ésta no se encuentra la ritualización sexo [...] como antesala de la muerte. El caso de la violencia colombiana, se ha caracterizado así, por el predominio sexual en las formas de dar muerte, así como por el intenso sadismo. (Bedoya y Escobar, 43)

Claramente, con éstas transformaciones espaciales, cambia el sentido de lugar y el sentido de pertenencia territorial. Los personajes se sienten desarraigados, perdidos e invadidos por la inestabilidad.

Y como a él le expulsaban de la tierra, le destruían su hogar, le secaban la simiente de continuidad, y le vejaban y le desposeían de sus principios, se sentía extranjero en el país de sus mayores, como si hubiera sido arrojado por la avalancha de una guerra cruel a un país extraño. (Caicedo, 54)

Y don Andrés comprendía que estos horrores hicieran desaparecer el concepto de patria y que los hombres nacidos en Colombia, cuando veían que sus hermanos eran tratados así desde lo alto, consideraban que Colombia no era una buena madre. Y veían muy claro por qué los colombianos repudiaran su terruño y anduvieran buscando otra parcela de la corteza terrestre en donde sentirse protegidos (Caicedo, 65).

En la segunda sección, “la noche del llanto”, se representa un “espacio del terror” urbano, ya que se narra la llegada y estadía de los desplazados en la ciudad de Cali. El proceso de re-territorialización se nos muestra como un proceso doloroso, marcado por la marginalidad, el hambre y la impotencia.

Los emigrados se habían apropiado, cada cual, su rincón, si acaso dos metros de tierra por persona [...] gente apiñada alrededor que esperaban comer un mal sancocho [...] y periódicos- que servían de mantas para dormir. (Caicedo, 65-67).

La ciudad se nos presenta como un espacio restringido y fragmentado. Es un espacio marcado por claras limitaciones en la movilidad, y se caracteriza por el confinamiento, en el sentido en el que lo entiende Ulrich Oslender.

Por las calles no pasaba nadie, pues el toque de queda impuesto en la ciudad no permitía salir después de las nueve de la noche. Y si alguien se atrevía a hacerlo y era sorprendido por las patrullas, lo apresaban y trasladaban a una carrera vecina, en donde entre golpes, descalzo lo echaban a andar sobre las piedras inclementes. Nadie asomaba por ningún sitio y el furgón de la policía podía andar sin ser visto con su carga macabra. (Caicedo, 87)

La estabilidad de la vida urbana es transitoria ya que al poco tiempo de llegar, Antonio, Marcela, Cristal y demás desplazados son víctimas de un ataque masivo en la Casa Liberal.

En un vuelo anduvieron los pocos pasos que los separaban del portalón de la “Casa Liberal”, impidieron la salida y dispararon contra la multitud. Esta se desbordó de sorpresa y de temor por encima de las tapias que aislaban el solar de los patios vecinos. La confusión fue espantosa. Los gritos y las carreras se mezclaban. Los hombres, todos inermes, no pusieron resistencia y fueron cayendo, el corazón estremecido. El abaleo era incesante. (Caicedo, 78).

Se nos muestra entonces lo que parece ser el destino de los desplazados en Colombia: proceso de migración-colonización-conflicto-migración, o en este caso como la migración se dio directamente a un centro urbano, se siguió el patrón de migración-conflicto-migración. En el tercer capítulo se estudiará con detenimiento este proceso que luego se perpetúa durante la segunda oleada de violencia que se inicia con la creación de los grupos guerrilleros.

Finalmente en la última sección, “La noche de la venganza” se nos presenta ya la “ritualización del terror” (Taussig) que se genera a raíz de la violencia oficial, con la

creación de las guerrillas liberales. Antonio, motivado por la sed de la venganza, tras haber sobrevivido a los peores ataques, tras haber sido castrado, torturado y arrojado al río junto con muchos cadáveres, y tras haberse reencontrado con Cristal y haber visitado la tumba de Marcela, opta por volverse guerrillero. Aquí vemos claramente cómo se construyen espacios en los que la violencia se perpetuó a raíz de la violencia. Los guerrilleros, invadidos por el odio, se convierten en victimarios no sólo como estrategia de supervivencia, sino con el fin de reivindicar a sus propios muertos, creándose así un ciclo de violencia a raíz de la violencia.

Como es claro, esta novela reflexiona de principio a fin acerca de las transformaciones geográficas que se dieron en el Cauca a causa de la lucha bipartidista. Esta novela es un testimonio de gran valor que inserta dentro del imaginario social estos “espacios del terror” que se gestaron en Colombia a mediados de siglo. Por lo tanto, es indiscutible que esta novela dista mucho de ser de poco valor por su “limitada elaboración estética”, sino que es en sí misma uno de los documentos más valiosos que se tienen en Colombia acerca de la dramática transformación espacial suscitada a raíz de la Violencia, y por lo tanto es un claro ejemplo de una producción discursiva de los “espacios del terror” propios del periodo de La Violencia.

El día del odio (1954) de José Antonio Osorio Lizarazo

Por otro lado, *El día del odio*, de José Antonio Osorio Lizarazo, es igualmente una novela de denuncia en la que predomina el drama colectivo sobre el individual, pero centrada enteramente en la faceta urbana del fenómeno de la Violencia. Esta es en realidad, la primera novela que aborda el Bogotazo y sus consecuencias espaciales. A diferencia de *Viento Seco*, *El día del odio* es una novela que está a medio camino entre la

primera y la segunda etapa de la novela de la Violencia, en la medida que es un texto en el que ya se ha superado el acercamiento partidista, es un texto en el que se exploran tanto a las víctimas como los victimarios, y en el que la denuncia se plantea de forma más sutil.

Me propongo abordar la novela nuevamente centrándome en la descripción del espacio. En este caso, pretendo resaltar que esta, al igual que la anterior es una novela de tesis, aunque ya no busca reivindicar un partido político frente al otro, sino que busca reivindicar a la clase pobre. Esto repercute en el tema espacial, ya que para resaltar las injusticias cometidas contra los menos favorecidos, es necesario dar a conocer una serie de espacios urbanos marginales o “espacios de la diferencia” (Harvey).

El argumento del relato, como se mencionó, está armado bajo una premisa que se evidencia desde el epílogo mismo de la novela: el deseo resaltar las injusticias cometidas a la clase desvalida. Por eso, la novela no se centra en el Bogotazo, sino en los antecedentes del mismo, y así logra evidenciar que la Violencia no es un fenómeno que explota el 9 de Abril de 1948, sino que es un fenómeno que se venía gestando desde mucho tiempo atrás. La novela por lo tanto explora el ambiente que se estaba creando en la ciudad como preludio y explicación de la llegada del Bogotazo, también conocido como día del odio.

Pero el día en que ese odio contenido, palpitante, impreciso, se incendie al contacto de un episodio cualquiera, los proscritos, los humillados, los vencidos se convierten en víboras de fuego, y su violencia desenfrenada confiere contornos épicos al disturbio. Porque estos seres doblegados por la ley y por el vicio, estos seres humillados y sombríos, son la fuerza latente, el poderío cataclísmico que ha realizado las más trascendentales transformaciones de la historia y que está perennemente sediento de una justicia que no sabe expresar en palabras y que no le inspira a organización de un sistema de ideas o de un plan de acción (Osorio Lizarazo, 107).

Lo interesante en este caso, es que en la novela se presentan muchos de los rasgos típicos de los “espacios del terror”, que ya estaban presentes antes de la muerte de Gaitán. La ciudad se nos muestra sobre todo desde la perspectiva de Tránsito, una campesina que es llevada a Bogotá para que ayudara con los gastos familiares. Tránsito desde un principio es construida como un mercancía, y la muestra es que llega a Bogotá para “ofrecerla en el mercado” (Osorio Lizarazo, 12). Entonces, la ciudad es vista desde el punto de vista de una desplazada que está atravesando un proceso de reterritorialización (vale la pena aclarar que éste es un proceso de reterritorialización que no es suscitado por la violencia). Por lo tanto, la construcción de la ciudad se caracteriza por su parcialidad dado que únicamente se centra en los espacios marginales o dejando de lado los “espacios de poder” (Harvey). Por ende, la visión de ciudad también es parcial desde el punto de vista de los estratos socio-económicos representados en el texto (Luque). Tan es así, que la novela sirve para insertar dentro del imaginario urbano de la capital, los “espacios de la diferencia” (Harvey), los espacios de la marginalidad y de la miseria (cárcel, prostíbulos, chicherías clandestinas, barrios de invasión, mercados populares, entre otras). “Un mundo de miseria, de horror, un centro de los despojos de la ciudad, impasible para esa desazón acumulada, para esa desolación desamparada” (Osorio Lizarazo, 27).

La ciudad se nos presenta mediante el incesante desplazamiento de Tránsito por los lugares más sórdidos, desplazamiento que se inicia desde que sale por obligación de la casa de la señora Alicia, quien inicialmente la había contratado. “Entonces agobiada por su dolor y su desazón, echó a andar mecánicamente, sin un plan, sin un propósito definido” (Osorio Lizarazo, 21). Se sentía sola, perdida y desubicada. Al poco tiempo de

empezar su continuo desplazamiento por los barrios marginales de la ciudad, se da cuenta que el espacio público no es un espacio en el que se pueda sentir segura. El espacio público en este sentido se construye como espacio restringido.

Cuando se sintió cansada, se sentó al borde de la acera. Hallábase por las inmediaciones de Bavaria, pero no pudo reposar, porque llegó un agente de policía y le ordenó con amenaza que se levantara del lugar. Dócil y sumisa, obedeció apresuradamente y siguió andando hacia el centro. (Osorio Lizarazo, 22)

Desde este primer contacto con la “ley”, se nos plantea la injusticia de la violencia oficial. La relación entre la policía y los grupos marginales se muestra como una relación atravesada por el terror, un claro caso de la creación de una “cultura del terror”. Todo empieza cuando un policía abusa de ella, y así, la convierte inmediatamente en prostituta, con todas las cargas que esto implicaba. Tránsito queda construida oficialmente como “nochera”.

Pero el agente despojado de su uniforme no era agente, sino una bestia sexual y poderosa. Apagó la luz y se arrojó sobre la desdichada. La lucha fue intensa, pero al fin Tránsito quedó vencida y sintió sobre sí la más horrenda de las humillaciones (Osorio Lizarazo, 25).

Después de éste episodio, la movilidad de Tránsito empieza a ser limitada tanto implícita como explícitamente, la primera por el miedo que le impide moverse a su voluntad (ya que después de ser violada por un policía, es golpeada, y humillada verbalmente varias veces por diferentes miembros del cuerpo oficial), y la segunda porque no puede salir de la ciudad ya que legalmente no puede ir más allá de la estación por ser una “nochera”.

La relación de Tránsito con la ciudad empieza a estar marcada por el miedo. Frente a la ciudad, Tránsito se siente aterrorizada, sentimiento que se repite muchas veces a lo largo de la novela: “ahora estaba doblegada bajo un infinito terror” (Osorio Lizarazo,

36), “un agudo terror la estrangulaba” (Osorio Lizarazo, 38). Este sentido aterrorizado de lugar, junto con el convencimiento de que no hay espacio para ella en esta ciudad es lo que la impulsa a querer huir, escapar, como fuera y bajo cualquier circunstancia.

Pero Tránsito pasó a su lado rápidamente y siguió corriendo con la ansiedad de huir para siempre de todo aquel horror, de interponer un abismo insalvable entre el espanto que acababa de sufrir y la placidez de su vida anterior, a la cual regresaba con todas sus fuerzas. Corrió hasta sentir que se le doblaban las rodillas. No había comido nada desde el día anterior, pero siguió corriendo (Osorio Lizarazo 44).

La ciudad construye como una ciudad quebrada no sólo por las divisiones internas y la consecuente fracturación del cuerpo social, sino a raíz de la topografía. Es decir, la ciudad es una ciudad fragmentada a raíz de la configuración geográfica. Los barrios marginales están aislados tanto por la ausencia de vías como por las montañas. Son “espacios alternativos” (Lefebvre) donde el Estado no llega, espacios de la ilegalidad, el crimen y la delincuencia. Es una ciudad en la que es fácil perderse, es la “inmensa selva de la ciudad” (Osorio Lizarazo, 118) que devora a Tránsito (Neira Palacios). Pero por encima de todo, es una ciudad en la que se fomenta el aislamiento.

Lo esencial era mantener el aislamiento, el cordón sanitario, y también la concentración de maleantes, de suerte que en cualquier momento fuera posible adoptar las medidas vengativas que toda sociedad emprende con sus indigentes [...] Alguna vez las urgencias del espacio impondrían el rescate de la barriada y entonces los maleantes y los indeseables serían eliminados como piojos: y la obra de limpieza no tendría un objeto de dignificación humana sino un fin de exterminio (Osorio Lizarazo, 155).

El caso de Tránsito es entonces la representación de un drama colectivo, suscitado en parte por los métodos de terror que caracterizaron la campaña de limpieza que se llevó a cabo en la ciudad poco tiempo antes de la Conferencia Pan americana. La novela nos muestra la fracturación espacial y social como antecedente del estallido de la Violencia:

“El pueblo está separado por el odio en fracciones irreconciliables” (Osorio Lizarazo, 144).

Con esto, hacia el final de la novela, se nos presentan los cambios espaciales ocasionados por la muerte de Gaitán, produciéndose así “paisajes de miedo”. “Gaitán cayó fulminado por tres balazos y su cadáver fue la mecha que encendió la conflagración y desencadenó la fuerza cósmica del odio acumulado en años de injusticia y explotación” (Osorio Lizarazo, 225). Las llamas se toman la ciudad, se da inicio a un desplazamiento masivo, la locura se apodera de la gente, la ciudad queda saqueada, “La muchedumbre demente corría en direcciones opuestas, y los asaltantes cargados de bultos chocaban entre sí y se lanzaban soeces injurias” (Osorio Lizarazo, 230). Y Tránsito:

De súbito sintió un latigazo en la espalda que la derribó hacia delante. Una quemadura atroz le desgarró la carne y un surtidor brotó del pecho por el orificio de salida del proyectil que la había alcanzado. (234).

El estallido de la Violencia en ésta novela se presenta como una reacción natural del pueblo ante su estado de injusticia, sometimiento y aislamiento. Se presenta como un claro caso de la creación de violencia a partir de la violencia.

Consideraciones finales

En las dos novelas se nos muestra cómo en Colombia el terror se convirtió en mediador entre grupos antagónicos, y por lo tanto son textos que dan cuenta de los “espacios del terror”. A través de éstas novelas se comprueba que Colombia ha estado marcada por la existencia de universos simbólicos contradictorios, y dada la ausencia de consenso en cuanto a la forma de ver la realidad, se formó una imagen del “otro” que justificó la violencia, y así, la violencia se convirtió en una fuente de identidad. La

violencia no sólo se usó físicamente sino simbólicamente, en un sistema que carecía de mediadores, en un sistema en el que el terror se convirtió en mediador.

A lo largo de éste capítulo se constató que la novela de La Violencia es una fuente absolutamente fundamental para estudiar la forma en que la Violencia transformó el espacio nacional con la creación de “espacios del terror”, ya que fue uno de los vehículos más importantes de difusión de estos espacios. Con esto se revaluó la idea de que la primera etapa de la literatura de La Violencia no merece ser estudiada por su limitado valor artístico. Este fue el medio por excelencia mediante el cual se dio a conocer el efecto de La Violencia, suplantando así a la prensa, en su labor de informar a la sociedad civil acerca del acontecer del país. Por lo tanto, la novelística de la Violencia, sobre todo en su fase testimonial, debe ser considerada como la fuente primordial mediante la cual se construyó un imaginario geográfico de país escindido por la Violencia.

En este capítulo nuevamente se constató la importancia del campo cultural en la construcción del espacio colombiano, ya que cumplió la labor fundamental de insertar dentro del imaginario social los “espacios del terror” generados a raíz de la Violencia. Por lo tanto, el gran valor de estos textos radica en el hecho de que reflexionan acerca de espacialidades desconocidas, estas nuevas espacialidades generadas por la Violencia, que no sólo delatan que la espacialidad del Estado no es “dominante”, sino que reflexionan acerca de las repercusiones espaciales de la fortaleza de los partidos políticos y su tendencia a suplantar al Estado.

La segunda oleada de violencia, como se verá en el próximo capítulo, se inicia con la instauración del régimen del Frente Nacional, y la aparición de las guerrillas, el fenómeno del paramilitarismo y el narcotráfico. En los dos momentos, se presenta el uso

indiscriminado de la violencia por dos o más grupos, ritualizando la muerte y creando una cultura del terror. En las dos se presenta la generalización del fenómeno del desplazamiento forzoso, la fragmentación del poder, la instauración del boleteo o pagos de cuotas por seguridad y en ambos casos es central el fenómeno de la colonización (Ocampo). Se diferencian en la medida en que la primera fue una violencia dentro del orden político, y la segunda es por fuera y en contra del régimen político. Pero presentan muchas similitudes en la medida en que en las dos se creó una cultura del terror promovida por más de un grupo.

Las dos violencias tienden a tomar la forma de guerra civil, y utilizan los mismos métodos de terror. Sin embargo la violencia actual se distingue dado que la población no se identifica con los protagonistas, los protagonistas ya no anuncian en voz alta las razones de sus actos, y por eso, las prácticas de terror substituyen el lenguaje. Esta violencia destruye todos los mecanismos de confianza en los actores armados. “La ley del silencio que reina en las zonas de la violencia no es solamente reflejo del terror sino que tiene que ver con la desconfianza generalizada. Los desplazamientos se efectúan en medio de ese terror y esa desconfianza” (Pizarro, 147).

**Capítulo 3- “¿Qué pasa cuando el Estado no es el principal productor del espacio?
Desterrados Crónicas de desarraigo (2000) y No nacimos pa’ semilla (1990), un estudio de las implicaciones espaciales de las múltiples violencias”**

La nación se construye (¿o se destruye?) en medio de la reubicación caótica de la población en su territorio, caracterizado por un proceso social y demográfico fragmentado y con un fuerte componente de violencia [...] La crisis estructural del campo, los modelos de desarrollo aperturistas y, por supuesto, la violencia, se han encargado de generar un inmenso flujo migratorio en el que se confunden desplazados, migrantes, trabajadores temporales, colonos, trabajadores de cultivos ilícitos, y más recientemente, pueblos indígenas y comunidades negras desarraigados de su entorno socio-económico y cultural en medio de traumáticos ciclos de expulsión y reasentamiento que ponen en peligro su propia existencia [...] Así, se desordena el país, urbanizando la pobreza y la violencia, desocupando los campos. (Rojas, 411-412).



Ilustración 3.1
Fotografía marcha por la paz (4 de Febrero 2008)

El 4 de febrero del 2008, millones de colombianos se unieron para protestar contra la guerrilla (Las FARC), la violencia y el secuestro. La protesta se internacionalizó, ya que tanto comunidades de colombianos en el extranjero como ciudadanos de otros países se unieron desde 115 ciudades del mundo. Esta fue una movilización masiva y pluralista ya que congregó a personas de todos los niveles socioeconómicos, tanto de izquierda como de derecha. La magnitud de esta protesta no sólo responde al desprecio que se ha ido generalizando en el país frente a la guerrilla, ya que según las encuestas el 96% de los colombianos se posicionan en contra de las FARC, sino a la forma en se concretó: facebook. Todo comenzó con la creación del grupo “un millón de voces contra las FARC” por parte de Óscar Morales, un ingeniero barranquillero de 33 años. Luego, al poco tiempo, Carlos Andrés Santiago, de 22 años, propuso hacer la marcha también a través de facebook. La respuesta categórica de la población tanto en el ámbito nacional como internacional es una prueba de los alcances de la globalización, por eso al enfrentarnos al tema de este capítulo, que son las transformaciones espaciales suscitadas por las múltiples violencias desde los años setenta hasta el presente, es fundamental que lo hagamos enmarcándolo dentro de un contexto global.

Esto no significa que la globalización sea un fenómeno nuevo, todo lo contrario, y por esto estoy de acuerdo con Milton Santos quien concibe el espacio como un subsistema de la sociedad global, y de ahí el énfasis en el carácter dependiente de la producción del espacio en Colombia desde la Independencia. Sin embargo, la creciente integración que se ha venido dando a raíz de los avances en los medios de comunicación es innegable. Tanto así que el estudio de las violencias en Colombia, que se inició con

unos rasgos muy específicos y netamente colombianos: la presencia ininterrumpida de grupos guerrilleros, la presencia de grupos paramilitares muy fuertes y el influjo del narcotráfico, ha conllevado a la gestación de una violencia urbana muy marcada, pero a la vez comparable al fenómeno de la violencia urbana que actualmente acosa a gran parte de las ciudades en América Latina.

La reflexión de este capítulo gira entonces en torno a lo que sucede cuando fuerzas tales como la guerrilla, los paramilitares y el narcotráfico, empiezan a ser fuentes muy poderosas de producción espacial, en medio de un mundo globalizado. Partiré de una caracterización de las violencias que se empezaron a gestar básicamente desde el final de la dictadura de Rojas Pinilla, para luego seguir con el estudio de las implicaciones espaciales de estas fuerzas paraestatales y su impacto en la creación de “espacios del terror”. En este caso, como se mencionó en la introducción, el centro de análisis será el papel de los testimonios en el proceso de insertar dentro del imaginario social estos “espacios alternativos” (Lefebvre), entendidos como espacios en los que el Estado no llega, es decir espacios que se escapan de la espacialidad dominante del Estado.

La “triple guerra”

Las raíces de la segunda oleada de violencia, esta vez por fuera del orden político, y que sigue hoy en día afectando al país, se encuentran en la consolidación del Frente Nacional. Este fue un régimen de coalición bipartidista creado en 1958, con el fin de hacer lo que la dictadura de Rojas Pinilla no había logrado hacer: desmilitarizar la sociedad y acabar con la violencia política (Bushnell). La alternancia de la presidencia de la república entre el partido conservador y el partido liberal eliminó cualquier tipo de

oposición ideológica y política (Bushnell). En medio de este entorno excluyente surgen y se fortalecen los grupos guerrilleros (Las FARC, el M-19, la EPL y el ELN)¹, que se caracterizaron por su estrategia centrífuga, por su división en múltiples frentes, su estrategia de expansión desde zonas de colonización hacia centros de actividad económica y política, y por su búsqueda del control territorial (Pizarro Leongómez), constituyéndose como agentes de profundas transformaciones espaciales. Finalmente, estos grupos guerrilleros, a diferencia de las guerrillas del pasado, se caracterizaron por su oposición frente al régimen político.

El surgimiento del movimiento guerrillero revolucionario va a ser [...] la materialización de un nuevo tipo de violencia [...] una violencia que a diferencia de la expresada por las guerrillas liberales, no se enmarca en las luchas interpartidistas, sino que se plantea una lucha contra el régimen político en su conjunto y contra el mismo estado capitalista. Es el tránsito de la violencia dentro del sistema a la violencia que confronta, o dice confrontar, el sistema capitalista en su conjunto. (Alonso 127)

Un factor fundamental que fortaleció a los grupos guerrilleros, fue el problema de la propiedad de la tierra, ya que muchos integrantes de las antiguas guerrillas que se habían acogido a la amnistía de Rojas Pinilla optaron por volver a las armas al ver que las promesas de redistribución de la tierra se habían quedado en promesas. Los grupos guerrilleros, prometieron la redistribución de la tierra que no se había logrado hacer dentro de los canales estatales. Un ejemplo de esto es el caso de Las FARC, cuyos objetivos eran luchar por:

el cambio de raíz de la estructura social del campo colombiano, entregando de forma completamente gratuita la tierra a los campesinos que trabajan o la quieren trabajar, sobre la base de la confiscación latifundista en beneficio del pueblo

¹ De todos éstos grupos, FARC (Fuerzas armadas revolucionarias de Colombia), M-19 (Movimiento 9 de Abril), EPL (Ejército popular de liberación), ELN (Ejército de liberación nacional), sólo siguen activos hoy en día las FARC y el ELN, aunque no son comparables dado que las FARC es un grupo mucho más poderoso. Para información básica acerca de cada grupo guerrillero ver: Pizarro Leongómez, 1993.

trabajador. La reforma agraria revolucionaria es condición indispensable para elevar verticalmente el nivel de vida material y cultural del campesinado, librarlo del desempleo, el hambre, el analfabetismo y las enfermedades endémicas. (Villamarín Pulido 36)

Otro factor fundamental para el fortalecimiento y longevidad de los grupos guerrilleros, fue la ausencia de Estado, ya que esto les permitió constituirse más fácilmente como fuente legítima de autoridad, hasta el punto de considerarse con: “suficiente legitimidad para, en tanto que autoridad política regional, ejercer el poder fiscal” (Rentería, 10)². Sin embargo, a diferencia del Estado, la evasión “fiscal” era castigada con desplazamiento forzoso, extorsión, secuestro y muerte.

Traditionally, Colombia has experienced an almost constant process of internal migration and colonization in the last two centuries. In the last 40 years, this process was almost evident in regions such as pie de monte llanero in the eastern plains, Urabá, Upper Magdalena, Caquetá, and Putumayo [...] In these areas of colonization the state does not exist, and therefore is no governmental power to arbitrate even eventual conflicts [...] The absence of State is evident in the lack of roads, schools, public services, and, above all, in the lack of authority [...] Thus in the absence of State in what are immense territories, it is no coincidence that the guerrilla has often taken over by force the role of mediator, usually well accepted by a large percentage of these populations. In the absence of state, these regions, geographically in the periphery, are also attractive to drug traffickers. (Tirado Mejía, 114).

Las otras dos fuerzas centrales de esta segunda oleada de violencia son el narcotráfico y los paramilitares, que recrudecieron el ambiente de terror que ya se respiraba en el país. Todo se inició con la creciente demanda por narcóticos que conllevó a la organización de carteles de la droga en Colombia, que a su vez hicieron del secuestro y el asesinato prácticas cotidianas utilizadas contra aquellos que intervinieran en su organización. La imposición de la violencia se intensificó aún más desde principios de los

² Rentería, Iván. “Pasado y Presente de la violencia en Colombia”

noventas, cuando los carteles dieron inicio a una campaña del terror para eliminar la extradición de los capos de la droga a los Estados Unidos (Coatsworth, 4). El narcotráfico, como se verá más adelante, contribuyó directamente a incrementar la violencia urbana. Las cifras hablan por sí solas: desde los noventas el 70% de los homicidios empezaron a ser cometidos en Bogotá, Cali y Medellín, y entre 1990 y 1999, 260,690 colombianos fueron víctimas de homicidios perpetrados en espacios urbanos (Palacios).

Adicionalmente, en los ochentas, casi de manera paralela con la aparición del narcotráfico surgen los grupos paramilitares, grupos contrainsurgentes de extrema derecha creados para combatir las acciones de la guerrilla, en gran medida apoyados y financiados por narcotraficantes y terratenientes. Los diversos grupos paramilitares estuvieron atomizados y dispersos hasta el año 1997, en el que se unieron al grupo AUC (Autodefensas Unidas de Colombia). Sin duda, los paramilitares han sido uno de los mayores propulsores de la cultura del terror en esta segunda oleada de violencia, mediante la institucionalización de las masacres y la tortura. Hasta el momento se le han adjudicado 3,500 masacres llevadas a cabo entre los años 1982 y 2005, la desaparición de alrededor de 15,000 individuos y el desplazamiento forzoso de muchos otros (Reporte Revista Semana³).

La desmovilización de los paramilitares que se está llevando a cabo actualmente bajo el gobierno de Álvaro Uribe mediante la Ley de justicia y paz, ha conllevado a revelar el régimen del terror instaurado en el campo colombiano ya que por un lado los paramilitares desmovilizados están declarando sus crímenes, y por otro lado, las víctimas

³ “El horror de la Guerra paramilitar, la barbarie que no vimos”. Dic. 8, 2007.

también están rompiendo el silencio que se habían autoimpuesto a raíz del miedo. Los testimonios son escalofriantes.

La magnitud de lo que ocurrió en Colombia en estos años rebasa la imaginación del ciudadano común. Sobre todo del ciudadano urbano, que desde su cómoda quimera de progreso y consumo no vio el horror que los paramilitares y guerrilleros sembraban en el campo. También rebasa los cálculos de los expertos y conocedores. Ese fue el horror al que la clase dirigente le dio la espalda, que la justicia no fue capaz de frenar, y que la prensa apenas mostró a medias. El horror al que las instituciones de seguridad, de justicia y de la política no fueron capaces de ponerle un muro de contención, por complacencia o por miedo.

La maquinaria de guerra de los paramilitares funcionó a plenitud porque la muerte se burocratizó. La barbarie se convirtió en un oficio para muchos jóvenes que no tenían en el momento de empuñar las armas una conciencia moral individual. Esos adolescentes, casi niños, primero mataron, temblorosos, por cumplir órdenes, y después se convirtieron en temidos torturadores y perpetradores que daban órdenes.

Mientras la guerra y sus métodos de horror se encarnizaron en las poblaciones rurales, el país urbano pudo crecer, modernizarse e insertarse en el mundo globalizado. Pero semejante abismo hace inviable la paz. (Informe Revista Semana, 32)

Los paramilitares desmovilizados narran sus historias, empezando en la mayoría de los casos, con el rito de iniciación para los nuevos integrantes de los grupos paramilitares, que consistía (¿o consiste?) en descuartizar con una motosierra a una persona viva. Luego confiesan no sólo el número de personas que mataron, que en algunos casos asciende hasta más de mil, sino los espeluznantes métodos mediante los cuales los torturaron antes de morir.

La magnitud de lo que se vivió en las dos décadas pasadas, y que quizás aún está ocurriendo, rebasa todo lo imaginado sobre la servicia y el horror. Incluso, supera en gran escala las atrocidades vividas durante la Violencia de los años 50, período que aún es un trauma sin completa superación. En el peor momento de esa violencia, el país llegó a tener 36 homicidios por cada 100.000 habitantes. Hace menos de una década, en pleno auge paramilitar, la tasa llegó a ser de 63. Como a los bandoleros de aquella época, a los paramilitares no les bastaba con matar. Querían marcar su territorio con sangre, y dejar una huella que se recordara por siempre en las poblaciones que atacaron. (Informe Especial- Revista Semana, 33)

En este caso, al igual que en el periodo de la Violencia, la “cotidianización” de las más aterradoras prácticas del terror (descuartizamiento, las violaciones, y demás torturas) sólo se puede entender teniendo en cuenta el efecto del odio en la construcción cultural del otro (Taussig). Aunque claramente estas prácticas del terror tenían y siguen teniendo una razón de ser para los grupos insurgentes: la lucha por el control territorial⁴. El terror desaloja, de eso no hay duda. El terror ha sido el mayor propulsor de uno de los peores problemas humanitarios en Colombia: el desplazamiento forzoso.

Realmente no es necesario ser un especialista en Colombia para saber que hay un problema de desplazamiento forzoso, ya que este fenómeno social se ha convertido en una preocupación mundial. Para los colombianos la problemática es evidente pues en la mayoría de las calles de las grandes ciudades, hay como mínimo un desplazado con un cartón en el cuello en el que explica su situación y pide ayuda económica. A esto se le deben sumar los cientos de desplazados que se ven forzados a disfrazarse de payasos, malabares, mimos, y demás pues no encuentran otra forma de salir adelante dado que el Estado no les ayudó en el lugar de donde fueron expulsados, ni les ayuda en el lugar de llegada. Las cifras son alarmantes: actualmente en Colombia el 6% de la población ha vivido la experiencia del desplazamiento forzoso (Rojas), y en el 2003 se registraron 341,925 desplazados (Giugale), lo cual equivale un promedio de más de 935 desplazados por día.

Colombia es una dolorosa geografía convertida en cruz por tantas huellas hundidas. Un país de inmensa movilidad humana a la fuerza, su geografía física es hoy por hoy un estallido telúrico de grandes proporciones humanas: por su

⁴ Aclaro que esta afirmación hace referencia no solo a los grupos paramilitares sino también a los grupos guerrilleros quienes igualmente han ritualizado el terror por una lucha territorial. Para información acerca de estas masacres ver: Informe Especial- Revista Semana.

territorio deambulan como sombras hambrientas cientos de personas que huyen con el miedo que los carcome, pues para los desplazados dejaron de existir hace mucho tiempo, las llamadas selvas vírgenes. (Álape, 1)

En este caso, como se mencionó en la introducción, el desplazamiento no es suscitado por la búsqueda de la homogenización política de los territorios y la sociedad, sino por la búsqueda del control territorial. Por eso, la población no es perseguida por su filiación política o sus creencias, sino que es perseguida por la importancia geoestratégica de su lugar de residencia⁵ (Pizarro). Esta persecución masiva de la población ha aumentado vertiginosamente en los últimos años, llevando a que Colombia sea hoy en día el segundo país con mayor índice de desplazamiento forzoso a nivel mundial después de Sudán (Rojas). Este aumento también se percibe en el número de municipios afectados, que aumentó en un 70% entre el 2000 y el 2004 (Ibáñez).

La movilización masiva de la población ha sido más que todo una estrategia de supervivencia. Sin embargo ha conllevado a transformaciones espaciales de gran magnitud y ha traído consecuencias devastadoras para el país mediante la despoblación del campo y los cambios en la tenencia de la tierra. Se estima que entre 1995 y 1999 fueron abandonadas cerca de 1'800.000 hectáreas pertenecientes a pequeños y medianos propietarios, a colonos, comunidades negras y poblaciones indígenas (Álape)⁶. Además el desplazamiento ha instaurado una cultura de desarraigo que ha fragmentado aún más al país y ha imposibilitado el desarrollo de un sentido de pertenencia territorial. Esto lo plantea muy claramente Jesús Martín Barbero: la desterritorialización es una desnacionalización.

⁵ La mayoría de las zonas codiciadas son zonas donde el estado no llega, y que por ende son propicias para el tráfico ilegal de armas y de droga.

⁶ Jorge Enrique Rojas calcula que entre 1996 y 1999 se abandonaron 3 millones de hectáreas.

Por otro lado, se ha efectuado un cambio en los patrones de desplazamiento, ya que en los últimos años ha aumentado el conflicto en áreas ocupadas por grupos étnicos, y por lo tanto han aumentado los índices de desplazamiento de las comunidades negras e indígenas. Se calcula que entre el 2000 y el 2001 el desplazamiento de grupos étnicos aumentó en un 80%, haciendo que en el 2002 el 11% de la población desplazada perteneciera a la raza negra y el 8% a la raza indígena (Ibáñez). Si a esto se le suma la “regionalización de la raza” en Colombia (Wade), que ha conllevado a la creación de regiones que tradicionalmente han sufrido la ignorancia del Estado y el aislamiento impuesto por este, se evidencia aún más que ignorar los efectos del desplazamiento implica también ignorar a las minorías étnicas y a los menos favorecidos.

Finalmente, la experiencia del desplazamiento forzoso es especialmente dura no sólo por las pérdidas que esta movilización ocasiona, sino por lo que le prosigue al desplazamiento. La mayoría de los desplazados son expulsados de zonas donde el Estado nunca los protegió para asentarse en nuevos espacios urbanos en los que el Estado tampoco llega, y donde no hay servicios públicos y el desempleo es rampante (Tirado Mejía). Estos cinturones de miseria donde se concentran los desplazados se convierten en otro tipo de escenario de guerra. Es por esto que el desplazamiento conlleva a una “reterritorialización de los espacio marginales” (Álape, 8). Con este proceso se marca una diferencia con el desplazamiento forzoso de los años cincuenta, ya que en esta segunda oleada, los desplazados ya no se sienten seguros en las ciudades.

El impacto es devastador. Justa o injustamente, en el imaginario colectivo los desplazados son percibidos como una fuente de criminalidad, invasión ilegal de tierras, extensión de suburbios desprovistos de servicios públicos, desempleo y economía informal. Como consecuencia de esta visión los desplazados no sólo son víctimas de la expulsión de sus tierras y de sus comunidades de origen, sino

de un grave rechazo social en los centros urbanos en donde buscan asiento. El desplazado es percibido como un criminal en potencia y discriminado. El doble impacto generado por el éxodo y el rechazo es la fuente de una profunda "cultura del desarraigo". Sin raíces, sin vínculos comunitarios, lejos de sus regiones de origen, el desplazado constituye uno de los problemas más graves de la sociedad colombiana a fines del milenio. (Pizarro Leogómez, 1999)

La gran cantidad de desplazados en medio de esta larga confrontación armada delata que el Estado no está cumpliendo su labor principal que es la protección de la población mediante el monopolio del uso legítimo de la fuerza (Rojas). Esto a la vez implica el debilitamiento del Estado dado que la violación de derechos humanos, políticos, y económicos de la población junto con la imposibilidad del Estado de proveer seguridad y de mantener el monopolio del uso legítimo de la fuerza, conlleva a una pérdida de credibilidad en el sistema político y económico, a una crisis de gobernabilidad y a un aumento en la impunidad (Giugale et al).

Con todo lo anteriormente expuesto, es claro que la lucha por el control territorial librada entre la guerrilla, los paramilitares, el narcotráfico y las fuerzas armadas, delata la limitada capacidad de intervención territorial por parte del Estado, y por lo tanto evidencia que el Estado no es el único productor dominante del espacio. En otras palabras, es claro que el Estado no ha logrado crear un "espacio dominante" (Lefebvre) propiciando así la creación de "espacios alternativos" (Lefebvre). Como se mencionó en la introducción, estos grupos armados han adquirido tanto dominio en parte por las características de la configuración espacial del país, ya que se han beneficiado de los vacíos del poder estatal que les ha permitido constituirse como la fuente legítima de autoridad en muchas zonas del país. La fragmentación espacial fue tan marcada que en 1998, en un reporte de la revista Time, se planteó lo siguiente:

Colombia runs the risk of dividing itself into three countries, following the geography of its mountains. The guerrillas prevail in the South, the government controls the central areas and the primary urban centers, and the paramilitary forces of the right, are very well rooted in the majority of the north (Time Magazine, Latin American Edition, Sept. 28, 1998)

La probabilidad de una fragmentación real del país fue casi inexistente, a pesar de que en ésta época se dio el segundo colapso parcial del Estado que igual que en los cincuentas se caracterizó por la pérdida del monopolio del uso de la fuerza, la multiplicación de actores armados, altos niveles de crimen, de impunidad, y falta de presencia del Estado en algunas áreas (Pizarro Leongómez). Sin embargo es indudable que el espacio nacional se transformó vertiginosamente tanto en el aspecto físico como social.

Sin embargo, si abordamos la problemática espacial colombiana reciente desde una perspectiva global, es claro que el tipo de producción del espacio no sólo no fue dominante por parte del Estado, sino que fue altamente dependiente (Santos). Para empezar, el narcotráfico es un producto de la globalización, el cual ha contribuido al fortalecimiento tanto de los grupos guerrilleros como de los paramilitares⁷. Por otro lado, el impacto del narcotráfico ha conllevado a que mediante las políticas de seguridad colombianas y norteamericanas se aborde el conflicto armado partiendo de la base de que el narcotráfico es su fuerza motriz, y por lo tanto se cree que al resolver este se puede acabar con aquel, lo cual es altamente cuestionable (Rodríguez). Además, la forma de atacar el problema del narcotráfico radica únicamente en el control de la oferta y no en la demanda, y por lo tanto los colombianos han sido los más afectados en la lucha

⁷ Para un informe detallado de los nexos de estos grupos con el narcotráfico ver: Gina Paola Rodríguez. "Elites conflicto y narcotráfico en Colombia".

antinarcóticos (siendo éste un ejemplo de una verticalidad que está al servicio de los actores hegemónicos (Santos)). Finalmente, mediante el apoyo financiero de miles de millones de dólares que Estados Unidos le ha dado a Colombia desde finales de los noventas para luchar contra el narcotráfico, las fuerzas armadas se han convertido en una fuente poderosa en el conflicto contribuyendo así a perpetuar la cultura del terror.

Con los ataques del 11 de septiembre se ha producido un giro en el discurso de las políticas de seguridad de Estados Unidos y Colombia en clave de lucha antiterrorista. La estrategia que combina política de seguridad y política antinarcóticos adelantada por Uribe, sigue esta perspectiva y profundiza lo emprendido en el gobierno Pastrana a través del Plan Colombia para fortalecer las fuerzas armadas y la policía y lanzar un ambicioso programa de fumigación aérea de las plantaciones de coca. Esto ha redundado en una explicación de la situación colombiana en términos de “una amenaza narco-terrorista contra un Estado democrático” [...] Si bien desde 1997, las FARC y el ELN figuran dentro del listado de organizaciones terroristas internacionales del Departamento de Estado norteamericano, y el 10 de septiembre de 2001 fueron incluidos los paramilitares, el nuevo enfoque de la política de seguridad simplifica peligrosamente las dimensiones de un conflicto de mas de cuarenta años y obstaculiza sus posibles salidas. (Rodríguez, 21)

El testimonio y la difusión de los “espacios del terror”

Lo interesante es que en medio este largo conflicto armado, el espacio colombiano se transformó de manera inadvertida para la mayoría de los colombianos, ya que gran parte del conflicto se dio en zonas tanto de carácter rural como urbano donde el Estado no llega, y acerca de las cuales no se tiene mucha información. Es diciente que las atrocidades cometidas por los paramilitares sólo se estén sacando a relucir desde el 2007, más de veinticinco años después de iniciadas sus prácticas de terror. La falta de información y la desinformación han sido definitivas. De ahí la importancia del testimonio como género, ya que cumplió la labor fundamental de insertar dentro del imaginario social estos espacios desarticulados, estos “espacios del terror”.

En Colombia se produce un auge del testimonio en los años ochentas y noventas, con la aparición de textos tales como *No nacimos pa' semilla* (1990) de Alonso Salazar y *La buja* (1994) de Germán Castro Caicedo. Alfredo Molano, Arturo Alápe, Alonso Salazar, Sandra Afanador entre otros, lograron que el género adquiriera mucha importancia. Sin embargo, escogí centrarme en este tipo de textos no por su popularidad, sino porque dentro del campo cultural éste fue uno de los primeros medios a través del cual se construyeron socialmente estos “espacios alternativos” (Lefebvre). Es decir, el testimonio fue en parte el que luego generó una explosión de novelas, cuentos, ensayos y películas acerca de las espacialidades construidas por el narcotráfico, la guerrilla y los paramilitares, y obviamente, su interconexión.

Otra razón que me impulsó a centrarme en testimonios es su misma esencia, ya que, al igual que los relatos de viaje y las novelas testimoniales, son un medio a través del cual se dan a conocer estos “espacios alternativos” (Harvey). Para entender esto, hay que partir de la base de que el testimonio es un género de denuncia que cobró fuerza desde los setentas y que surgió como respuesta a las condiciones políticas latinoamericanas, con miras a intervenir en lo social. Se caracteriza por el modo específico de su creación, ya que son textos basados en la voz del otro, es decir, son textos en los que un editor/transcriptor sirve como medio para difundir por escrito testimonios orales. Por eso, el prólogo o el epílogo sirven para dar información acerca de su modo específico de creación.

Sin querer entrar en debates acerca del grado de manipulación de estos testimonios o acerca del grado de diferenciación entre estos discursos y los ficcionales, y dejando también de lado los debates acerca de su canonización, considero que lo más

importante es que el testimonio como género se constituye como un medio para proveerle voz a los sectores que no la tienen, reinsertando sus voces dentro de la historia (Pujiula de Bronneke). Al incorporar las voces y al llenar los vacíos la historia oficial, también se están reinsertando los “espacios alternativos” (Lefebvre) dentro del imaginario social, contribuyendo así a “actualizar” el imaginario geográfico nacional.

Partiendo de la base de que gran parte de los “espacios alternativos” (Lefebvre) son “espacios del terror” tal y como se definieron estos en el capítulo pasado, es claro que no hay mejor medio para insertar estos espacios que las voces de la gente que los vivió, los sufrió, que presenció los paisajes de miedo, que tuvo que vivir las restricciones de la movilidad, que experimentó el cambio radical en el sentido de lugar, y las voces de estas, las personas que de manera forzosa sufrieron la desterritorialización y la consecuente reterritorialización. Las voces de los que estuvieron en medio de los peores escenarios de guerra, en los que la violencia y la civilización conviven, en los que la violencia se perpetúa a raíz de la violencia y a raíz de la construcción del otro como amenaza.

Con esto claro, podemos pasar a analizar *Desterrados crónicas de desarraigo* de Alfredo Molano y *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín* de Alonso Salazar. Siguiendo un poco la línea del segundo capítulo, escogí estos dos testimonios dado que me permiten estudiar las transformaciones espaciales tanto en el ámbito rural como en el urbano. Además, estos dos testimonios se centran en la problemática del desplazamiento, que se presenta de manera exacerbada en el texto de Molano ya que, como se mencionó en la introducción, ésta es una narración atravesada por el desplazamiento no sólo porque su contenido son historias de desplazamiento, sino

porque Molano viaja por el país para conocer esta realidad que sólo puede ser narrada desde el exilio.

Desterrados crónicas de desarraigo (2000) de Alfredo Molano

Para abordar este texto, primero voy a resaltar el compromiso de Alfredo Molano con el género testimonio, y voy a plantear en qué medida este no es un testimonio típico. Luego, analizaré la función de Alfredo Molano como compilador, enfocándome en el tipo de testimonios que selecciona. Finalmente me enfocaré en dos de los testimonios incluidos en el texto, abordándolos desde el punto de vista espacial, con el fin de resaltar que los dos testimonios insertan dentro del imaginario social las espacialidades suscitadas a partir de las múltiples violencias, y dan cuenta de los efectos devastadores del desplazamiento forzoso.

Alfredo Molano es un sociólogo y economista de izquierda, comprometido con su proyecto de dar a conocer la realidad de las minorías sociales. Sus labores más importantes son viajar y escuchar, ya que se dedica a recoger testimonios por todo el país. En el primer capítulo de *Desterrados crónicas de desarraigo*, Molano explica su predicción por este método de investigación y por esta forma de acercarse al pasado y presente del país:

Dejé de escribir informes técnicos y abolí la pretensión de entender nuestra realidad desde el escritorio. El rompimiento se produjo cuando a comienzos de los años ochentas me topé con una anciana que me contó su vida, que había sido una continua huida. A sus abuelos se los habían llevado las tropas liberales “en las guerras grandes del novecientos” [...] Su relato era tan apasionante, que los tratados de sociología y los libros de historia patria dejaron de tener el sentido que antes tenían para mí. Entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla. Y me di obsesivamente a la tarea de recorrer el país con cualquier pretexto, para romper la mirada académica y oficial sobre la historia. La gente me contó mil cuentos. En todos había y hay- un elemento en común: el desalojo por razones políticas, pero con fines económicos [...] Siempre las guerras

en Colombia se han pagado con tierras. Nuestra historia es la historia de un desplazamiento incesante, sólo a ratos interrumpido. (Molano, 2001, 14)

Por eso, todos los textos que ha publicado son en sus propias palabras: “creaciones colectivas”, son textos que se oponen a la abstracción, ya que para él: “La abstracción es, por definición, una negación de la realidad inmediata, y no una generalización de ella” (citado por Torres Duque, 15). Esto justifica su plan narrativo de reconstruir voces, historias individuales, y concuerda con su forma de concebir la historia:

La historia no es algo que ya pasó y, sobre todo, que ya les pasó a los hombres notables y célebres. Es mucho más. Es lo que le sucede al pueblo común y corriente todos los días, desde que se levanta lleno de ilusiones hasta que cae rendido en la noche sin esperanzas. No se necesitan documentos acartonados y descoloridos por el tiempo para convertir un hecho en hecho histórico; la historia no se refugia en las notarias ni en los juzgados, ni siquiera en los periódicos. La historia en una voz llena de timbre y de acentos de gente anónima. (Molano, 10, 1994)

Molano ha publicado más de una decena de textos, y en todos se resalta que la guerra y la violencia son componentes centrales tanto del pasado como del presente del país. La gran mayoría de estas obras se enfocan en el periodo que va desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente, y por lo tanto son textos que resaltan la continuidad entre las guerras actuales y las anteriores. Lo que permanece inalterado es el desplazamiento. Por eso, la mayoría de las voces que inserta Molano en la historia oficial son voces de personas que deambulan por Colombia, seres en continuo desplazamiento, con todo lo que esto implica: la cultura de desarraigo, la pérdida de las posesiones y del sentido de pertenencia territorial, la revaluación de una identidad, la cultura del miedo, entre otras.

Su posición abiertamente crítica frente a los paramilitares, lo conllevó a vivir en carne propia el fenómeno del destierro, ya que permaneció en el exilio durante cinco años. En *Desterrados, crónicas de desarraigo*, Molano transcribe los testimonios de siete desplazados por la violencia (o ‘desterrados’), sin embargo éste es un testimonio atípico en la medida en que el autor no pretende borrarse del todo para darle voz a otros sectores, sino que inserta su propia experiencia como desterrado en el primer capítulo, para luego darle voz a otros desterrados. Molano aclara que:

el drama de mi exilio, a pesar de sus dolores, es un pálido reflejo de la auténtica tragedia que viven a diario millones de colombianos desterrados, exiliados en su propio país. (Molano, 26)

El testimonio de Molano como “desterrado” tiene en común con el resto de los testimonios el hecho de haber sido víctima de la cultura del terror impuesta por los paramilitares. Por esta razón, el tipo de testimonios que selecciona Molano apunta no sólo a resaltar la problemática del desplazamiento forzoso y la reterritorialización de “espacios marginales” (Alápe), sino a destacar el impacto nocivo de los paramilitares, ya que los paramilitares se nos presentan como la mayor fuente de agresión y como los principales actores en la imposición del terror. En ese sentido no es un texto que busque dar una visión panorámica del efecto de las múltiples violencias.

Los siete testimonios que componen esta obra relatan las vidas de personas marcadas por el desplazamiento permanente y por el miedo. Nos muestran la forma en que los desplazados, muchas veces hijos de los desplazados de La Violencia, se ven obligados a crear pueblos mediante la colonización de terrenos de donde son expulsados nuevamente por la violencia, para finalmente asentarse, en la mayoría de los casos, en espacios urbanos igualmente hostiles. A pesar de que en los siete testimonios se insertan

“espacios del terror”, me voy a enfocar en dos específicamente: el de Ángela una niña originaria de Nechí, y el de Osiris, una campesina criada en la vereda de Palo Alto, ya que son los más interesantes para estudiar las transformaciones espaciales.

Tanto Ángela como Osiris dan su testimonio como desplazadas siguiendo un orden cronológico, es decir empiezan describiendo sus vidas en un espacio rural que antecede al desplazamiento. Enseguida dan cuenta de las transformaciones espaciales que suscitan el desplazamiento (lo cual en el caso de Osiris se repite), para finalmente describir el espacio de la re-territorialización. Mediante una retórica de contraste, entre el “antes” y el “después” del desplazamiento, no sólo dan cuenta de los efectos devastadores del desplazamiento, sino de la pérdida de la “territorialidad”. En este sentido, el objetivo de su confesión es el de denunciar un estado de violencia generalizada, principalmente mediante la descripción de “espacios del terror” y su producto: el desplazamiento forzoso.

El testimonio de Ángela es contado desde Bogotá, y por lo tanto está marcado por una retórica de comparación de su vida en Nechí frente a su vida en Bogotá. Su testimonio es sobrecogedor en la medida en que es en sí una visión inocente de la guerra, basada en lo que oye y en la forma en que la guerra cambió su vida cotidiana. Ángela, desde su perspectiva infantil nos presenta paisajes de miedo:

Cada rato íbamos al río, sobre todo por las tardes a fresquiar, hasta que mi papá nos prohibió volver porque comenzaron a bajar muertos flotando y no quería que nosotros los viéramos. Nunca vi ningún muerto en el río, pero sí oíamos a la gente decir que el río brotaba muertos. A mí me gustaba que el río brotara muertos porque entonces mi papá nos llevaba a unos caños claríticos donde se veían pescaditos de colores que cuando uno metía los pies, venían a morderle los dedos y nos hacían cosquillas. (Molano, 40)

Y con la “bajada de muertos flotando”, llegaban las restricciones de movilidad:

A las ocho todo el mundo se metía para las casas. La gente grande se quedaba hasta esa hora afuera, charlando con los vecinos, porque después la paramilitar pasaba en las motos y mataba a quien no se hubiera escondido. Daba temor ver esas calles solas y a la gente con miedo. Siempre que el río brotaba muertos, llegaba detrás la paramilitar. (Molano, 44)

Pero realmente todo se complicó un día en que ella estaba acompañando a su papá en la lancha y unos señores los llamaron para que los llevaran hasta la otra orilla. “Les hicimos el cruce porque, como dijo mi viejo, con gente de armas la cosa no es de favores sino de obligaciones” (41). Este breve episodio lo desencadenó todo, ya que resultaron ser guerrilleros y por eso los paramilitares los amenazaron. Empiezan entonces a ser testigos de las más atroces prácticas del terror llevadas a cabo por los paramilitares, con lo cual su sentido de lugar comienza a estar marcado por el miedo.

Mi mamá empezó a llorar y a decir, que nos iban a matar y entonces yo salí corriendo a contar mis pollos, que todos estuvieran completos, pero todos estaban muertos, ahogados entre la lata: los habían tapado demasiado bien para que las ratas no se los comieran. Mi papá los miró entre el tarro y le dijo a mi mamá que le estaba dando miedo que nos pasara lo mismo. El se mantenía ya asustado desde la noche que se fue la luz y que un muchacho joven apareció muerto en el centro del pueblo. Mi papá contó que le habían cortado la lengua con un cuchillo. Que le habían quitado pedacitos de los dedos, igualito que nosotros con las tortugas, pero consoló a mi mamá diciéndole que ese era el último muerto que podía dejar la paramilitar, porque la autoridad les había prohibido matar dentro del pueblo. (Molano, 45)

El sentido de terror conllevó a la desterritorialización. El papá de Ángela tuvo que irse del pueblo, como a muchos otros que “los habían hecho salir o los habían matado por ahí. Yo no quería estar sin mi papá; cuando él se fue, yo empecé a sentir hambre día y noche, y mis hermanitas y mi mamá también” (47). Al poco tiempo el resto de la familia se va para Bogotá. El proceso de reterritorialización se nos presenta como un cambio muy fuerte en los aspectos básicos: cambios en la comida, cambio de clima (“sentí que me echaban baldados de agua fría por la cabeza” (48)), no tener amigas, sentirse

discriminada (“no me han dado cupo en la escuela porque hay mucho niño y no les gustan los que vienen de afuera” (48)), pero lo que no cambia es el sentido aterrorizado de lugar y las restricciones de movilidad:

Los zapatos que tengo me aprietan y por eso ahora son de mi hermana. Lloro cuando me toca ponérmelos. En Nechí nunca lloré, solo cuando me caía y me raspaba, y eso casi no me pasaba. He llorado también del miedo que le tengo a los gamines, porque roban. En Nechí no hay gamines, y si alguien va a robar, los vecinos lo sacan a patadas. Aquí no es así. Los gamines andan con navajas, pican a la gente para quitarle la plata. Mi mamá no nos deja salir sino hasta la puerta” (Molano, 49)

Vivir con miedo, vivir encerrados, confinados en medio de estos “espacios del terror”. Ese parece ser el destino de los desplazados, el destino que los persigue donde quiera que vayan.

El testimonio de Osiris, también contado desde Bogotá, es el más largo y detallado de todos. La vida de Osiris, una campesina cuya familia había sido víctima de La Violencia, es la de una constante huída. Su primer contacto directo con el régimen del terror instaurado por las múltiples violencias, fue cuando tuvo que presenciar el asesinato de su esposo en su propia casa, tragedia que también presenciaron sus cuatro hijos. Osiris, de veinticinco años, y tres muertos encima (su esposo y dos hijos que habían muerto casi al nacer) decide irse a Apartadó a trabajar en las bananeras. Allí conoce a Milciades con quien vivió doce años y tuvo dos hijos más. En 1990, una hija se le desapareció sin saber nada acerca de las condiciones de su muerte, y al poco tiempo su hijo mayor fue asesinado por el ejército en una redada: “¿A quién reclamarle justicia si la misma ley es la que levanta muertos?” (Molano, 139). Para completar, Osiris terminó involucrada en la investigación de la muerte de su hijo. Ante esta situación, se vio forzada a abandonar Policarpa, siendo esta su segunda experiencia como desterrada:

Después de que murió Jaime y de que me desaparecieron a mi niña, se terminó todo para mí. Llevo la vida pero no la vivo. Me volví vieja en una madrugada, y madre de dos muertos asesinados [...] La gente del barrio se empezó a perder: se iban al trabajo y no regresaban a la casa. Aparecían dos o tres días después con moscas entre la boca. Cuando se decía: anoche vimos tanta gente con las caras tapadas, al otro día aparecían los muertos o desaparecían los vivos. Nadie tenía la certeza de amanecer. Fue cuando se oyó oír de los paracos⁸. (Molano,143)

Con el tiempo las masacres se empezaron a convertir en hechos cotidianos. Tras recibir la noticia de que los paramilitares estaban buscando a su hijo mayor, y de que su hija había tenido que vivir lo que ella vivió de joven, presenciar el asesinato de su esposo, opta por mandarlos a Bogotá. Se queda ella, cada vez más sola, conviviendo con su sentido aterrorizado de lugar.

Pero no; eran muertos por todos lados. Por aquí por allá; todos teníamos a quién llorar, todos podíamos contar cómo quedó el cadáver de fulano, a qué hora fue que lo mataron y, lo más duro, todos sabíamos quiénes eran los asesinos y a nadie le podíamos contar porque nadie era autoridad para castigar. Eso eran tiroteos a cada rato y casi todos al amanecer. La gente cerraba la puerta hasta que la quemazón se calmaba y salía a saber cuántos y quiénes eran los muertos. A veces empezaban los tiros a las cinco de la mañana, se calmaban cuando salía el sol y otra vez por la tarde o por la noche volvían a comenzar. Se oía una quemadera tan tremenda que uno pensaba que estaban acabando con el mundo, aunque eran más los tiros que los muertos, pero eso sí bien matados (Molano, 146)

Luego, tras haber sido boleteada dos veces, es decir tras haber recibido dos boletas de amenaza (“les damos tantas horas para que salgan de la región” (148)), no le queda más salida que huir, pero esta vez de manera definitiva. Este proceso de desterritorialización se nos presenta no sólo como la separación y el abandono de todos sus bienes, sino como la pérdida de una parte de sí misma.

La última vez que estuve en Apartadó me partió la tristeza. Me dio muy duro saber que de verdad dejaba mi casa, que no iba a volver y que todo el trabajo de mi vida se iba a perder. A esa casa le metí platica y también mi trabajo material: que había

⁸ Los paracos son los paramilitares.

que echar cemento, en eso estaba yo; que había que pintar y cargar bloque, ahí estaba esta negra [...] Yo sí salí sabiendo que nunca iba volver. Esa última vez miré, miré bien las paredes, toqué con estas manos el piso, consentí mis matas. Pasé por todos los cuartos y me senté en todas las camas [...] todo quería metérmelo en la cabeza, como queriendo cargármelo de alguna forma. Me paré frente al espejo y me miré un buen rato.

-¡Adiós Osiris!- me despedí a mí misma, y de una vez dejé allá encerrada la esperanza. (Molano, 157)

Esta experiencia dolorosa es seguida por otra aún más dura: la reterritorialización, que se nos muestra como una experiencia compleja, no sólo por los cambios en sí mismos, que implicaron, en este caso, tener que vivir con otras tres familias, es decir quince adultos y dos niños en un solo cuarto de cinco metros por dos, sino por la discriminación. Al final, Osiris ya cansada dice: “Yo no corro más! Pase lo que pase, ya no puedo más” (159).

En los dos testimonios se construyen discursivamente “espacios del terror” marcados por la ritualización de la muerte, el terror y el odio, en los que no hay cabida para estrategias de resistencia, la única salida es el desplazamiento forzoso, que parece perseguirlos a donde quiera que vayan. Los dos testimonios son valiosos porque insertan dentro del imaginario social estos espacios que se crean a partir de las múltiples violencias, espacios marcados por las más macabras prácticas del terror, pero desconocidos para la mayoría. Son textos que amplían el imaginario geográfico nacional, insertando estos “espacios alternativos” (Lefebvre).

No nacimos pa' semilla (1990) de Alonso Salazar

Ahora bien, hasta el momento hemos abordado el efecto de las violencias más que todo en el ámbito rural, que de cierta manera resulta ser un fenómeno con unas características muy específicas, muy propias del país. Sin embargo, estas violencias conllevaron a que se gestara una violencia urbana, también con unos rasgos particulares,

pero a la vez, comparable a la situación de violencia que se viene experimentando desde hace algunas décadas en las ciudades latinoamericanas. En la introducción de *Citizens of fear. Urban violence in Latin America* editado por Susana Rotker, Jorge Balán plantea que las ciudades latinoamericanas se caracterizan por el desempleo, la concentración urbana, la deficiencia de las vías de comunicación, y en general por la marcada violencia urbana. Por eso, plantea que sus ciudadanos son “ciudadanos del miedo” (citizens of fear), basándose en la idea de la “cultura de miedo” que se utilizó para referirse a los regímenes autoritarios del cono sur. En este mismo texto, Susana Rotker plantea que en América Latina: “uno de cada tres ciudadanos ha sido directa o indirectamente afectado por la violencia” (8).

En el caso colombiano, la violencia urbana llegó acompañada de un fenómeno muy específico: el sicariato, que es en palabras de Alonso Salazar:

un fenómeno sorprendente: jóvenes dispuestos a morir, al estilo de los fundamentalistas islámicos [...] con la diferencia sustancial de que estos suicidas no obran movidos por un ideal político, ideológico o religioso evidente. Ellos no sólo están dispuestos a morir en acciones espectaculares sino que viven una cotidianidad cargada de muerte. Cuando un joven se vincula a la estructura del sicariato sabe que su vida será corta. Muchos de ellos dan, con anticipación, las instrucciones para su entierro. En realidad le temen más a la cárcel que a la muerte [...]

Medellín es una ciudad en guerra. Así lo dicen las crecientes estadísticas de la muerte. Una violencia desproporcionada recorre día y noche sus calles. Los crímenes más publicitados son los relacionados con la violencia política y la guerra de los carteles. Pero estos hechos, que tienen gran connotación social y política, son estadísticamente poco significativos al lado de la violencia cotidiana. (Salazar, 148-149)

Sin embargo, a pesar de que el sicariato es el resultado de las violencias pasadas y en especial, es un subproducto del fenómeno del narcotráfico, la “violencia cotidiana” que se vive ya no es una violencia con características particulares como lo fue La Violencia, o la lucha ente guerrilleros y paramilitares. Esta es una violencia que, como

muy acertadamente lo dice Erna von de Walde: “no se produce únicamente en Colombia, aunque encuentra allí un territorio propicio” (1990, 5). Es una violencia que, en últimas, responde a la fragilidad de las democracias latinoamericanas.

El fenómeno de la violencia urbana en general, y del impacto del narcotráfico ha sido uno de los temas que más se ha trabajado en la novelística colombiana reciente. Lo interesante es que hay un marcado énfasis en el impacto del narcotráfico en el entorno urbano, dejando de lado el entorno rural (Rueda). Entre las novelas más reconocidas están *La virgen de los sicarios* (2000) de Fernando Vallejo, *Rosario Tijeras* (2005) de Jorge Franco, y varias de las novelas de Laura Restrepo. Sin embargo los antecedentes más importantes de todas estas son la película *Rodrigo D. No futuro* (1989) de Victor Gaviria y *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín* (1990), de Alonso Salazar, que fueron las primeras en dar a conocer el fenómeno del sicariato, que, en palabras de Alonso Salazar, fue: “un fenómeno que creció sin que la sociedad y el Estado se dieran por enterados” (Salazar, 16).

No nacimos pa' semilla es, como se mencionó en la introducción, un testimonio editado por Alonso Salazar, un periodista y gran conocedor de la ciudad de Medellín y del fenómeno del narcotráfico. Salazar le da voz a los sicarios, las madres de los sicarios, los encapuchados, los intermediarios y los sacerdotes para entender a fondo el fenómeno de las bandas juveniles. Con sus voces se insertan estos espacios urbanos del terror, con los que se construye una ciudad quebrada, con grandes espacios donde el Estado no llega, donde la ilegalidad es la norma y donde las lógicas espaciales son distintas. Con esto vemos que fragmentación del país se traspone en una ciudad igualmente fragmentada.

Mostrándonos las periferias de Medellín, esas laderas montañosas donde la muerte se trivializa a diario, donde la única ley que se cumple es, al decir del cineasta colombiano Víctor Gaviria, la ley de la gravedad, Salazar termina trazando un tenebroso pero real croquis de la nueva ciudad latinoamericana (Montoya, 82).

La ciudad que se nos presenta en el texto es al igual que en *El día del odio*, una ciudad parcial, en la medida en que sólo aparecen los espacios marginales o “espacios de la diferencia” (Harvey): las comunas o zonas de invasión, la cárcel, el hospital, los bares, los centros de rehabilitación y demás “espacios del terror”, pero con una gran diferencia, en este caso los espacios marginales ya no son espacios aislados. Sin embargo, la integración no se debe a la presencia estatal, sino a la modernización, y por lo tanto se trata de una integración al resto del mundo más que de una integración nacional. Estos son espacios en los que, a raíz del desarrollo de los medios de comunicación, se siente la globalización y se vive el consumismo. Por lo tanto, la ciudad sigue siendo una ciudad fragmentada, y en este caso específicamente, la fragmentación espacial es clarísima, pues como lo dice Salazar: “En Medellín el nivel de ingresos es inversamente proporcional a la altura del barrio. Mientras más alto se viva mayor hacinamiento, menos calidad de vivienda y menos servicios sociales.” (Salazar, 150). En las comunas, es decir en esa “otra” ciudad, el principal productor del espacio no es el Estado, pues estas crecieron al margen del control estatal.

Es la lógica de la cultura del lucro, la misma del modelo de desarrollo vigente. Y el producto es una ciudad parcelada y diseminada. No hay ciudad sino ciudades: la del norte y la del sur, la del valle y la de las laderas (Salazar, 154)

Este texto está dividido en siete de capítulos, en el primero “Somos los reyes del mundo”, se nos presenta el fenómeno del sicariato a través del testimonio de Antonio y

de su madre Azucena. En el segundo, “Un círculo vicioso” se plantea el fenómeno de las autodefensas que se crearon para combatir el sicariato, presentándose con esto nuevamente el círculo vicioso de la violencia a raíz de la violencia. Este fenómeno se nos da a conocer directamente a través de las voces de dos encapuchados: Don Rafael y Ángel. En el tercero, “El crucero”, entramos en el mundo de los intermediarios, es decir los mediadores entre los que matan y los que mandan matar. En “La universidad del mal”, se nos presenta el mundo de la cárcel de Bellavista, en donde conviven sicarios, encapuchados, intermediarios entre otros delincuentes, principalmente a través de la voz de Mario, un recluso. El Padre Jorge Galeano da su testimonio, en “Una palabra en medio de la muerte”, mediante el cual se aborda el tema de la religiosidad, y se presenta la problemática del sicariato desde una perspectiva más amplia. En “La vida no es una película”, entramos en el mundo de las milicias mediante el testimonio de Níver. Finalmente el último capítulo, “La resurrección de Desquite”, es un ensayo formal escrito por el autor, en el que se hace un análisis muy bien fundamentado acerca del fenómeno de las bandas juveniles, basándose no sólo en informes del gobierno, artículos de prensa, artículos publicados en revistas culturales y de corte sociológico, entrevistas, y ponencias, sino citando de manera formal fragmentos de los testimonios que componen este texto. Lo interesante es que el gesto de citar estos testimonios de manera exacta, y entre comillas, suplanta o hace innecesaria cualquier aclaración en cuanto a la fidelidad de lo escrito frente a lo escuchado.

Salazar da comienzo a su ensayo “La resurrección de Desquite”, con una reflexión acerca de la continuidad entre la Violencia y las violencias actuales, y lo hace retomando el único epígrafe del texto, que es un fragmento de una poesía de Gonzalo

Arango acerca de la muerte de Desquite, un bandolero liberal de la época de la Violencia:

Salazar plantea lo siguiente:

Desquite sigue muriendo y resucitando. Su alma vaga errante en este país que no ha encontrado paz ni para sus muertos. La violencia no es la misma de su tiempo, pero es su continuidad. Sus caminos ya no son las montañas sino las calles de la gran ciudad. Ni antes ni ahora Desquite ha sido dueño de su destino. La muerte es aún su obsesión pero sus víctimas ya no son sus enemigos. Es otro su ideal (Salazar, 147)

Salazar luego se concentra en el tema de la violencia urbana en Medellín, y plantea que lo más significativo es la existencia de bandas juveniles, que es un fenómeno que ya para 1990 contaba con ciento veinte bandas de sicarios, equivalentes a alrededor de tres mil jóvenes (Salazar, 149). Esto tuvo como consecuencia el descenso de la edad promedio de las personas fallecidas (en 1989 el 70% el promedio de edad de las personas fallecidas violentamente oscilaba entre 14 y 20 años de edad).

El centro de reflexión del ensayo es a mi juicio, el aparte acerca de la cultura sincrética, en la que Salazar se pregunta si: “¿Son estos jóvenes expresión de una nueva cultura, una cultura de la muerte?” (153), o si esta es una cultura enraizada en tradiciones culturales existentes. La hipótesis que plantea Salazar es que la cultura del sicariato es fruto de una conjunción ya que presenta muchos rasgos de la cultura paisa, pero a la vez sí se presenta un rasgo nuevo que es la incorporación de la muerte como algo cotidiano.

La cultura paisa, hace referencia a tres aspectos fundamentales: al afán de lucro o deseo de poseer bienes materiales, el sentido peculiar de la religiosidad, y el espíritu de retaliación (155). El afán de lucro, en la cultura del sicariato, se presenta como el gran móvil, como la fuerza motriz. El materialismo es el que lo desencadena todo, y no es un fin en sí mismo, sino que es, como lo menciona Salazar, para mostrarlo. La mentalidad

que subyace es que por unos tenis Nike, mato o “parto” al que sea⁹. El sentido religioso es ambiguo, los sicarios le rezan a la Virgen para que les de puntería para matar a alguien, es una religiosidad centrada en la Virgen lo cual además es coherente con la veneración por la figura materna (“La madre es lo más sagrado que hay, madre no hay sino una, papá puede ser cualquier hijueputa” (157)). Finalmente, el espíritu de retaliación es ese deseo de venganza, que como se verá más adelante, es un aspecto central de los “espacios del terror” urbanos, ya que es la razón por la cual la violencia no cesa, pues la violencia es la que produce violencia.

Por otro lado, Salazar plantea que estas bandas sí han incorporado la muerte como hecho rutinario, lo cual se hace evidente en las expresiones que ellos usan: “No nacimos pa’ semilla”, “Pa morir nacimos” “La maleta está lista”, “estamos viviendo las extras” (160). Este lenguaje particular, al que algunos denominan parlache, es un dialecto o una manera de hablar que se originó en las zonas marginales de Medellín a partir del auge del narcotráfico. La mayoría de las palabras están relacionadas con la violencia, la muerte, las armas. Acostar, bajar, partir, pasar al papayo, quebrar, quiñar, tirar al piso, tronar o voliar fruta (disparar), fabricar un muñeco son todas distintas formas de referirse al acto de matar. Pero el lenguaje también está, como lo menciona Salazar, cargado de imágenes visuales: “vivir a lo película”, “tomar fotografías” (158). Es tan particular el lenguaje, que al final del texto Salazar incluye un glosario.

⁹ Este aparte del testimonio del Padre Galeano es ilustrativo:

“Es difícil juzgar, porque sus condiciones de vida son precarias. Esta es una comunidad pobre. Los jóvenes se desesperan y por eso caen en la delincuencia. Además, los medios de comunicación los sugestionan todos los días para que compren ropa de marca y para tener billete y una moto y un carro. Ese es el prototipo que han creado la publicidad y los jefes de la mafia [...] Son pelados que se mantienen viviendo la fantasía de tener y tener. Actúan maquinalmente”. (118)

Esto es coherente con lo que Jesús Martín Barbero plantea en “Dinámicas urbanas de la cultura”:

Hablar de cultura urbana en este fin de siglo significa en América Latina un hecho paradójico y escandaloso. Significa que las mayorías latinoamericanas se están incorporando a la modernidad sin haber atravesado por un proceso de modernización socioeconómica, sin dejar sus culturas orales. Escándalo! Se están incorporando a la modernidad no a través del proyecto ilustrado sino a través de otros proyectos en que están "aliadas" las masas urbanas y las industrias culturales. Urbano significa hoy, para las mayorías, este acceso, esta transformación de las culturas populares no sólo incorporándose a la modernidad sino incorporándola a su mundo. Como en el caso de la música brasileña, ello se produce de la mano de las industrias culturales audiovisuales. Según una propuesta de Walter Ong, un estudioso norteamericano, podríamos hablar de que las masas urbanas latinoamericanas están elaborando una "oralidad secundaria": una oralidad gramaticalizada no por la sintaxis del libro, de la escritura, sino por la sintaxis audiovisual que se inició con el cine y ha seguido con la televisión y, hoy, con el video-clip, los nintendo y las maquinatas de juego. (Martín Barbero, 43)

A través de los testimonios que componen este texto, podemos ver que la violencia urbana, también está marcada por una lucha por el control territorial. El sentido de territorialidad es fundamental para las bandas juveniles. Esto se evidencia desde el primer testimonio, el de Antonio, quien plantea, con respecto a su banda de sicarios, que: “El territorio que dominamos va desde el terminal de autobús hasta el colegio. Los habitantes que no tocan con nosotros no tienen problema, pero los que se las tiran de bravos, o desocupan o mueren” (25). Similarmente, en la lucha por el control territorial el Estado parece tener poco poder, esto se da por un lado por las condiciones topográficas, en la medida en que estos barrios de invasión son literalmente una invasión de montañas de difícil acceso. Antonio lo plantea claramente: “Con los policías también guerreamos, pero con ellos la cosa es más fácil porque suben cagados del miedo, y uno conoce su terreno” (37). Por otro lado, estos son espacios donde el Estado rara vez llega,

lo cual ha facilitado que surjan otros tipos de autoridad. Sin embargo, esto ha gestado una lucha por el control territorial entre las bandas que, en la mayoría de los casos, se da por fuera o al margen del control estatal.

Esto ha conllevado a la ritualización de la muerte. Antonio, por ejemplo, describe su ocupación de la siguiente manera: “Al fin de cuentas, la muerte es el negocio, porque hacemos otros trabajos, pero lo principal es matar por encargo” (Salazar, 25). Los sicarios son niños que se convirtieron en máquinas de matar de la noche a la mañana, en gran medida motivados por la cultura del consumismo, y por lo tanto saben que su vida efímera.

Para ese oficio nos busca gente de todas partes. Personas de la cárcel Bellavista, de El Poblado, de Itaugui, que se quieren banderear y nos contratan pa'cazar culebras. Yo analizo que el cliente sea serio, bien con el pago. Cobramos dependiendo de la persona que toque convertir en muñeco; si es un duro se pide por lo alto. Es que uno está arriesgando la vida, la libertad y el fierro. Aquí en la ciudad lo menos es medio millón, pero para salir de la ciudad a darle a un pesado cobramos por ahí tres millones.

No nos importa a quién hay que acostar. El que sea, yo no soy devoto de ninguna clase. Pongo a manejar la moto y, si toca, yo mismo les casco. A veces uno se entera quien era la pinta por las noticias. Pero frescos, lo importante es que ya trajimos lo de nosotros. (Salazar, 26)

Con la difusión de su “cultura de la muerte” en los barrios marginales, los paisajes de miedo se convirtieron en la norma, trayendo consigo las restricciones en la movilidad.

Así lo plantea don Rafael, uno de los líderes de las autodefensas o encapuchados:

En 1986 y 1987 las bandas controlaban todo el barrio. La vida cambió completamente, todo el mundo se encerraba en las casas a las seis de la tarde. Entre las bandas, por enredos de negocios, por venganzas o disputándose el territorio, empezaron a matarse. Uno encerrado en la casa escuchaba las batallas. Al otro día, las noticias de los muertos, que por la iglesia, que por Andalucía, que por el colegio. Cinco o hasta diez muertos por noche (Salazar, 60)

La transformación del barrio, el sentido aterrorizado de lugar, junto con la ausencia de Estado, fue lo que suscitó la conformación de las autodefensas. En casi todos los testimonios se advierte que el Estado no está presente, es decir que no hay autoridad, o que está presente pero no para solucionar los problemas. En palabras de don Rafael: “Padre, usted sabe que con la autoridad hemos hablado muchas veces y de nada ha servido y estos muchachos van a acabar con nosotros si no nos defendemos” (47). El Estado aparece en los testimonios como “la ley” que en la mayoría de los casos está marcada por la corrupción y la alianza con algunas de las bandas. Alonso Salazar lo plantea de una manera muy sencilla: “no hay confianza en la capacidad reguladora de las autoridades” (151). Ángel, un exguerrillero convertido en autodefensa, lo corrobora:

Es que nosotros no escogimos este camino porque nos gustara. La realidad nos empujó a hacer cosas tan azarosas. ¿A quién le va a gustar matar a sus propia gente, los pelados que crecieron con uno, con los que jugaba, ver sufrir a las señoras que lloran a sus hijos? Eso no le gusta a nadie. Pero ¿qué otro camino quedaba si nos tenían acorralados, si nos atracaban, nos mataban, si estaban hasta violando a las peladas?, si recurrimos a la ley esperando soluciones y, por el contrario, veíamos que los policías se aliaban con los delincuentes, ¿qué podíamos hacer? Mucha gente dejó sus casas abandonadas porque no las podían alquilar ni vender, nadie quería vivir por aquí. Se marcharon a pasar hambre y necesidades a otras partes. Pero si todo lo que hay aquí nos ha costado trabajo y esfuerzo, uno no se puede ir corriendo para empezar de nuevo a estas alturas de la vida. (Salazar, 58)

Sin embargo los encapuchados, con su campaña de “limpiar la ciudad”, dan inicio a un ciclo de violencia a raíz de la violencia que conllevó a que la “ritualización del terror” (Taussig) llegara a unos límites inimaginables. Esto se dio en gran parte por la construcción del otro mediada por el odio y el anteriormente mencionado “espíritu de retaliación”. Las palabras de Ángel hablan por sí solas:

Cuando me pongo una capucha es como si asumiera otra personalidad. Dejo de ser el que soy, sólo pienso en el terror, en sembrarle miedo al enemigo. Camino por la calle y veo cómo las personas corren, cómo se cierran las ventanas, se corren las cortinas, y cómo hasta los borrachos se les quita la rasca. Todos se asustan, hasta los más valientes y los más malos. Sólo quedan los ojos secretos mirando por las rendijas para ver hacia donde vamos. Nos ven como unos demonios salidos de otro mundo. Caminando por la calle con las capuchas se ven las caras de terror de la humanidad (Salazar, 58)

Nuevamente se repite lo que se vivió en el caso de La Violencia con la creación de las guerrillas liberales, o en el caso de las violencias con la creación de los paramilitares, en los que la violencia creada para erradicar la violencia terminó siendo igual o peor que la violencia original. Nuevamente los que combaten la violencia terminan haciendo uso de las mismas tácticas del terror que sus agresores. Ángel lo acepta abiertamente:

Hay cosas que se nos han salido de las manos. Hay pelados de la autodefensa que se han vuelto prácticamente sicarios. Es que cuando una persona lleva más de veinte muertos encima ya nadie lo puede mirar feo. Son felices matando ladrones, son como psicópatas. Había uno, que ahora está muerto, que decía que necesitaba la cuota semanal de un muerto. Ese pelado quedó traumatizado por el daño que una banda le hizo a su familia. Un domingo cuando estaban reunidos viendo televisión, cuatro cochinos, armados con pistolas y changones, se le metieron a la casa. Él alcanzó a subirse a la terraza y se encaletó. De allá le tocó ver cómo esos manes amarraron a los cuchos, le violaron a la hermana, una sardina de dieciséis años. Después se alzaron con el televisor, el equipo de sonido y la licuadora. Este pelado juró que se iba a vengar, por eso se metió a la autodefensa (65)

En este esquema también entran a jugar un papel los intermediarios, que como se mencionó son los que manejan la relación entre el que paga por matar y el que mata. En muchos casos, el narcotráfico es el “usuario” más importante de estos servicios, aunque Salazar plantea que existen otras “empresas de muerte” que hacen uso de estos jóvenes asesinos. En el texto se explora la relación ente los sicarios, las autodefensas, los

intermediarios y la policía en la “Universidad del mal”, el capítulo centrado en la cárcel de Bellavista.

Como es claro, a través de una variada gama de testimonios, se nos presenta el fenómeno de las bandas juveniles desde distintas perspectivas. Sin embargo, la violencia urbana desencadenada por este fenómeno no es algo nuevo, todo lo contrario, es como si a historia se repitiera, y los grandes sacrificados siempre fueran los desplazados. La vida de Doña Azucena, la mamá de Antonio es un claro ejemplo de esto:

Después se organizó en Urrao la guerrilla liberal, la del Capitán Franco. A nosotros nos tocó una época bárbara. Recuerdo que encontrábamos en los caminos cadáveres destrozados, cosas que nunca se olvidan.

Unos años después, siendo ya jovencita, viajamos a Chigorodó, en Urabá, una tierra que pintaban como prometedora. Abrimos una finca en una vereda, como a dos horas del pueblo. Derrotar esa selva fue difícil, pero al final sembramos plátano y maíz. Pero el costo que pagamos fue alto: estando allá murió mi mamá, que se llamaba María. La mató el clima [...].

Cuando ya sacábamos los primeros beneficios de esa tierra, empezó una violencia tremenda, no entre liberales y conservadores, sino entre la misma gente, que se mataba por cualquier cosa. En la fonda, donde nos reuníamos los fines de semana a conversar y a tomar aguardiente, se hicieron frecuentes las macheteras. Esos hombres borrachos terminaban matándose por cualquier bobada [...] Ante las amenazas, decidimos vender la mejora y venirnos para Medellín.

Llegamos al barrio popular. Armamos un rancho en estas lomas, cuando todavía eran baldíos. Pero no se demoró mucho el tiempo en que todo esto estuvo lleno de casuchas, de desterrados de todos los rincones, huyéndole a la violencia (Salazar, 29)

No nacimos pa' semilla, fue un texto que indudablemente reveló, tanto al país como al resto del mundo, el fenómeno del sicariato que venía gestándose de manera silenciosa en las comunas de Medellín. Al hacerlo, ensanchó los imaginarios geográficos creando conciencia de estos espacios urbanos del terror. Espacios que surgieron a raíz de la globalización, no sólo por la cultura del consumismo sino por la demanda de estos servicios en gran medida originada en el fenómeno del narcotráfico.

Mediante el análisis de *Desterrados crónicas de desarraigo* y de *No nacimos pa' semilla* se resaltó que el testimonio es género que al insertar las voces de los marginados, inserta las nuevas espacialidades, tanto rurales como urbanas gestadas a raíz de la guerra. Se vislumbró que las nuevas violencias no son tan “nuevas”, sino que son más bien una continuación de La Violencia, y que la violencia urbana ya no es un fenómeno netamente colombiano, sino que es un fenómeno latinoamericano, pues los desplazados colombianos son igualmente “ciudadanos del miedo” como gran parte de los ciudadanos en el resto de América Latina.

En este capítulo se abordó el periodo que va desde los años setenta hasta el presente con énfasis en el impacto de las violencias en las transformaciones espaciales, y en el papel del testimonio como género en la difusión de los “espacios del terror”. Sin embargo las violencias no fueron la única fuente de transformación espacial en este periodo. La constitución de 1991 conllevó a cambios fundamentales en la organización espacial del país. Por eso, a continuación estudiaré las implicaciones de esta nueva legislación que inevitablemente nos llevará a retomar las reflexiones planteadas en el primer capítulo en torno a la forma en que se construyó el espacio nacional en el siglo XIX.

Conclusión- “(Des)integración y globalización”

A diferencia de casi la totalidad del territorio colombiano, el Pacífico se había mantenido al margen de la escalada militar, de la economía del terror y de la violencia como mecanismo privilegiado de resolución de conflictos. No era gratuito, por tanto, que el Pacífico fuera considerado por aquel entonces como un verdadero un ‘remanso de paz’ (Arocha 1993). Desde el río Atrato, en el extremo norte, hasta Tumaco en la frontera con el Ecuador, el Pacífico colombiano es hoy un febril escenario de guerra. En términos generales, las dinámicas de la disputa militar por el control sobre la región se han intensificado afectando sustantivamente las condiciones en las cuales se desarrollaba la vida de las poblaciones locales y desde las cuales se habían articulado el movimiento organizativo de reivindicación cultural y territorial. De ahí que la región ha pasado en unos cuantos años del ‘remanso de paz’ a la pesadilla de la guerra. (Restrepo, Eduardo, 5)

Los artistas colombianos al retomar los viajeros del siglo XIX para pensar en la violencia colombiana reciente, se unieron a una amplia reflexión crítica acerca de la forma en que se construyó la nación. En el caso latinoamericano, como se mencionó en la introducción, las naciones fueron construidas como extensión de Europa, en gran medida mediante narrativas de diferenciación, marcadas por el imaginario civilizador, que construyeron a los indígenas y a los negros como seres inferiores que debían ser civilizados y cristianizados (Mignolo 2000). En el caso colombiano concretamente, se

promovió un proyecto de nación mestiza, mediante el cual esta nación heterogénea se construyó como una nación unitaria (Castillo). Así, se produjo un régimen de representación excluyente, en el que los sectores sociales marcados por la diferencia racial no fueron incluidos, ya que su inclusión quedó supeditada al mestizaje.

Este tipo de proyecto de nación excluyente se ha venido revaluando en muchos países latinoamericanos, mediante nuevas constituciones políticas, en parte a raíz de la importancia que han adquirido la etnicidad y el territorio (Castillo). En el caso colombiano, este cambio se cristalizó mediante la Constitución de 1991, que acepta el carácter pluriétnico y multicultural del país. Los movimientos sociales, tanto de los afrocolombianos como de los indígenas, fueron fundamentales para poder lograr esta transformación que ha contribuido a reevaluar el modelo de nación culturalmente unitaria (Castillo).

La constitución de 1991, ha sido agente de profundas transformaciones espaciales, ya que reconoce que las minorías son grupos étnicos con derechos culturales y territoriales propios (Oslender). Específicamente esto se concretó mediante la ley 70 de 1993, que no solo reconoce la existencia de un grupo étnico de descendencia africana y portador de una cultura propia, sino que acepta su ocupación colectiva del territorio, que es definido como asentamiento histórico y ancestral de estas comunidades (Wade). El impacto de esta nueva legislación no tiene precedentes: desde su instauración se han titularizado como territorios indígenas y de comunidades negras más de una cuarta parte del territorio nacional (Castillo).

En poco más de una década, entre 1991 y el 2002, los afrocolombianos o afrodescendientes llevaron a cabo una tarea social de dimensiones colosales y de la cual no es plenamente consciente el país nacional,

incluida la academia y, por extensión, tampoco la comunidad internacional. Dicha tarea se puede resumir en que se trata de una portentosa ‘reforma agraria, étnica y social’ en el Pacífico, en la medida que se legitimó con la Ley 70 de 1993 su control sobre los territorios ancestrales, lo que al tiempo entraña un profundo sentido de ingeniería e imaginación social para construir un territorio propio, que sirve de soporte simbólico y material a su identidad étnica. (Almario 2004: 99, Citado por Restrepo, Eduardo, 6).

La gran importancia de este cambio espacial no sólo radica en la ocupación colectiva de los territorios, sino en el hecho de que se acepte que la forma de concebir el territorio y la territorialidad es diferente para el grupo étnico de los afro-colombianos (Escobar). La idea que subyace detrás de esto es que no sólo el sostenimiento de la diversidad cultural está atada al territorio, sino que las diversas culturas tienen una forma diferente de relacionarse con el territorio, y por lo tanto el territorio debe ser reconocido en su dimensión cultural (Escobar). En este sentido, el concepto de “lugar” ha sido fundamental, ya que, entre otras, hace referencia al aspecto subjetivo derivado de vivir en un lugar, incluidas la forma en que la población se relaciona con el lugar y los sentimientos y experiencias derivados de este (Agnew).

Sabemos los antropólogos, por supuesto, que ni siquiera la globalización está borrando de la faz de la tierra las especificidades del lugar. Éstas se reconvierten, resisten o recombinan con otros elementos llegando a producir una gama de configuraciones impresionante. Con esto no quiero minimizar el impacto de la globalización y del capitalismo salvaje que hoy impera, sino subrayar la importancia de plantearse la defensa del lugar como proyecto teórico, político y ecológico. En su énfasis en la defensa del ‘territorio’, por ejemplo muchos movimientos sociales se plantean una defensa del lugar como espacio de prácticas culturales, económicas y ecológicas de alteridad a partir de las cuales se puede derivar estrategias alternativas de desarrollo y sostenibilidad. (Escobar, 29).

El caso concreto de las transformaciones espaciales suscitadas en la región del Pacífico colombiano amerita un estudio detallado, ya que como lo dice Eduardo

Restrepo, esta zona pasó de ser un remanso de paz, a convertirse en un gran escenario de guerra. La región del Pacífico es un área de aproximadamente diez mil hectáreas, en la que casi el 80% es bosque tropical húmedo (Oslender). Está habitada en su mayoría por afro-colombianos, ya que de una población de 900,000, la cifra de afro-colombianos asciende a 800,000, y la de indígenas a 50,000 (Escobar). Con la nueva legislación, el 50% de la región se titularizó colectivamente a nombre de las comunidades negras.

Al poco tiempo de haberse efectuado la apropiación territorial, que tenía como objetivo crear una zona de resistencia frente a la modernidad y la globalización, esta región se integra dramáticamente al país y al resto del mundo mediante la guerra. El influjo del narcotráfico, junto con la llegada de los paramilitares, los guerrilleros y las fuerzas armadas, transformaron rápidamente la vida de los grupos étnicos. Con esto, se dio inicio a una lucha por el control territorial, con características similares a la del resto del país.

En el contexto del Pacífico nariñense, [...] diferentes actores armados de extrema derecha e izquierda, imbricados de disímiles formas con la producción y comercialización de narcóticos, se empezaron a disputar a sangre y fuego uno a uno los ríos, playas, poblados y bosques de toda la región. Todo esto ha ocurrido con una celeridad inusitada, transformando radicalmente la región del Pacífico sur en unos cuantos años e impactando de múltiples maneras a los pobladores locales y sus dinámicas organizativas. (Restrepo, Eduardo 4)

Con la llegada de los grupos armados, llegó también el terror ya que los grupos contrainsurgentes aparecieron de manera abrupta marcando su llegada mediante prácticas de terror. En el caso del Pacífico nariñense por ejemplo, la llegada de los paramilitares fue anunciada mediante graffitis tales como “ya estamos aquí” o “llegamos a poner el orden”, seguidos por campañas de limpieza (Restrepo, Eduardo). Los líderes afrocolombianos plantean que la población quedó como un “sándwich” entre los grupos

armados, no sólo por estar en medio de una confrontación armada llevada a cabo por múltiples frentes, sino por no poder salir a raíz de las restricciones de movilidad impuestas por los diferentes actores del conflicto (Oslender 2006). La población quedó efectivamente atrapada entre múltiples frentes que se desafían entre sí. Como lo dice Ulrich Oslender: “En 1991, con la proclamación de la nueva Constitución de Colombia, no era previsible que la región del Pacífico se fuese a integrar tan rápidamente a la cartografía de la violencia del país” (18).

Este cambio tan dramático ha sido explicado más que todo mediante el influjo del narcotráfico, que no sólo hizo que esta región fuera apetecible tanto para los paramilitares como para la guerrilla, sino que la misma estrategia gubernamental del Plan Colombia, ha hecho que la población haya sido presa tanto de fuerzas militares estatales como de las paraestatales (Restrepo). Sin embargo, Eduardo Restrepo plantea que:

Para el grueso de los académicos lo que está en juego en la disputa por el control militar del Pacífico dadas las tecnologías de terror instrumentalizadas contra sus pobladores locales y, en particular, contra sus diversas expresiones organizativas apunta a revertir de hecho los alcances de los reconocimientos territoriales y a una inserción por la fuerza a un proyecto de nación que supone el borramiento de las condiciones de existencia de la diversidad cultural y biológica de la región. Por tanto, lo que experimentan las poblaciones locales no son simples efectos colaterales de la perversa operación de las maquinarias de guerra cada vez más entrampadas en el capital económico y político proveniente del narcotráfico o de su combate, sino que también se articulan una amalgama de intereses sobre la región incompatibles con el empoderamiento logrado por los pobladores locales mediante el reconocimiento de sus derechos territoriales y étnicos. (Restrepo, Eduardo 23, el subrayado es mío)

En medio del conflicto armado, el tipo de territorialidad que querían ejercer las comunidades de afro-colombianos dejó de ser viable. Por un lado, un alto porcentaje de la población tuvo que abandonar la zona, convirtiéndose así de la noche a la mañana en

desplazados por la violencia. Los restantes, como lo plantea Oslender, quedaron confinados en un escenario de guerra en el que las masacres, las torturas, las amenazas, y demás prácticas del terror se implementan a diario. La relación de la comunidad con su lugar se transformó, produciéndose un sentido aterrorizado de lugar¹. Entonces, el tipo de territorialidad colectiva, autónoma, que marcaba un cambio en las relaciones de poder, no sólo se quedó en palabras o en una legislación que dista mucho de la realidad, sino que las comunidades terminaron envueltas en una situación de violencia muy difícil de manejar. La única salida parece ser la internacionalización del conflicto:

Para muchas comunidades locales que están atrapadas en medio del fuego y en un ciclo de violencia política, desarraigo y expulsión, conectarse con la comunidad internacional no es solamente una opción en su lucha, sino una estrategia que cada día se hace más necesaria. En casos como el colombiano, donde los desplazados no sólo se sienten abandonados por el Estado sino activamente perseguidos por él, “globalizar la resistencia” no es un mero juego de palabras sino una estrategia importante para su supervivencia (Oslender, 2006).

La región del Amazonas, siguió unos patrones similares a los de la región del Pacífico dado que también se integró mediante la guerra entre las fuerzas armadas, los paramilitares y los guerrilleros. Así, nuevamente el conflicto se convierte en una fuente importante de estructuración espacial (González Arias). Esta región, junto con la región del Pacífico y la del Cauca, son las zonas en las que se han desarrollado con más fuerza los grupos étnicos. Sin embargo, estas regiones poco articuladas, o “espacios de la diferencia” (Harvey), se han convertido en escenarios de guerra al ser espacios propicios para el asentamiento de grupos contrainsurgentes. Simultáneamente, estos espacios excluidos, han ido cobrando interés para el Estado, por la revalorización de los recursos

¹ Para un análisis detallado de la producción de “geografías de terror” en el Pacífico colombiano, ver Oslender (2006).

naturales, la importancia de la biodiversidad, convirtiéndose en zonas propicias para la explotación.

Vemos así, que el proyecto de nación mestiza que se planteó en el siglo XIX, construyó ideológicamente un país en el que ciertas regiones quedaron al margen de la misma. La raza, como lo plantea Wade se regionalizó, ya que como se mencionó en la introducción, la “raza en Colombia no está simplemente ‘reflejada’ en categorías espaciales, sino que está constituida por estructuras espaciales” (Wade, 21). Sin embargo, las regiones poco articuladas, tales como el Pacífico, el Cauca y el Amazonas, se convirtieron en las últimas décadas en epicentros de violencia.

Viendo esta realidad en perspectiva, se reafirma lo que se planteó en el primer capítulo con respecto a la importancia del discurso en la construcción del país, como país de regiones, dado que las representaciones dominantes del espacio construyeron estas regiones como espacios incivilizados, de poco interés, lo cual retardó la “llegada del Estado”. Con el estudio de la Comisión Corográfica, quedó clara la importancia del campo simbólico en la construcción “regionalizada” de la nación. La Comisión Corográfica, como se vio, encajó dentro del proyecto de nación mestiza, pero siendo fruto del periodo de Revolución liberal, fue un proyecto que buscó representar las diferencias raciales, culturales y regionales para plantear su inclusión vía mestizaje y educación. Es decir, dio cuenta de éstas diferencias, aunque insertándolas dentro una escala jerárquica clara. El proyecto, como se vio, quedó clausurado en 1885 con la Regeneración, mediante la cual se institucionalizó un régimen centralista, que desconoció y a la vez escondió la diversidad (Wade). Sin duda, visto desde hoy en día, el proyecto planteado por la Comisión se acerca más al proyecto de nación multiétnica y pluricultural planteada en la

Constitución de 1991, aunque nunca sabremos qué efectos hubiera tenido de no haber sido relegada al olvido por el nuevo orden político.

El estudio de la región del Pacífico, una región desarticulada convertida en foco de violencia, también confirma lo planteado en el segundo y en el tercer capítulo con respecto a las consecuencias de la ausencia de Estado. Si bien es cierto que el Estado presenta muchos aspectos negativos como aparato opresor, es indudable que la ausencia de Estado conlleva a la creación de fuerzas alternativas de poder que pueden llegar a ser aún más opresivas que el Estado. El caso colombiano en ese sentido muestra que la ausencia y la debilidad del Estado también tiene sus costos, no sólo por lo anteriormente mencionado, sino porque la lucha por el poder puede conllevar a una “ritualización del terror” (Taussig) en la que la violencia creada para erradicar la violencia puede ser peor que la violencia inicial.

El conflicto armado marcó el país especialmente desde mediados del siglo pasado, con el periodo de La Violencia y la guerra actual que se viene librando desde finales de los setentas. El desplazamiento permanente, la cultura del desarraigo y la falta de sentido de pertenencia, no sólo han demostrado que el término “comunidad nacional” a veces carece de sentido (Pécaut), sino que comprueban que la “desterritorialización es una desnacionalización” (Martín Barbero). La “cultura del terror” (Taussig) se ha impuesto, ya que el terror se ha utilizado como herramienta racional. En el caso de La Violencia, se utilizó para acabar con la población disidente ideológicamente hablando y para lograr la homogenización política de ciertos territorios, y en el caso de las múltiples violencias, se utilizó y se sigue utilizando por el control territorial.

La violencia en el caso colombiano ha sido una de las fuentes más importantes de transformaciones espaciales. Sin embargo, gran parte de estos cambios espaciales se han dado de manera silenciosa, ya que se han suscitado en espacios donde el Estado no llega, y donde la desinformación es la norma. Mediante el estudio de la novelística de La Violencia, y de los testimonios en el caso de las múltiples violencias, se comprobó la importancia de los discursos en el estudio del proceso de (des)integración nacional. Estos son textos en los que se construyen discursivamente los “espacios del terror”, y por lo tanto han sido muy importantes para dar a conocer las transformaciones espaciales suscitadas por la violencia, contribuyendo así a insertarlas dentro del imaginario geográfico de la nación. En este caso la idea de los “espacios del terror” basada en los aportes de Ulrich Oslender y de Michael Taussig, y caracterizado por los paisajes de miedo, restricciones en la movilidad, cambios en el sentido de lugar, la desterritorialización y reterritorialización, la cultura del terror, la ritualización del terror, y la importancia de la construcción del otro, resultó ser muy útil para el estudio de estos textos desde la perspectiva espacial, y por lo tanto es un marco que no se restringe a los textos que se abordaron en el presente estudio.

Mediante el estudio de la literatura de viajes en el siglo XIX, la novelística de La Violencia, y el género testimonio, se comprobó la importancia de abordar el proceso de (des)integración del Estado-nación colombiano desde una perspectiva no anclada en el determinismo geográfico. Quedó claro que las representaciones culturales cumplen un papel activo en este proceso, y de ahí la importancia de insertar el campo de lo simbólico y de darle a la creación del “espacio mental” (Lefebvre) la importancia que se merece. Con esto, se ensancharon los referentes culturales de las teorías dedicadas a la literatura

de viajes, ya que se planteó que hay una variedad de textos que dan cuenta del fraccionamiento espacial.

Finalmente, el estudio de las transformaciones espaciales del Pacífico colombiano, en gran medida suscitadas por el narcotráfico, por la importancia de la biodiversidad y de los grupos étnicos a nivel mundial, corrobora la importancia de abordar la producción del espacio en Colombia dentro un contexto global. Los aportes de Milton Santos resultaron ser fundamentales para poder estudiar la producción dependiente del espacio, ya que Santos no sólo concibe el espacio como un subsistema de la sociedad global (Santos 1996), sino que plantea que las verticalidades están al servicio de los actores hegemónicos. Mediante esta aproximación a la producción del espacio también se refutó el determinismo geográfico, al poner en evidencia que la producción del espacio en Colombia ha sido altamente dependiente. Basta recordar la forma en que se desarrollaron los medios de transporte en Colombia en el siglo XIX, el apoyo brindado por Estados Unidos a los gobiernos conservadores durante la Violencia o el impacto de las “políticas de seguridad” estadounidenses en la lucha antinarcóticos, para reafirmar que la producción del espacio en la periferia no puede entenderse sino dentro del marco de la dependencia.

Como se mencionó en la introducción, este es un estudio con limitaciones como todos. Considero que la más evidente es que el corpus es muy reducido. Creo que en ese sentido queda mucho por hacer, dado que no se le ha dado al campo cultural la importancia que se merece en el estudio de la (des)integración del país. Dado que este tipo de estudio es fundamental, pues sus implicaciones se resaltaron a lo largo de este

texto, sólo me queda por decir que espero que se siga incursionando en este campo interdisciplinario.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuarelas de la Comisión Corográfica. Colombia 1850-1859.* (1986) Bogotá: Litografía Arco.
- Agnew, John A. (1987). *Place and Politics: The Geographical Mediation of State and Society.* Boston: Allen & Unwin.
- Alonso, Manuel Alberto. (1997) *Conflicto Armado y Configuración Regional.* Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Ancizar, Manuel. (1970) *Peregrinación de Alpha por las provincias de norte de la Nueva Granada en 1850 i 1851.* Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Andermann, Jens. (2000) *Mapas de poder: una arqueología literaria del espacio argentino.* Rosario, Argentina : B. Viterbo Editora.
- Anderson, Benedict R. (1983) *Imagined Communities : Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* London : Verso.
- Appadurai, Arjun.(2001) *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización.* Montevideo: ediciones Tricle.
- Barbero, Jesús Martín; Fabio López de la Roche y Ángela Robledo. (2000) *Cultura y Región.* Bogotá: Universidad Nacional, Centro de Estudios Sociales.
- Baudrillard, Jean. (1978) *Cultura y simulacro.* Barcelona: Editorial Kairós.
- Bauman, Zygmunt. (1998) *Globalization: The Human Consequences.* New York: Columbia University Press.
- Bedoya, Luis Iván y Escobar, Augusto. (1980) "*Viento Seco*" una lectura crítica. Medellín, editorial Lealon.
- Beverley, John. (1993) *Against Literature.* Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Brenner, Neil (ed.). (2003) *State/space: a reader.* Malden, MA: Blackwell Pub.
- Bushnell, David. (1993) *The Making of Modern Colombia. A Nation in Spite of Itself.* Berkley: University of California Press.
- Caicedo, Daniel. (1973) *Viento Seco.* Medellín: Editorial Bedout.

- Castillo Gómez, Luis Carlos. (2007) *Etnicidad y Nación: el desafío de la diversidad en Colombia*. Cali: Programa Universidad del Valle.
- Chambers, Iain. (1994) *Migrancy, Culture, Identity*. London: Routledge.
- Clark, Steve. (1999) *Travel Writing and Empire: Post Colonial Theory in Transit*. New York: Zed.
- Clifford, James. (1997) *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Cambridge, Mass : Harvard University Press.
- Codazzi, Agustín. (1960) *Obras Escogidas*. Caracas: Biblioteca Venezolana de Cultura, Ediciones del Ministerio de Educación.
- Coronil, Fernando. (1997) *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cosgrove, Denis (Ed.). (2000) *The Iconography of Landscape. Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Crang, Mike and NJ Thrift. (2000) *Thinking Space*. London: Routledge.
- Cuervo, Luis Mauricio. (1997) *Industria y ciudades en la era de la mundialización, 1980-1991 : un enfoque socioespacial*. Bogotá : COLCIENCIAS : CIDER : TM Editores.
- Deleuze, Giles y Guattari, Felix. (1988) *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Traducido por José Vasquez Pérez. Valencia: Pretextos.
- Duncan, J.S and DJ Gregory.(1999) *Writes of Passage: Reading Travel Writing*. London and New York: Ed. Routledge.
- Escobar, Arturo. (1999) *El final del salvaje: naturaleza, cultura y política en la antropología colombiana*. Santafé de Bogotá : CEREC : Instituto Colombiano de Antropología.
- Fernandez-Bravo, Alvaro. (1999) *Literatura y frontera : procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires : Sudamericana : Universidad de San Andrés.
- Foucault, Michel. (1995). *Discipline and Punish: the Birth of the Prison*. New York: Vintage Books.

- Gallop, John Luke; Alejandro Gaviria and Eduardo Lora. (2003) *Is geography Destiny? Lessons from Latin America*. New York: Inter-American Development Bank.
- García, Alejandro. (1996) *Hijos de la Violencia campesinos sobreviven a “golpes de paz”*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Giraldo Jaramillo, Gabriel. (1946) *Colombia en 1850 : acuarelas de la Comisión Corográfica*. Bogotá: Librería Suramericana.
- Giugale, Marcelo M, Oliver Lafourcade y Connie Luff (Ed.). (2003). *Colombia. The Economic Foundation of Peace*. Washington D.C: World Bank.
- González Arias, José Jairo. (1998) *Amazonía colombiana. Espacio y sociedad*. Bogotá: CINEP.
- González Rodas, Pablo. (2003) *Colombia: novela y violencia*. Manizales: Secretaría de cultura de Caldas.
- González, Beatriz. (1986) *Ramón Torres Méndez: Entre lo pintoresco y la picaresca*. Bogotá: Carlos valencia Editores.
- Gosselman, Karl August. (1981) *Viaje por Colombia: 1925-1926*. Traducido por Ann Cristien Pereira. Bogotá: Ediciones Banco de la República.
- Gouesset, Vincent. (1998) *Bogotá: nacimiento de una metrópoli. La originalidad del proceso de concentración urbana en Colombia en el siglo XX*. Bogotá: T M Editores.
- Gugelberger, Georg, M (Ed.). (1996) *The Real Thing. Testimonial Discourse and Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Hardt, Michael and Antonio Negri. (2000) *Empire*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Harvey, David. (2001) *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*. New York: Routledge.
- Ibáñez, Ana María y Pablo Querubín. (2004) *Acceso a tierras y desplazamiento forzoso en Colombia*. Bogotá: Documentos CEDE.
- Jaramillo González, Samuel y Cuervo, Luis Mauricio. (1987) *La configuración del espacio regional en Colombia*. Bogotá: CEDE.
- Jaramillo, Jaime Eduardo. (1988) *Estado, sociedad y campesinos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

- Jiménez Margarita y Sideri Sandro. (1985) *Historia del desarrollo regional en Colombia*. Bogotá, CIDER-CEREC.
- Lefebvre, Henri. (1991) *The Production of Space*. Oxford, OX, UK; Cambridge, Mass., USA: Blackwell.
- Martínez, Frederic. (2001) *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia. 1845-1900*. Bogotá : Banco de la República ; Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Mc Greevey, William Paul. (1975) *Historia económica de Colombia. 1845-1930*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Molano, Alfredo. (1994) *Trochas y fusiles*. Bogotá: El Áncora.
- (2002) *Desterrados crónicas del desarraigo*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Mignolo, Walter. (2000) *Local Histories/ Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press.
- Mitchell, WJT. (1994) *Picture Theory: Essays on Visual and Verbal Representation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Montaldo, Graciela. (1999) *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editorial.
- Montañés Gómez, Gustavo (Ed.). (2001) *Espacio y territorios: razón, pasión e imaginarios*. 1. ed. Bogotá, D.E., Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Vicerrectoría General: Red Espacio y Territorio.
- Moreno de Angel, Pilar y Jorge Orlando Melo González (Eds.). (1995) *Caminos reales de Colombia*. Santafé de Bogotá: Fondo FEN Colombia.
- Osorio Lizarazo, José Antonio. (2002) *El día del odio*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Oquist, Paul. (1978) *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos.
- Palacios, Marco y Frank Safford. (2002) *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Pécaut, Daniel. (2001) *Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

- Pérez, Felipe (ed.). (1957) *Colombia. Comisión Corográfica. Geografía física i política de las provincias de la Nueva Granada*. Bogotá: Banco de la República.
- Poole, Deborah. (1997) *Vision, Race and Modernity. A Visual Economy of the Andean Image World*. Princeton: Princeton University Press.
- Posada-Carbo, Eduardo (Ed.). (1998) *Colombia, The Politics of Reforming the State*. Great Britain: Macmillan Press.
- Pratt, Mary Louise. (1992) *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge.
- Rama, Angel. (1984) *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Ramirez Tobon, William. (1990) *Estado, Violencia y Democracia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Ramos, Julio. (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de cultura económica.
- Restrepo Forero, Olga. (1988) *La Comisión Corográfica: avatares en la configuración del saber*. Tesis: Sociología. Bogotá: Universidad Nacional.
- . (1992) *Naturalistas, saber y sociedad en Colombia*. Bogotá: tesis de grado, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia.
- Restrepo, José Alejandro. (1992) *El paso del Quindío*. Video-instalación.
- Rivera, José Eustasio. (1996) *La vorágine*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rojas, Cristina. (2001) *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá : Editorial Norma.
- Rojas, Jorge Enrique (Ed.). (1999) *Un país que huye: desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Santa Fe de Bogotá : CODHES : UNICEF-Colombia.
- Romero, José Luis. (1976) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Ruiz, Pedro. Serie: *Desplazamientos*, 2003.
- Safford, Frank y Marco Palacios. (2002) *Colombia: fragmented land, divided society*. New York : Oxford University Press.
- Said, Edward W. (1994) *Orientalism*. New York: Vintage Books.

- Salazar, Alonso. (2002) *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Sánchez Torres, Fabio and Jairo Núñez Méndez. (2000) *Geography and Economic Development in Colombia: A Municipal Approach*. Bogotá: CEDE.
- Sánchez, Efraín. (1999) *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*. Santafé de Bogotá: Banco de la República; El Ancora Editores.
- Sánchez, Gonzalo and Peñaranda, Ricardo (Eds). (1986) *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Centro Editorial CEDEC.
- Santos, Milton. (2000) *La naturaleza del espacio*. Barcelona : Editorial Ariel.
- . (1990) *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa Calpe.
- . (1996) *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Oikos-tau.
- Schultz, T. Paul.(1969) *Population Growth and Internal Migration in Colombia*. Santa Mónica: The Rand Corporation.
- Soja, Edward W. (1989) *Postmodern Geographies: the Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London ; New York : Verso.
- Sommer, Doris. (1993) *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Los Angeles: University of California Press.
- Soriano Lleras, Andrés. (1968) *Itinerario de la Comisión Corográfica*. Bogotá; Imprenta Nacional.
- Stafford, Barbara Maria. (1984) *Voyage into Substance. Art, Science, Nature and the Illustrated travel Account, 1760-1840*. Cambridge: MIT Press.
- Stepan, Nancy. (2001) *Picturing Tropical Nature*. Ithaca N.Y. : Cornell University Press, 2001.
- Storey, David. (2001) *Territory: the Claiming of Space*. Harlow, England ; New York : Prentice Hall.
- Taussig, Michael. (1980) *Devil and Commodity Fetishism in South America*. North Carolina: The University of North Carolina Press.

- (1987) *Shamanism, Colonialism and the Wild Man*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1992) *The Nervous System*. Nueva York: Routledge.
- Tittler, Johann. (1989) *Violencia y literatura*. España: Editorial Orígenes.
- Tirado Mejía, Álvaro. (1983) *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogotá: El Áncora.
- Tobón Sanín, Gilberto. (2001) *Estado, política y economía en Colombia*. Medellín: Seqal Editora.
- Uribe María Teresa y Alvarez Jesús. (1987) *Podere y Regiones*. Medellín, U. de Antioquia.
- Villamarín Pulido, Luis Alberto. (1997) *Selva Roja*. Bogotá: Ediciones Villamarín Pulido.
- Wade, Peter. (1995) *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Williams, Raymond L. (1992) *Novela y poder en Colombia. 1844-1987*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Zambrano Fabio y Olivier Bernard. (1993) *Ciudad y Territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá, IFEA- Academia. de Historia.

Artículos

- Andrade, María Mercedes. (2000) "Ciudad y Nación en las novelas del Bogotazo" en Jaramillo, María Mercedes, Osorio, Betty, Robledo, Ángela (eds.). *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura. pp. 184-213
- Barbero, Jesús Martín. (1991) "Dinámicas urbanas de la cultura". *Revista Gaceta de Colcultura* #12, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. Pp. 34-56.
- Beverly, John. (1992) "La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa" en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (18) 36.
- Coatsworth, John H.. (2003) "Roots of Violence in Colombia". *ReVista*, Massachusetts: Vol 2 Issue 3, p. 3-7.

- Díaz Piedrahita, Santiago. (2000). "El trayecto colombiano de Humboldt". Los Andes, gran revelación para el naturalista". *Revista Credencial Historia*, Bogotá: No. 122, Febrero 2000.
- Dussel, Enrique D. (1995) "Eurocentrism and Modernity (introduction to Frankfurt Lectures) en John Beverley, Michael Aronna, and José Oviedo (Eds.). *The postmodernism debate in Latin America*. Durham : Duke University Press.
- Escobar, Augusto. (1996) "La violencia: ¿Generadora de una tradición literaria?" *Revista Gaceta de Colcultura*, #37. Bogotá, pp. 21-29.
- . (2000) "Literatura y violencia en la línea de fuego". En Jaramillo, Maria Mercedes, Osorio, Betty, Robledo, Ángela (eds.). *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Figuroa Sánchez, Cristo Rafael. (2004) "Gramática-violencia: Una relación significativa para la narrativa colombiana de segunda mitad del siglo xx". *Tabula Rasa*. Vol 2, Pp. 93-110
- García Márquez, Gabriel. (1959) "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia". *Revista La Calle*, Barranquilla.
- Gimenez, Gilberto. (2000) "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural" en Jesús Martín Barbero, Fabio López de la Roche y Ángela Robledo (Eds.). *Cultura y Región*. Bogotá: Universidad Nacional, Centro de Estudios Sociales.
- Gómez, Gilberto. (1999) "La frontera interna: Manuel Ancízar y Peregrinación de Alpha". *Explicación de Textos literarios*. California, 28 (1,2).
- González, Beatriz. (2000) "Viaje de Humboldt 200 años. La escuela de Humboldt, los pintores viajeros y la nueva concepción del paisaje". *Revista Credencial Historia*, N. 122, Febrero.
- (2003). "Auguste Le Moyne y el tráfico de imágenes". *Donación Carlos Restrepo y Nora Restrepo. Auguste Le Moyne en Colombia 1828-1841*. Bogotá: Museo Nacional.
- Grosfoguel, Ramón. (2002) "Utopian Thinking, Geopolitics of Knowledge and Coloniality of Power: An Introduction" *Review: Bringhamton*. XXIII
- Guhl Corpas, Andrés. (2008) "La Comisión Corográfica y su lugar en la geografía moderna y contemporánea", en G. Barona, C.A. Domínguez y A.J. Gómez (Eds.). *Geografía Física y Política de la Confederación Granadina. Volumen VIII, Estado de Antioquia*. Universidad Nacional de Colombia – Universidad EAFIT.

- Gutiérrez, Natalia. (2002) “José Alejandro Restrepo. TransHistorias”. *ArtNexus*. Santafé de Bogotá. Número 43.
- . (2000) *Cruces : arte : artista : José Alejandro Restrepo*. Santafé de Bogotá, Colombia : Alcaldía Mayor de Bogotá : Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Harley, J.B. (1988) “Maps, Knowledge and Power” en D. Cosgrove y D. Stephen (eds.) *The Iconography of Landscape. Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*. Cambridge: Cambridge U.P.
- Lefebvre, Henri. (2003). “Space and the state” en Neil Brenner (ed.). *State/space: a reader*. Malden, MA: Blackwell Pub.
- Luque de Peña, Myriam. “Bogotá bajo la mirada de José Antonio Osorio Lizarazo” en Jaramillo, Maria Mercedes, Osorio, Betty, Robledo, Ángela (eds.). *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura. pp. 163-183
- Montoya, Pablo. (1999) “La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana”. *Estudios de Literatura Colombiana*. # 4 Medellín: Universidad de Antioquia.
- Mignolo, Walter. (2001) “Coloniality at Large: the Western Hemisphere in the Colonial Horizon of Modernity”. *The New centennial Review: borders/ americas*. 1 (2).
- Ocampo, José Antonio y Parra, Ángela. (2003) “Economy and History. Economic Development and Violence in Twentieth Century Colombia”. *Harvard Review of Latin America* (Cambridge). V.2, #3 pp. 21-27.
- Oslender, Ulrich. (2006) “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de geografías de terror”. En Herrera, D. & C.E. Piazzini (eds) *(Des)territorialidades y (no)lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*. Medellín: INER, p.155-172.
- Ortiz, Lucía. (2000) “Narrativa testimonial en Colombia: Alfredo Molano, Alfonso Salazar, Sandra Afanador”, en Jaramillo, Maria Mercedes, Osorio, Betty, Robledo, Ángela (eds.). *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura. pp. 206-224.
- Palacios, Marco. (1998) “Colombian Experience with Liberalism: On the Historical Weakness of the State”, in Posada Carbó, Eduardo. *Colombia: the politics of reforming the state*. New York : St. Martin's Press.
- . (2003) “Between Legitimacy and Violence. Colombia's Three countries”. *ReVista*, Massachussets: Vol 2 Issue 3 p 18-20.

-Pécaut, Daniel. (1999) "Los desplazados: un problema social y político" en Rojas, Jorge Enrique (Ed.). *Un país que huye: desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Santa Fe de Bogotá : CODHES : UNICEF-Colombia.

-Piotrowsky, Bodgan. (1982) "La violencia en la narrativa colombiana". El arco # 255, pp.67-73.

-Pizarro Leongómez, Eduardo. (2002) "Colombia. Toward an Institutional Collapse?" In Rotker, Susana; Goldman, Katherine. *Citizens of Fear: Urban Violence in Latin America*. New Brunswick, NJ : Rutgers University Press.

-Pizarro, Eduardo y Ana María Bejarano. (2003) "Colombia: ¿Hacia un Estado Fracasado?" *ReVista*, Massachussets: vol 2 Issue 3 P.11-13.

-Quijano, Aníbal. (2000). "Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America". *Nepantla: Views from the South* 1.3: 533-480.

-Restrepo, Laura. (1976) "Niveles de realidad en la literatura de la Violencia en Colombia." *Ideología y Sociedad*. Abril-septiembre, pp 7-35.

-Restrepo Forero, Olga. (1999) *Un Imaginario de la Nación Lectura de Láminas y Descripciones de la Comisión Corográfica*. Bogotá: Anuario Colombiano de Historia Social y de Cultura # 26.

-Restrepo, Eduardo. (2005). "De 'refugio de paz' a la pesadilla de la guerra. El conflicto armado y el proceso organizativo en el Pacífico Nariñense". *Humanidades. Revista de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales*. Universidad del Cauca 9 (13-14) pp. 5-26.

-Roca, Juan Manuel. (2003) "Flora Necrológica. Imágenes para una geografía política de las plantas". *ReVista*. Vol 2, Issue 3, p. 31-34.

-Roman Odio, Clara. (1989) "Space as a Theme in *La Vorágine*". *RLA: Romance Languages Annual*.1: 594-596.

-Rozo, Esteban. (1999) "Naturaleza, paisaje y sensibilidad en la Comisión Corográfica". *Revista de Atropología y Arqueología*. Bogotá: Vol 11.

-Rueda, María Helena. (2001) "La violencia desde la palabra" en *Universitas Humanística*. #52, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Pp. 24-35.

-Safford, Frank. (1991) "Race, Integration and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia: 1750-1870". *Hispanic american historical review* 71:1 p. 1-33

- Sánchez, Gonzalo. (1992) "The Violence: An interpretative Síntesis" in Charles Bergquist, Ricardo Peñaranda, Gonzalo Sánchez (Ed.). *Violence in Colombia : the Contemporary Crisis in Historical Perspective*. Wilmington : SR Books.
- Santos, Milton. (1975) "Space and Domination- a Marxist approach" en *Int. Soc. Sci.* Vol XXVII, No. 2.
- Skłodowska, Elizbieta. (2000) "Rivera: entre la estética modernista y el discurso autóctono" En Jaramillo, Maria Mercedes, Osorio, Betty, Robledo, Ángela (eds.). *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Tirado Mejía, Álvaro. (1998) "State and Violence in Colombia" in Posada Carbó, Eduardo Ed). *The politics of reforming the State*. New York.
- Torres Duque, Óscar. (1998) "Violencia y narración en Alfredo Molano". *Boletín cultural y bibliográfico*. Vol. 35, # 47. Pp. 25-41.
- Von der Walde, Erna. (2004) "La sicaresca colombiana. Narrar la violencia en América Latina" *NUSO*. # 65, Pp.222-226
- (2007) "El "cuadro de costumbres" y el proyecto hispano-católico de unificación nacional en Colombia". *Arbor Ciencia, pensamiento y cultura*. CLXXXIII 724 marzo-abril 243-253.
- Zea, Leopoldo. (2001). "Latin America and the Problem of Modernity" in Pedro Lange Centurión and Eduardo Mendieta (Eds.). *Latin America and Postmodernity*. Amherst: Humanity Books.

Internet

- Álape, Arturo. "Desplazados sin tierra". En www.codhes.org.co
- Castillo, Lina María. (2007) *The Science of Nation Building: a History of Geographic sciences in Colombia 1821-1921*. Thesis (PhD) University of Miami. <http://ibisweb.miami.edu/record=b3990980~S11>
- Gómez Giraldo, Lucella. "Agustín Codazzi". Biblioteca Virtual del Banco de la República. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/bibliografias/biogcircu/codaagus.htm>
- Ulrich, Oslender. "Espacializando resistencia: perspectivas de 'espacio' y 'lugar' en las investigaciones de movimientos sociales". Biblioteca virtual Banco de la República. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/geografia/osle/6.htm>

-Ramírez, Gina Paola. “Elites, conflicto y narcotráfico en Colombia”. En <http://www.docentes.unal.edu.co/gprodriguez/m/docs/ELITES%20CONFLICTO%20Y%20NARCOTRAFICO%20EN%20COLOMBIA.doc>

-Rosas Riaño, Diana. “Explorando la alteridad en los manuscritos de la Comisión Corográfica” <http://www.ecotonocolombia.org/texto/pdfs/alteridadrosas.pdf>

Biografía

Andrea Junguito nació el 8 de Enero de 1975, en Bogotá, Colombia. Estudió Economía en la Universidad de los Andes, donde obtuvo el grado de Economista, con una tesis titulada “Historia Económica del Ferrocarril del Norte”, de la cual se publicó una síntesis en 1998 en la revista *Historia Crítica*. Luego, en la Universidad de Duke, gracias al apoyo de los profesores, abordó los estudios literarios siempre desde una perspectiva interdisciplinaria, explorando sus cruces con la historia económica, la geografía y las artes plásticas. En compañía de una de sus profesora, Margaret Greer, publicó en el año 2004 el artículo “Economies of Early Modern Stage” en la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*. Luego fue contratada como profesora de planta en el departamento de Humanidades y literatura de la Universidad los Andes, donde participó en varios grupos de investigación. Publicó en el año 2006 el artículo “Del 1905 al 2005: del tercero al cuarto centenario de la primera publicación del *Quijote*” publicado en *Don Quijote en las aulas*, un texto compilado por Amalia Iriarte. Espera obtener el título de doctorado de la Universidad de Duke con la tesis *Genealogía de imaginarios geográficos colombianos: Representaciones culturales,, espacio, Estado y desplazamiento en el proceso de (des)integración nacional (1850-2008)*, en la que igualmente se exploran varios cruces interdisciplinarios.